ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hititas (I)

25

TIME LIFE

folio

Los Hititas (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hititas (I)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Jim Hicks
Asesores: Oliver Robert Gurney, Harry A. Hoffner Jr.
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 15-7-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-464-7 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
El imperio perdido **8**

Secuencia gráfica: Hattusa, cuna y baluarte del poder . . **25**

Capítulo segundo:
Redescubrimiento a los hititas **32**

Secuencia gráfica: Un hogar para los dioses entre las rocas . **45**

Capítulo tercero:
Lenguas que no hablarían por sí mismas **52**

Secuencia gráfica: Los paisajes majestuosos de las vastas regiones hititas **65**

Capítulo cuarto:
El arte de forjar un imperio. **72**

Secuencia gráfica: Qadesh: Choque entre las superpotencias **83**

Introducción

Pregunte usted a las primeras personas que encuentre quiénes fueron los egipcios o los babilonios y comprobará que la mayoría de las respuestas revelan al menos cierto conocimiento del histórico papel que estos antiguos pueblos representaron en el desarrollo de la humanidad. Pero si pregunta a estas mismas personas quiénes fueron los hititas, verá que encogen los hombros. Sin embargo, los hititas constituyeron también un pueblo poderoso, que llegó a ser un imperio –cuyo centro estaba en las regiones montañosas de lo que ahora es Turquía–, el cual se extendía sobre gran parte del Próximo Oriente antes de que desapareciese abruptamente, por misteriosas razones, hace más de 3.000 años.

Los hititas fueron descubiertos hace solamente unos cien años. Al localizar y desenterrar los impresionantes restos de su capital, la fortificada ciudad de Hattusa, con sus enormes palacios y templos, los arqueólogos comprobaron al principio la existencia de un poderoso pueblo, que vivía en ciudades y era ambicioso. Pero unos cuantos objetos rotos y unas murallas derruidas sólo podían contar una parte de su historia. Sin documentos escritos, las ruinas de cualquier civilización desaparecida permanecen mudas: sólo a través de sus propios textos puede volver a la vida un pueblo hace largo tiempo desaparecido, pues únicamente sus escritos pueden prestar voz a las ideas y principios que les impulsaban.

Afortunadamente, los hititas dejaron tras sí, en Hattusa y en muchos otros lugares, gran cantidad de documentos escritos en caracteres jeroglíficos o cuneiformes. Después de muchos años de paciente trabajo por parte de las personas dedicadas a descifrarlos, tales documentos pueden ahora ser leídos. Como especialista en los hititas, yo mismo he traducido muchos de ellos. Dichos documentos nos descubren a los hititas más allá de sus realizaciones materiales y de su papel histórico: los rivales de los egipcios, los destructores de Babilonia. Nos los descubren en carne y hueso, como un pueblo con preocupaciones y problemas muy humanos y con puntos de vista sobre numerosas materias sorprendentemente avanzados para su época.

Sus leyes nos hablan de cómo procuraban solucionar los litigios: no mediante la ley del talión, sino mediante pagos razonables con los que compensar los daños. Sus tratados nos muestran hasta dónde podía llegar su justicia respecto de los enemigos vencidos. En sus mitos vemos que todo lo caprichoso e imprevisible que aparece en el mundo natural lo achacaban a una vasta comunidad –formada por 1.000 miembros– de dioses y diosas con una viva personalidad y cierto sentido del humor. En sus plegarias podemos admirar su piedad, su absoluta franqueza y su sentido moral. Y en las crónicas de sus numerosas ceremonias entrevemos algo de sus vidas íntimas y de cómo trataban una amplia gama de enfermedades, tanto físicas como mentales.

De este modo, partiendo de los propios escritos de los hititas, el autor del presente volumen ha conseguido trazar un extraordinario y fascinante retrato de un pueblo que forjó un gran imperio, ignorado –e incluso olvidado– durante largo tiempo por la historia.

Harry A. Hoffner, Jr.
Instituto Oriental de la
Universidad de Chicago

Capítulo primero: El Imperio perdido



En la larga y fascinante historia de los orígenes del hombre existen muchas sorpresas, pero pocas son tan asombrosas como el redescubrimiento, en época reciente, de todo un imperio: el de los antiguos hititas. Importantes y poderosos antaño como los propios egipcios, los hititas desaparecieron del recuerdo y sólo ahora han sido repuestos en el lugar que merecen en la historia. Entre otras cosas, constituyeron uno de los primeros pueblos que forjaron un imperio; además, conservaron la cohesión de sus diferentes dominios mediante leyes y tratados de carácter sorprendentemente moderno.

De un pueblo llamado hitita se tiene conocimiento desde hace mucho tiempo gracias a la Biblia. Personajes con este nombre aparecen y desaparecen de la escena en algunos dramas conocidos del Antiguo Testamento: una tribu de partiquinos que llevaban lanzas en escenas multitudinarias, a los que en ocasiones se les dieron cortos papeles con diálogo, junto con otros extras, como los jebuseos y los amorreos. Así, por ejemplo, "Efrón el hitita" vendió una cueva a Abraham para que enterrase en ella a su esposa Sara. Urías, cuya esposa Betsabé fue sorprendida en el baño por el apasionado rey David, era denominado, también, un hitita. Y como es bien conocido, Urías murió en el segundo acto.

Puesto que el Antiguo Testamento fue escrito siglos después de la caída del Imperio hitita en 1200 antes de nuestra era, los hititas "bíblicos" sólo pueden haber sido epígonos menores que conservaban el nombre y algunos vestigios de la primitiva cultura hitita. Y esto contribuyó a formar la imagen errónea, todavía mantenida por muchas personas, de que los hititas eran un grupo de tribus palestinas de escasa importancia.

Las figuras en posición de marcha de cuatro dioses menores hititas –detalles de un relieve de la pared de un santuario cercano a la capital hitita de Hattusa– ilustran la vestimenta propia de los hititas y sus rasgos físicos. Eran corpulentos, su nariz tenía perfil oblicuo a partir de las cejas y vestían túnicas cortas. Los sombreros cónicos constituían el emblema de la divinidad; su único cuerno indicaba claramente su rango de dioses de segunda categoría.

Hasta hace un siglo, aproximadamente, incluso los mismos historiadores poco podían añadir para modificar esta imagen. Pero cuando los arqueólogos empezaron a excavar las impresionantes ruinas hititas en Turquía y en el N. de Siria, y los especialistas lograron descifrar los textos hititas inscritos en tablillas de arcilla y grabados en monumentos de piedra, unos y otros quedaron asombrados al conocer la verdad acerca de este pueblo extraordinario.

Lejos de constituir un pequeño núcleo tribal, los hititas lograron figurar en un tiempo entre los pueblos más civilizados: no sólo llegaron a ser una gran nación, equiparable a la de los israelitas del Antiguo Testamento, sino también un gigante lo suficientemente poderoso como para saquear la Babilonia histórica y desafiar con éxito la autoridad del poderoso Egipto.

Actualmente los historiadores saben que unos 1.700 años antes de nuestra era, los hititas fundaron su capital, Hattusa, en Anatolia, meseta central de Turquía. Hattusa, construida sobre las ruinas de una ciudad anterior, floreció durante unos 500 años como centro administrativo y religioso de la vida hitita y en su máximo apogeo ocupaba una extensión de 160 hectáreas (1,6 km^2), o sea, mucho más que su contemporánea Assur, capital de los asirios, en el N. de Mesopotamia. Por sus muchos palacios y templos, era muy diferente de cualquier otra ciudad conocida del mundo antiguo. Estaba situada a unos 900 m sobre el nivel del mar, en una abrupta meseta cubierta de nieve en invierno, quemada por el ardiente sol en verano y rodeada de montañas infestadas de lobos y osos: ofrecía el aspecto anacrónico de una fortaleza medieval. Y, en realidad, era una fortaleza. El lugar

que ocupaba constituía por sí mismo una plaza fuerte natural, una lengua de tierra de escarpada pendiente, separada y protegida de la región circundante, de un lado, por un profundo desfiladero (la moderna ciudad turca situada más abajo de las ruinas se denomina Bogazköy, "aldea del desfiladero") y del otro, por un angosto valle. Además, estaba protegida por una doble muralla de piedra, coronada por altas almenas de ladrillo, con puertas en forma de ojiva y reforzada a trechos por altas torres.

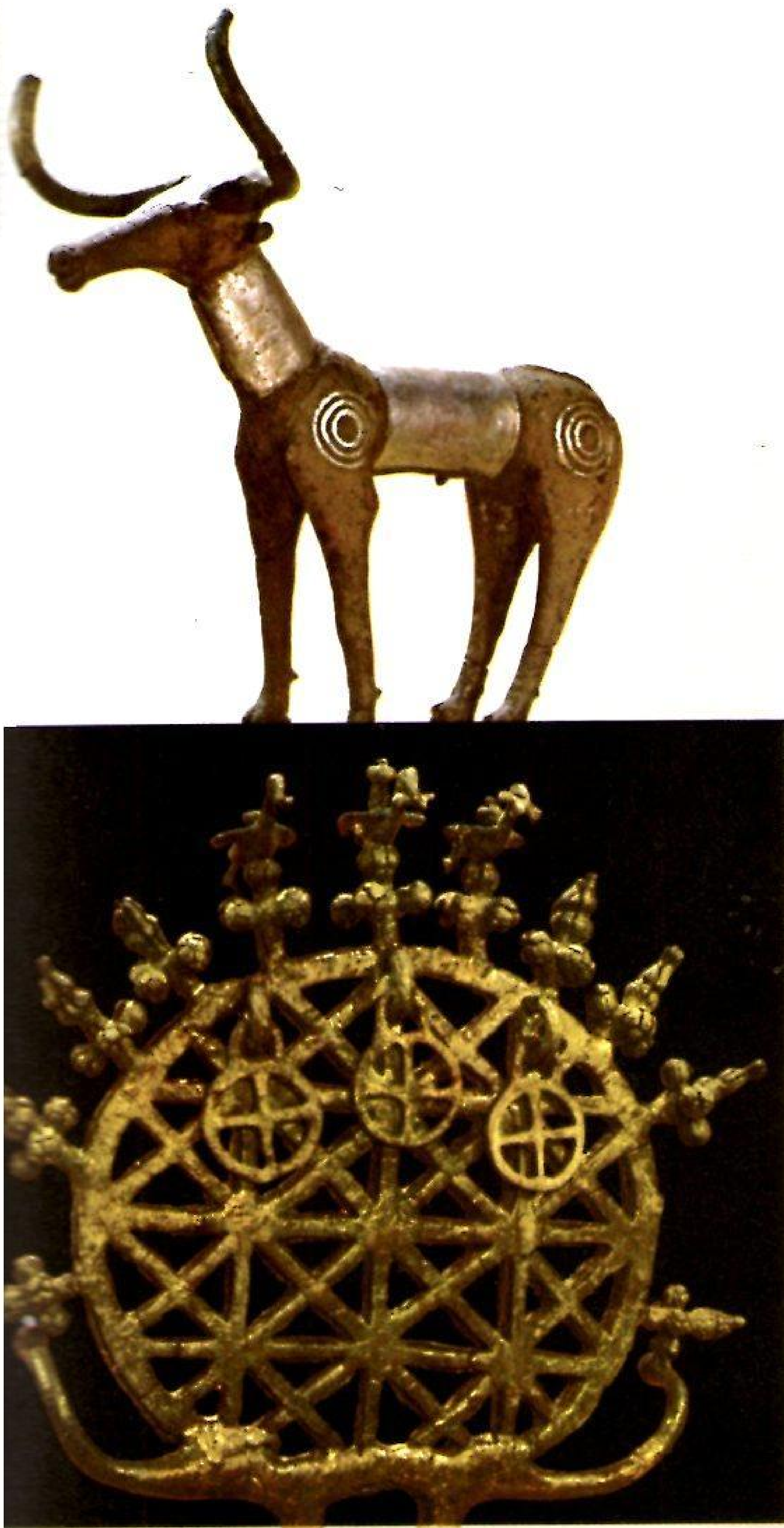
Todavía hoy las ruinas hundidas y semienterradas de Hattusa ofrecen un aspecto sobrecogedor. "Una visita a los restos de la capital hitita", escribía el historiador británico Seton Lloyd, "con sus palacios y sus templos en ruinas, sus esculturas monumentales y el recinto de casi 6,5 km de perímetro de sus murallas de construcción maciza, no puede por menos que producir la impresión de que esta ciudad constituyó sin duda alguna la cuna y hogar de un gran pueblo imperial."

Partiendo de este lugar tan altamente urbanizado, los hititas se extendieron por gran parte del mundo entonces conocido, sometiendo a otros reyes y llevando su hegemonía desde el Egeo hasta más allá del Eufrates, en Mesopotamia, al norte del Mar Negro y al sur de las llanuras de Siria, donde sus ejércitos lucharon e hicieron retroceder las fronteras del imperio egipcio rival. Mediante una actuación desacostumbrada en aquella época, supieron combinar su labor diplomática con el esfuerzo de sus guerreros; siempre que les fue posible, prefirieron realizar sus conquistas por medio de la amenaza y la negociación antes que por las armas.

No es tan sólo la vasta y sorprendente expansión del poderío hitita lo que fascina de este pueblo olvidado durante tanto tiempo. Los millares de tablillas con inscripciones, exhumadas con tanto trabajo por los arqueólogos en las ruinas de Hattusa y traducidas pacientemente por epigrafistas (los cuales tuvieron que empezar por descifrar lenguas que nadie había leído y hablado durante tres milenios) han puesto de manifiesto otras características notables de la vida social, política, religiosa e intelectual de este pueblo. Los escritos no sólo arrojan luz sobre temas tan trascendentales como los derechos de los reyes y de las reinas y los tratados con potencias extranjeras, sino que ofrecen también detalles tan mundanos como el precio que legalmente podía ponerse por una vaca adulta, o lo que un ama de casa podía llegar a pagar por una pieza de tejido de lino.

A pesar de la actividad desplegada para reconstruir el pasado de los hititas, los especialistas se encuentran todavía faltos de elementos importantes e imprescindibles para completar el cuadro. Por ejemplo, ¿de dónde procedían estos forjadores de un imperio? Esta pregunta, que ha quedado sin respuesta, es tanto más acuciante cuanto que se ha descubierto acerca de ellos un hecho sorprendente, a saber, que contra lo que era frecuente en los pueblos del Oriente Medio que conquistaron, ellos no eran de origen semita. El estudio de su escritura ha revelado que hablaban una lengua indoeuropea perteneciente al mismo tronco familiar que las lenguas germánica, latina, griega, celta, eslava y sánscrita. Cuál sea el lugar donde las lenguas indoeuropeas inician su desarrollo es algo todavía objeto de controversia entre los especialistas, pero muchos filólogos se inclinan por atribuirles un origen europeo.

Por consiguiente, los hititas parecen haber sido uno de los primeros pueblos –si no el primero– de habla indoeuropea de que se tienen noticias históricas. Otros posibles candidatos a tal honor fueron los luvitas, un pueblo que hablaba una lengua indoeuropea íntimamente relacionada con la de los hititas. Sin embargo, los luvitas dejaron solamente un recuerdo insignificante en la historia; se sabe que se instalaron en el sudoeste de Turquía y políticamente no lograron superar la forma de minúsculos estados;



La figurilla de un toro (arriba) y un disco ornamentado (abajo) son parte de los valiosos hallazgos de una cultura que precedió por espacio de 300 años a la civilización hitita en Asia Menor. Estas antiguas obras de bronce proceden de las tumbas reales de Alaça Hüyük. Los arqueólogos se inclinan a catalogarlos como estandartes; su aspecto parece indicar que sirvieron de remates de cetros o de adornos para carretas. Las puntas de las astas del toro, la máscara, el collar, la montura y los círculos concéntricos del cuerpo del animal son incrustaciones de plata.

finalmente, terminaron siendo vasallos del Imperio de los hititas.

Al preguntarle a un hititólogo, no hace mucho, dónde habían surgido por primera vez los hititas, señaló un mapa colgado en su oficina, indicó vagamente un amplio territorio que se extendía desde el norte de Europa hasta la Rusia meridional y desde el oeste del Mar Negro en dirección al Caspio hasta los confines de Asia, al este, y dijo en un tono que revelaba la incertidumbre de su estado de ánimo: "Probablemente en algún lugar de por ahí."

Los más antiguos indicios arqueológicos de la existencia de los hititas proceden de Asia Menor, concretamente de la meseta de Anatolia, punto de partida de su ulterior expansión imperial. Allí, en un antiguo centro comercial denominado Kanesh –Kültepe en la Turquía moderna– llegó, alrededor del 1900 antes de nuestra era, un grupo de asirios para establecer un *karum* o colonia mercantil. Importaban tejidos de calidad desde su capital, Assur, distante unos 800 km, y los vendían a la población local a cambio de cobre y otros minerales abundantes en la región. Y, exactamente como cualquier hombre concienzudo de negocios de cualquier época, dejaron constancia escrita de sus contratos, préstamos y muchos otros pormenores referentes a sus transacciones comerciales diarias.

Durante el transcurso de varios siglos, el *karum* de Kanesh sufrió repetidas destrucciones y reconstrucciones, pero bajo las sucesivas capas de detritus aparecieron fortuitamente miles de inscripciones relativas al tráfico mercantil, escritas en caracteres cuneiformes sobre tablillas de arcilla, que esperaban, como quien dice, poder informar a los modernos investigadores del precio a que se pagaban cuarenta siglos atrás las finísimas telas de Asiria, y del nombre de los compradores. Algunos de estos clientes llevaban nombres hititas.

Cómo hicieron su aparición los hititas en Asia Me-

nor y qué es lo que les indujo a venir son problemas que aún están por resolver, lo mismo que el de su origen. Algunos historiadores creen que, agobiados por el incremento de su propia población o por el de la de los pueblos vecinos, descendieron del sur de Rusia abriéndose camino por la lengua de terreno existente entre el Mar Negro y el Caspio, a través de las cordilleras del Cáucaso. Otros se inclinan a creer que vinieron de los Balcanes, atravesando el estrecho del Bósforo, que separa Europa de Asia. Cualquiera que fuese la ruta adoptada, su llegada a Asia Menor constituyó un verdadero acontecimiento para lo que entonces era el mundo civilizado.

Asia Menor, así bautizada por los romanos en el siglo V antes de nuestra era probablemente para diferenciarla del resto del continente asiático, está situada entre las aguas del Mar Negro y las del Mediterráneo, y guarda cierta semejanza con la cabeza de un animal de fuertes quijadas que está mirando a Europa. En este punto de coincidencia de dos continentes, el Oriente y el Occidente han colisionado repetida y violentamente en el transcurso de su larga lucha por obtener la hegemonía. Desde ahí, Jerjes, el rey-guerrero persa, invadió Grecia en el 480 antes de nuestra era. Posteriormente, los ejércitos de Alejandro Magno se desparramaron en dirección opuesta llegando victoriosos a puntos tan distantes como la India. En la Edad Media los turcos atravesaron el Bósforo, y en su marcha llegaron casi a las puertas de Viena. Mucho antes de estos hechos, los hititas ya habían invadido Asia Menor en lo que parece ser primera confrontación entre el Este y el Oeste.

Cuando los hititas penetraron por primera vez en el mundo civilizado, probablemente se hallaban todavía en estado bárbaro y sin duda estaban poseídos de aquel sentimiento, mezcla de temor y de desprecio, que caracteriza al hombre de la selva cuando visita la ciudad. La arqueología ha demostrado que existían poblados ricos y sofisticados en Anatolia antes que llegaran los hititas. Bajo las ruinas de una ciudad hitita llamada Alaça Hüyük, en la Turquía central, así como también en una localidad cercana al Mar de Mármara, se hallaron tumbas que contenían objetos sumamente interesantes, muestra del alto nivel de refinamiento cultural alcanzado por los antecesores de los hititas. Entre los utensilios hallados hay armas ceremoniales, profusamente decoradas (incluso un puñal con hoja de hierro, más valioso que el oro para los pueblos de la Edad del Bronce Antiguo que lo escondieron), una diadema con filigrana de oro y copas tambien de oro, así como objetos de tocador de oro, orfebrería y ornamentos.

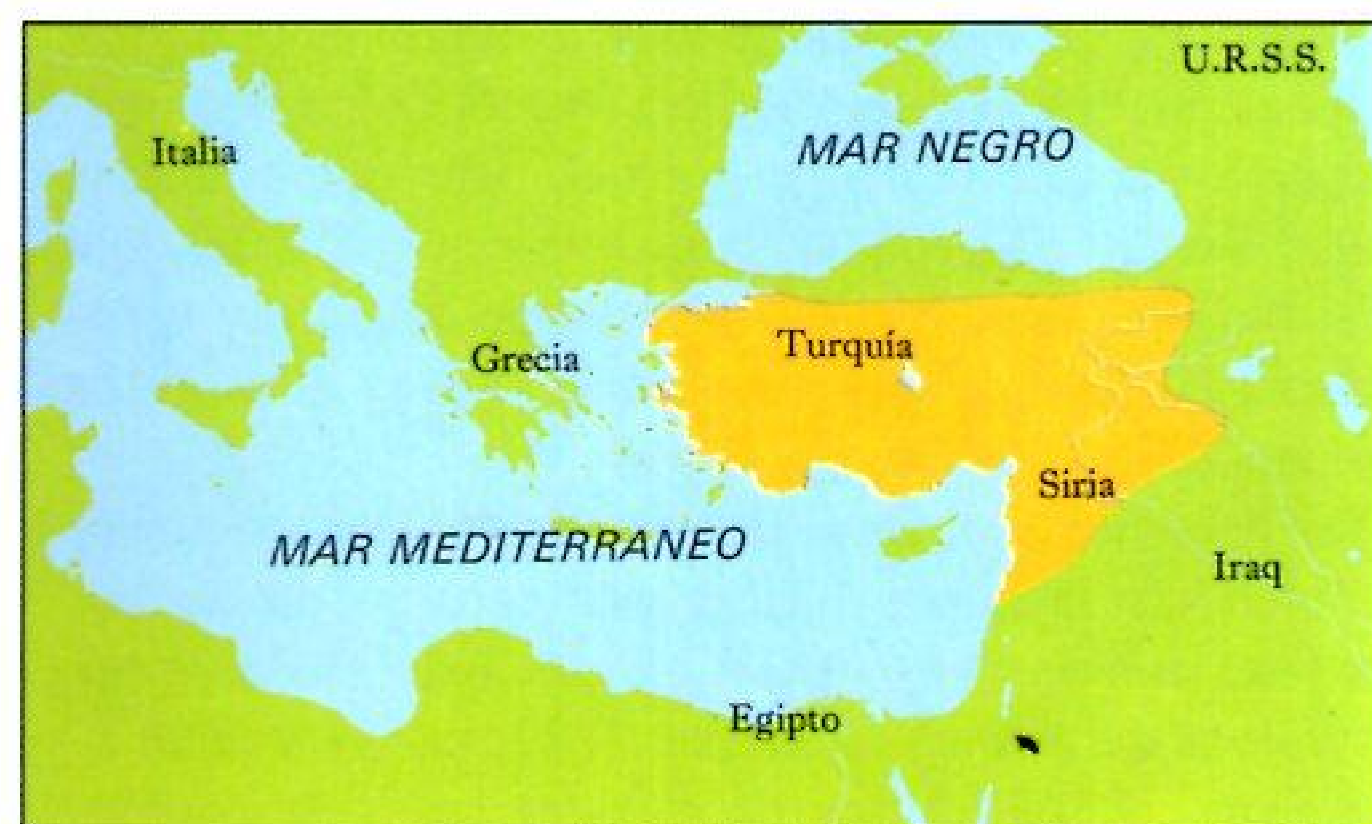
Si toda esta riqueza llegó a impresionar a los recién llegados del norte, éstos, sin duda, también se dieron cuenta de que, en ciertos aspectos, eran superiores a los habitantes locales. Los hititas eran un pueblo vigoroso, de espíritu práctico, astutos en la política y muy preparados para la guerra. A juzgar por los restos arqueológicos y las posteriores inscripciones hititas, las comunidades de sus predecesores anatólicos eran de poca importancia. Algunas de las ciudades-estado formaban en ocasiones alianzas para aunar su poderío por tiempo determinado, aunque no existen pruebas demostrativas de que se llegase a una verdadera unificación, cosa que fue impuesta por los hititas.

No se ha podido aclarar cómo éstos llegaron a imponer su dominio. Posiblemente su marcha hacia el poder fue motivada por la envidia y por el deseo de apropiarse de la riqueza y de controlar las rutas comerciales de las ricas comunidades que los rodeaban. En aquellas fechas remotas, el ejército hitita estaba compuesto por unos pocos millares de hombres y, desde luego, no irrumpió bruscamente, con un plan premeditado de conquista, en Asia Menor. La invasión parece haber durado mucho tiempo, tal vez algunos siglos, y fue sin duda una combinación de éxitos militares y de asimilación gradual de pueblos



EL REINO EN LA CUSPIDE DE SU APOGEO

La escarpada meseta de Anatolia, representada en este mapa de Asia Menor (arriba), fue el hogar del Imperio hitita. Irradiando en todas direcciones desde su lugar de origen, el país de Hatti, el Imperio se extendió y se redujo durante sus 500 años de existencia. Su máxima expansión, durante el apogeo de su poder en el siglo XIV antes de nuestra era, está representada aquí aproximadamente por el área de color marrón. El mapa contiene nombres de ciudades hititas *(señaladas con puntos)* y yacimientos arqueológicos citados en este libro, así como los estados vasallos de los hititas o pueblos limítrofes *(en negritas)*. Los nombres de lugar modernos o clásicos aparecen entre paréntesis. El mapa pequeño sitúa el Asia Menor en relación con el sur de Europa y Egipto, el gran rival de los hititas.



indígenas y de sus culturas. En el curso de este largo proceso los hititas no pusieron reparo en adoptar cualquier costumbre local, creencia o técnica que considerasen aceptable, fuese de un amigo, vecino o vasallo. Alrededor de 1650 antes de nuestra era adoptaron la escritura cuneiforme de los babilonios y la utilizaron conjuntamente con su propio sistema jeroglífico. El nombre con que llegarían a ser conocidos –hititas– no era el suyo propio, sino que evidentemente deriva de Hatti, el nombre más antiguo de la región a donde fueron a establecerse y que fue la base de su Imperio.

Evidentemente los hititas tenían una idea tan nebulosa del período de su formación histórica como la siguen teniendo los estudiosos de hoy día. Por los años 1700 antes de nuestra era un escriba hitita transcribió un antiguo relato de Pitkhana y de su hijo Anitta, reyes de una ciudad-estado anatólica denominada Kussara. El escriba les atribuyó la conquista de una ciudad rival llamada Nesa, también conocida como Kanesh, en la que residían los comerciantes asirios; precisamente allí se encontró una punta de lanza con el nombre de Anitta. Pero lo que resulta aún más interesante para la historia primitiva de los hititas es que Anitta sojuzgó también a Hattusa, a la sazón capital del país de Hatti. Según el testimonio del escriba hitita, "Anitta tomó la ciudad por sorpresa durante la noche, y en el lugar que ocupaba plantó cizaña"; agregando la propia expresión del rey: "Quienquiera que llegue a sucederme como rey y reconstruya Hattusa sea fulminado por el dios de la tempestad".

La herencia espiritual del rey Anitta sería conservada en las leyendas hititas por espacio de siglos, pero su anatema cayó en el olvido. Los hititas, percatándose del valor estratégico de Hattusa, la reconstruyeron en 1650 antes de nuestra era y la convirtieron en su capital.

Gracias principalmente a las ruinas de esta ciudad-fortaleza –singularmente a las esculturas de piedra halladas allí, a un templo hitita cercano llamado Yazilikaya (que en turco significa "piedra con inscripciones") y a la gran cantidad de tablillas de arcilla recuperadas de los enterrados archivos– los arqueólogos y los historiadores han podido conocer la verdadera naturaleza de este pueblo tanto tiempo ignorado. Una simple muestra de estos hallazgos ha sido suficiente para dejar bien sentado que los hititas destacaron en diversas facetas, incluidos su aspecto externo, su comportamiento y sus creencias.

Las esculturas de piedra de seres mortales y de dioses y diosas, que reflejan evidentemente la imagen de sus fieles, dan una idea de cuál era el aspecto externo de los hititas y de cómo vestían. Están representados como de baja estatura y de anchas espaldas, nariz prominente y aguileña y frente alta e inclinada. Algunas figuras masculinas llevan barba, aunque no bigote; los que van rasurados presentan la barbilla contraída. Como quiera que las figuras masculinas son representadas a menudo con una coleta, algunos de los primeros estudiosos de los hititas llegaron a la conclusión de que se trataba de una población de origen mongólico, basándose para ello en la típica coleta china, pero sin tener en cuenta que en repetidas ocasiones históricas los occidentales igualmente lucieron coletas.

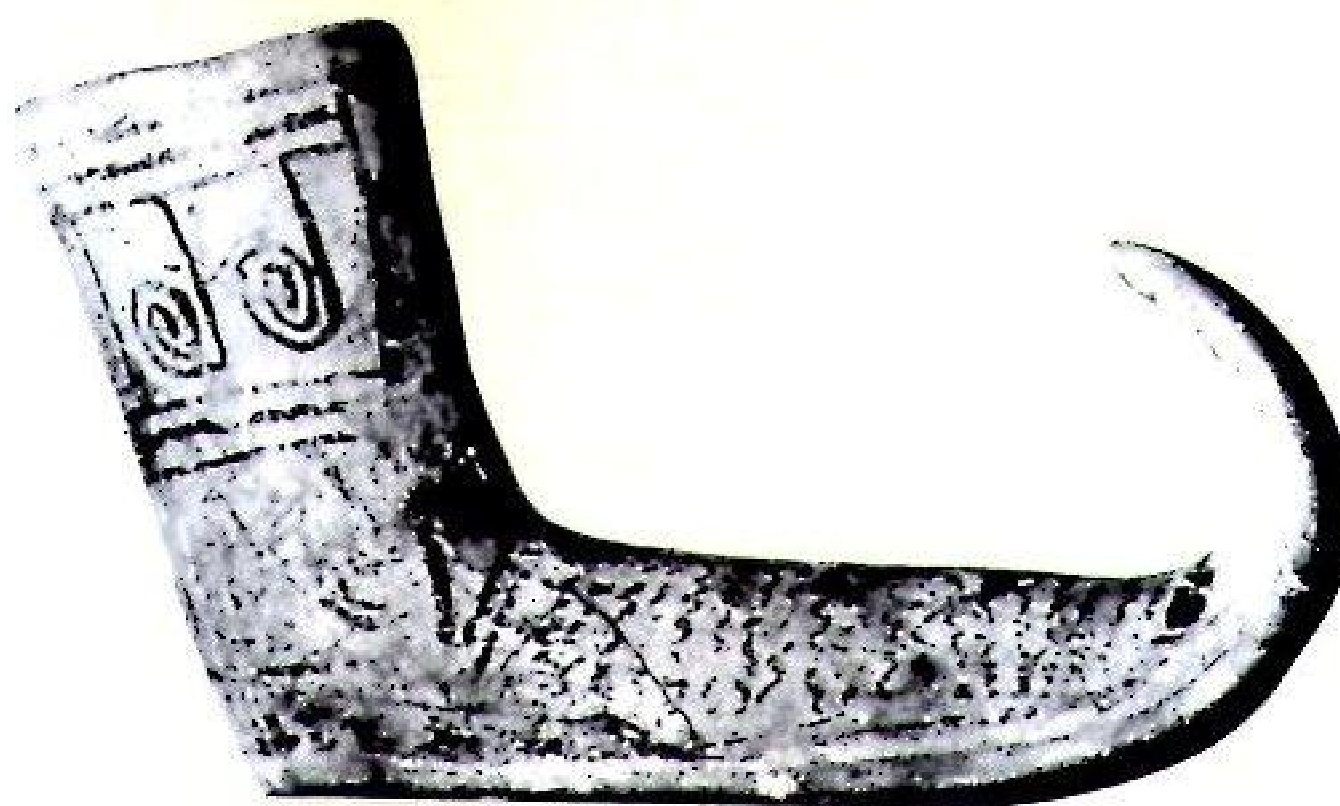
A los hititas se les suele representar provistos de pendientes y a veces también cubiertos con altos cascos en forma de cúpula o con casquetes muy ajustados a la cabeza. Tanto los hombres como las mujeres visten largas túnicas de lana, si bien a veces los hombres llevan una túnica corta ceñida con cinturón y cubierta con un manto. Muchas imágenes de diosas visten unas camisas dobladas, largas hasta las rodillas, ceñidas por el talle con un ancho cinturón, vestimenta que probablemente utilizaban también las mujeres hititas de categoría.

Generalmente los hombres y mujeres hititas iban



Dos vistas contemporáneas de los hititas
Dos imágenes de los hititas –una estatua de bronce (vista de frente y por detrás) y un relieve mural egipcio–, donde aparecen éstos en sus momentos de apogeo y en su decadencia. La estatua fue fundida entre los siglos XV y XIII antes de nuestra era. La larga y espesa cola, adorno característico de los hititas, puede haber sido llevada no sólo con fines decorativos sino como protección de la nuca en la guerra. El relieve se fecha en la primera mitad del siglo XII antes de nuestra era, cuando el poderoso imperio se resquebrajó; la figura central representa a un prisionero hitita; sus compañeros de derrota son (a partir de la izquierda) un libio, un sirio, uno de los "pueblos del mar" y otro sirio.





Objeto de alfarería que representa una airosa bota hitita, doblada por la punta, obra de un inspirado artista que lo concibió como copa de libaciones que se utilizó en el siglo XIX antes de nuestra era en ceremonias religiosas. Este tipo de calzado era característico de la vestimenta hitita y aún se lleva en algunas regiones de Turquía.

provistos de lo que resultó ser el signo más destacado de su pueblo: calzado de punta alargada dirigida hacia arriba por la parte delantera, y que lo utilizaban no sólo en su propio terreno montañoso sino también cuando pasaron a ocupar las llanuras de Siria, al verse obligados a luchar contra los egipcios, si hemos de creer en las propias esculturas monumentales egipcias.

Excepto por la característica de su calzado, sus vestidos no difieren gran cosa de los de sus vecinos, y ello es quizá una indicación de la facilidad con que asimilaron las costumbres locales.

Es indiscutible que resultaron ser admirablemente acomodaticios, como lo demuestra el hecho de que nada menos que ocho lenguas distintas se utilizaron en los edictos, mensajes, tratados, leyes, órdenes militares e instrucciones religiosas, desenterradas en Hattusa. Entre esas lenguas están la acadia o babilónica, que había llegado a ser la lengua oficial del mundo antiguo y que los hititas utilizaron ampliamente en su correspondencia diplomática con Egipto y otros reinos extranjeros; el hático, lengua de los primitivos ocupantes de la tierra, llamado "hatilio" por los hititas; el idioma oficial, o sea, la lengua indoeuropea hoy denominada hitita y que los propios hititas parecen haber denominado nesita (de la ciudad de Nesa, conquistada por los primeros reyes de Kussara); una lengua poco documentada llamada palaica, y, por último, el luvita, lengua de los pueblos de habla indoeuropea que precedieron a los hititas en Asia Menor.

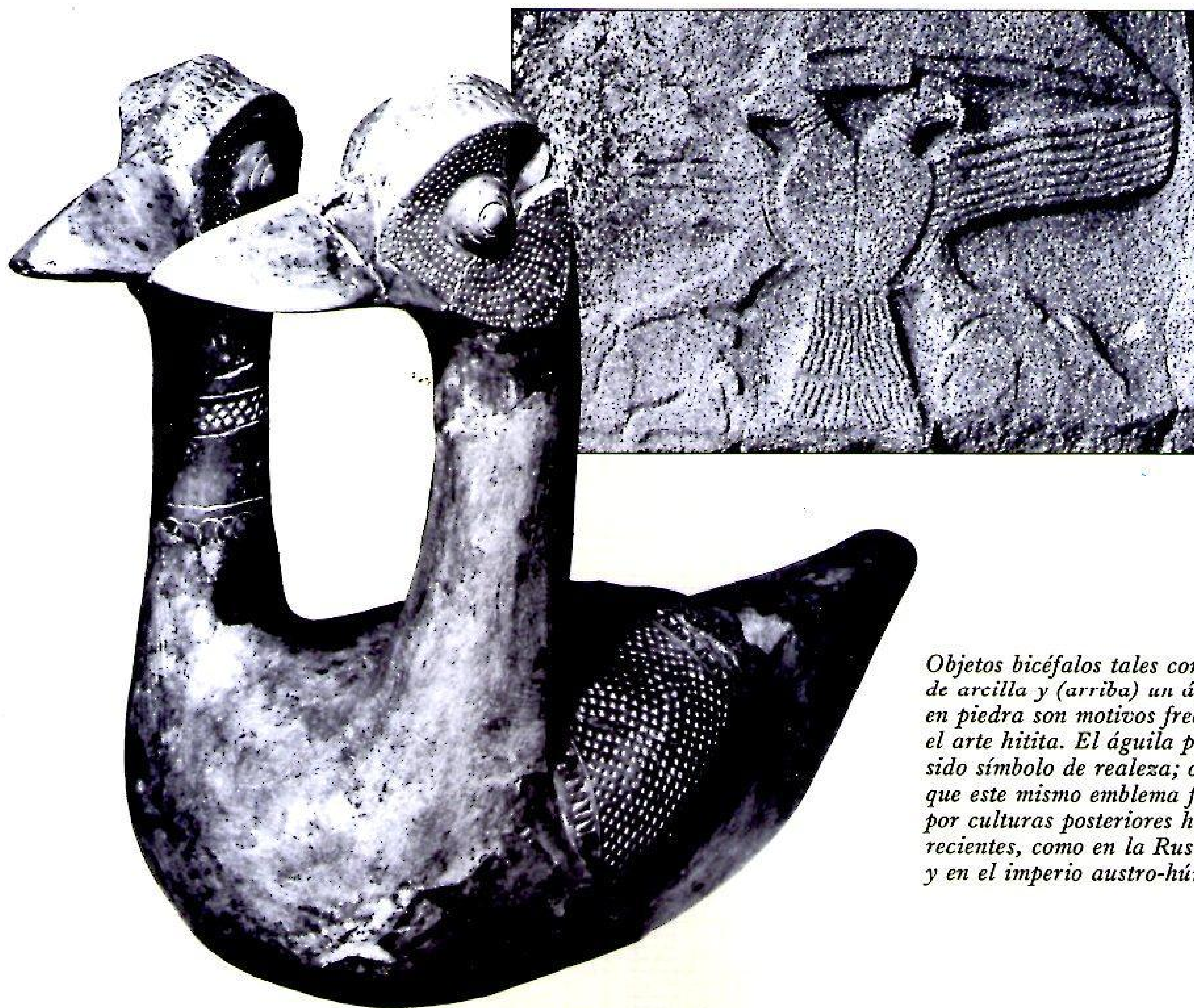
No todas estas lenguas tenían la misma importancia ni un uso generalizado; así, por ejemplo, los escribas hititas, para evitar confusiones entre sus paisanos, y sólo incidentemente para ahorrar dificultades de interpretación y traducción, adoptaron la norma de indicar en sus escritos "lo que sigue a continuación está escrito en luvita", antes de incorporar a sus escritos algún texto de esta lengua.

En el transcurso del tiempo, las típicas botas puntiagudas representadas en las esculturas de piedra y los hombres fieros y corpulentos que las calzaban llegaron a ser familiares en todo el Próximo Oriente. Quizá demasiado conocidos para bien de sus rivales. Los egipcios, que describían el reino hitita como Hatti, a veces lo denominaban "el abominable Hatti", un mote que, teniendo en cuenta la rivalidad existente entre ambos imperios, tenía hasta cierto punto el carácter de un cumplido.

No hay duda de que los hititas eran muy agresivos o que por lo menos sabían luchar con ardor; sus tácticas de lucha eran brillantes y el vehículo militar que se supone inventaron –un carro de guerra rápido, ligero, con cabida para tres personas (un conductor y dos combatientes)– era un artefacto poderosamente eficaz. Pero, según las costumbres de aquellos tiempos, en que poblaciones enteras eran pasadas a cuchillo o sometidas a esclavitud, los hititas parecen haber sido excepcionalmente humanos.

A menudo los soberanos hititas aceptaron como simples vasallos a príncipes derrotados en acciones de guerra y corroboraron la paz con tratados y solemnes promesas escritas, sellando a veces estos pactos con una boda regia (parece que había abundancia de princesas hititas disponibles para tales fines). Dirigieron su imperio mayormente por un sistema que otorgaba a sus estados vasallos la máxima libertad posible, excepto el control de la política exterior.

Organizado de esta forma, el Imperio hitita constituía una novedad en el mundo antiguo, en contraposición con los egipcios, quienes empleaban gobernadores propios y recurrían a la ocupación física del territorio para controlar sus conquistas. De todos modos, el sistema hitita, único y peculiar, presentaba también sus inconvenientes. Como señala un eminente hititólogo, el profesor O. R. Gurney, de Oxford, este sistema dio lugar a una estructura sumamente frágil; cuando moría un rey hitita, los vasallos



Objetos bicéfalos tales como este pato de arcilla y (arriba) un águila tallada en piedra son motivos frecuentes en el arte hitita. El águila puede haber sido símbolo de realeza; obsérvese que este mismo emblema fue adoptado por culturas posteriores hasta épocas recientes, como en la Rusia zarista y en el imperio austro-húngaro.

tendían a disgregarse y debían ser reunificados por el nuevo rey si éste tenía éxito en su empresa.

La base legal de su Imperio refleja el profundo respeto que la ley infundía a los hititas. Así, por ejemplo, unas instrucciones dictadas a los comandantes de puestos fronterizos revelan claramente un principio de justicia que sería bien acogido si se aplicase hoy día en muchas partes del globo: "No debe decidirlo (el caso en litigio) en favor de su superior jerárquico; no debe decidirlo en favor de su hermano, su mujer o su amigo; nadie será objeto de favoritismo. No debe hacer que un caso justo se convierta en injusto; tampoco debe hacer que un caso injusto se convierta en justo. Deberá obrar en forma que sea correcta."

El propio rey hitita, especialmente en las primeras etapas del Imperio, estaba supeditado de tal forma a la ley, que algunos escritores han llegado a calificar a la nación hitita "como la primera monarquía constitucional conocida". Una asamblea denominada *pankus,* compuesta probablemente por los notables del país, se reunía para juzgar al rey, avisándole si aparecían indicios de que hubiera infringido las leyes y teniendo incluso la facultad de ejecutarlo si persistía en su infracción.

La autoridad del *pankus* se desvaneció a medida que el Imperio fue expandiéndose y llegó a desaparecer por completo. Algunos eruditos mencionan este hecho como prueba de que tal asamblea era una institución que los hititas introdujeron en Asia Menor, donde fue desapareciendo gradualmente a medida que la nación fue orientalizándose y los monarcas hititas fueron asumiendo el carácter absolutista de sus vecinos egipcios y del Próximo Oriente. Se ha insinuado una teoría –que no ha quedado demostrada– según la cual en un principio el *pankus* elegía al rey como "el primero entre sus iguales", una teoría que si fuese correcta sería altamente reveladora. Como



Los vestigios de Hattusa –una ciudad tan grande como la antigua Atenas– se extienden por las laderas de la colina. Las construcciones



...ntro de la fotografía corresponden al Gran Templo, en lo alto , a la izquierda del templo, aparecen restos del emplazamiento del palacio real.

quiera que es un hecho cierto que algunos pueblos germánicos primitivos, incluso los anglosajones, designaban a sus monarcas por elección, la posibilidad de que los hititas procedieran de igual forma presenta una de aquellas semiabiertas puertas atormentadoras hacia el pasado a través de las cuales los historiadores podrían llegar a averiguar algo importante sobre el primitivo desarrollo y crecimiento de las instituciones políticas y de los primeros movimientos de los pueblos europeos.

A pesar de su política sofisticada, los hititas estaban firmemente convencidos de la eficacia de los exorcismos como medio para reforzar sus negociaciones internacionales. Sus tratados con potencias extranjeras no sólo contenían largos juramentos y extensas listas de dioses llamados a atestiguarlos, sino que comprendían también exorcismos específicos, supuestamente destinados a entrar en acción automáticamente, como si se tratase de minas explosivas enterradas, para el caso de que alguien faltase a la palabra dada. Fue tal su ingeniosidad, que algunos gobernantes hititas llegaron a alcanzar límites de verdaderos artistas: "Que los dioses os hagan desaparecer. Que la tierra se convierta en hielo de modo que resbaléis y caigáis. Que el suelo de vuestro país se convierta en un cenagal endurecido, de manera que os hundáis en él sin que podáis salir jamás."

Los hititas sentían tanta pasión por servir a sus dioses como predisposición para fulminarlos contra la cabeza de terceros. Su calendario religioso era tan estricto que reemplazaba a cualquier otra cosa. Los reyes hititas acostumbraban a regresar precipitadamente del campo de batalla, dejando incluso la conclusión de una campaña en manos de uno de sus generales, para poder cumplir con sus deberes rituales en calidad de guardianes de la fe nacional.

Sin embargo, nada caracterizó tanto las creencias religiosas de los hititas como la tolerancia, una cualidad que indudablemente debió de fortalecer su ha-

Cronología hitita

(en años a. de J.C.)

Hacia 2000
Procedentes de su país de origen, en algún lugar de Europa (posiblemente el sudoeste de Rusia), los hititas, pueblo de origen indoeuropeo, se establecen en Asia Menor.

Hacia 1900
Escribas de un centro comercial asirio en la ciudad de Kanesh dan las primeras referencias escritas sobre los hititas, proporcionando así la prueba más antigua de la presencia de este pueblo en Anatolia.

Hacia 1900
El rey Anitta de Kussara conquista las ciudades-estado rivales, entre ellas la que llegará a ser capital del Imperio hitita, Hattusa.

Hacia 1680-1650
Labarna I intenta lograr la unión de las ciudades-estado rivales.

Hacia 1650-1620
Labarna II prosigue la expansión del reino, establece la capital en Hattusa y cambia su propio nombre por el de Hattusili I: "el hombre de Hattusa".

Hacia 1600
Mursili I saquea Babilonia.

1590-1560
La pérdida de territorios en el sur y las luchas por el poder desorganizan la jefatura real.

1525-1500
Telipinu dicta la ley hereditaria de sucesión. Es el primer rey hitita que firma un tratado con una potencia extranjera; es asimismo el último monarca del Reino Antiguo.

Hacia 1386-1348
El rey Suppiluliuma I extiende la hegemonía hitita sobre casi toda el Asia Menor, llegando por el sur hasta la actual Damasco y por el este hasta más allá del Eufrates. Comienza el Imperio.

Hacia 1300
La guerra fría con Egipto se hace explosiva en la batalla de Qadesh.

Hacia 1200
El Imperio hitita acaba repentinamente.

709
Los neohititas, que mantenían vivos los restos de la cultura hitita, sucumben bajo la hegemonía asiria.

bilidad característica para captarse el apoyo leal de los pueblos que conquistaron. Cuando los hititas absorbían un pueblo extranjero, incorporaban igualmente a sus dioses, añadiendo así nuevas divinidades a su ya algo atestado panteón. Además, el mantenimiento de los altares de los nuevos llegados constituía una orden de absoluta preferencia para el príncipe local y para el comandante militar. De hecho, parece como si la mayoría de los dioses procedieran de otros pueblos, después que los hititas llegaron a Asia Menor.

La cultura hitita (usando la palabra "cultura" en un sentido más estricto, sinónimo de las artes) ha sido considerada deficiente por algunos especialistas, al compararla con los éxitos artísticos obtenidos por sus contemporáneos egipcios, babilonios y otros grupos vecinos civilizados, especialmente por su falta de desarrollo dinámico. Los ejemplos conservados del arte visual hitita –principalmente estatuillas de piedra o bronce, impresiones en sellos y escultura en piedra– han sido objeto de crítica por ser más audaces que perfectos.

Aun cuando su arte pueda considerarse como un arte menor, los hititas supieron por lo menos conservar y transmitir al mundo un símbolo del viejo Próximo Oriente, el águila bicéfala que aparece con frecuencia en sus esculturas de piedra. Los emperadores bizantinos adoptaron el emblema, lo mismo que los turcos seléucidas, que dominaron Anatolia 2.000 años después que los hititas. En la era moderna, Austria y la Rusia zarista lo adoptaron como símbolo nacional.

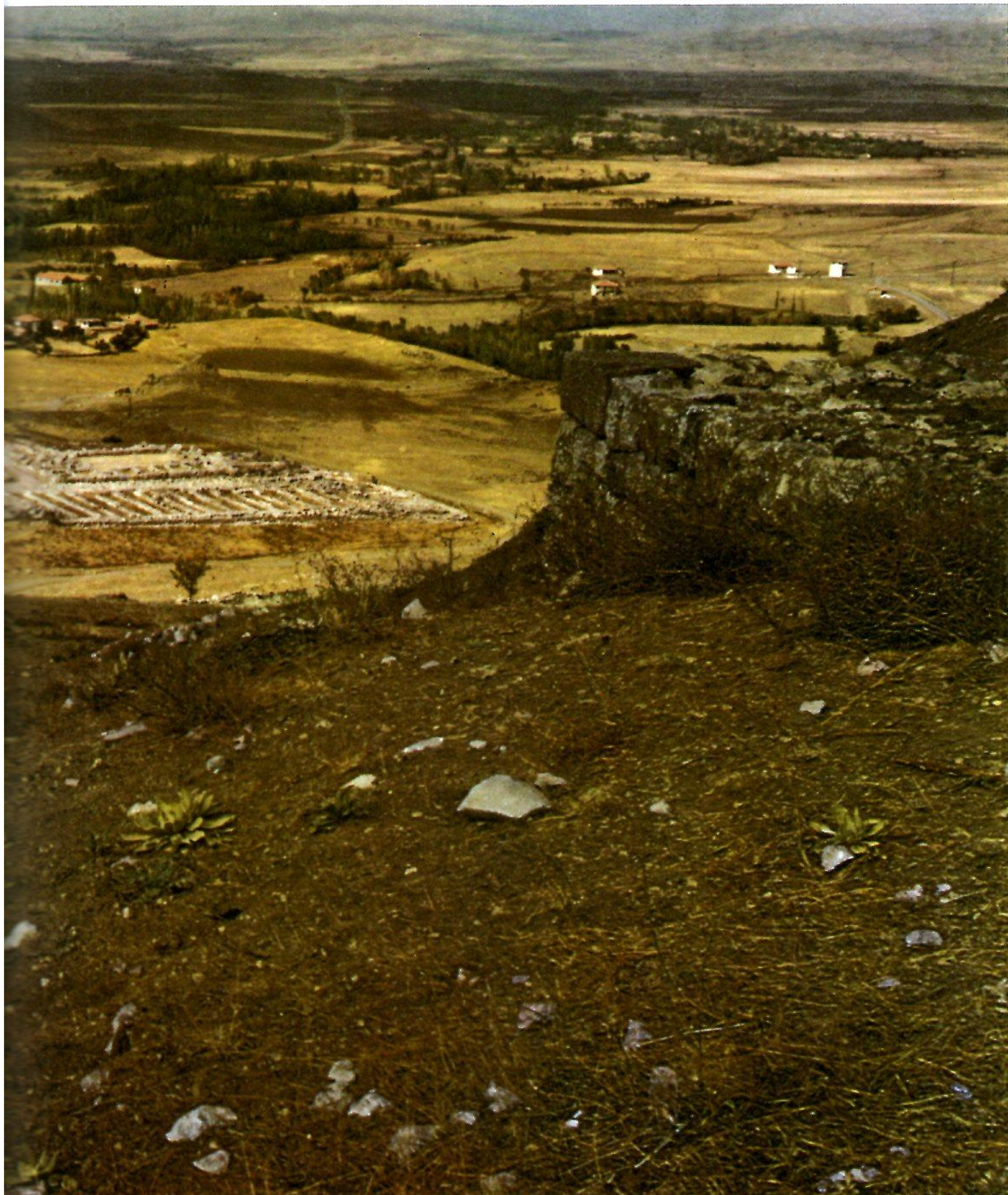
La literatura hitita tampoco ha aportado grandes valores, aun cuando contara con una importante tradición oral. Los ejemplos hallados hasta ahora consisten principalmente en mitos, leyendas e himnos, pero no hay entre ellos grandes textos épicos. Su literatura, no obstante, acusa rasgos de humor y de cálida emoción, poco habitual en los escritos de aquellas épocas primitivas. Considérese, por ejemplo, el mito del dios Telipinu; debido a causas que nos serán desconocidas hasta que se encuentren los fragmentos que faltan de las tablillas de arcilla, Telipinu estaba enfurecido y se hallaba tan excitado que exclamó: "No tiene que haber obstáculos", y a renglón seguido "intentó ponerse el zapato derecho en su pie izquierdo y el zapato izquierdo en su pie derecho." Esta descripción tan representativa de un estado de rabia y desesperación, producto de la imaginación de algún escriba o narrador hitita, toca nuestra sensibilidad tras un salto de 35 siglos.

Ningún consejo de un padre a su hijo muestra tanta comprensión de las debilidades de un jovenzuelo que tiene tendencia a caer en las trampas de la vida, como las de un rey hitita llamado Hattusili. En unas palabras que datan de 1620 antes de nuestra era conmina a su hijo recién adoptado y heredero a que "mantenga la palabra de su padre" y que se abstenga del vino, consumiendo de preferencia pan y agua durante la juventud, sin perjuicio de que al llegar a adulto beba hasta la saciedad. "Y llegado este momento ya puedes olvidar la palabra de tu padre." He aquí el ejemplo de un hombre que hablaba un lenguaje hoy tan muerto, que los filólogos más expertos no saben cómo pronunció tales palabras. Y el hecho es que sus ideas fueron tan sumamente inteligentes, que un auditorio de nuestro siglo XX no puede dejar de lamentar que la información sobre los hititas sea actualmente todavía tan pobre.

Junto a las lagunas informativas citadas –sobre su origen, el curso de su desplazamiento hacia Asia Menor, detalles acerca de sus primeros tiempos en Anatolia– existen también otras importantes en lo que se refiere a su historia social. Los antecedentes descubiertos hasta ahora consisten principalmente en edictos reales y escritos que tratan de asuntos de Estado. Los edificios exhumados y estudiados son principalmente palacios, centros administrativos y



Desde la ladera en terrazas, donde estaba el palacio real, se divisan las piedras del Gran Templo, el mayor de los santuarios hititas, q



...ba un amplio panorama de la meseta anatólica. Los tejados que se ven a la izquierda corresponden al actual poblado turco de Bogazköy.

templos. Por lo demás, sabemos muy poco acerca de las costumbres diarias de la gran masa de la población; no aparecen comunicaciones privadas ni contratos entre hombres de negocios, y sólo unos pocos utensilios propios de la vida diaria. Los historiadores han llegado a conocer de qué forma el monarca gobernaba su casa, incluso los mínimos detalles de cómo los porteadores palaciegos debían filtrar el agua (uno de estos porteadores, llamado Zuliya, incurrió en negligencia y fue ejecutado sin más porque Su Majestad encontró un cabello en el recipiente); sin embargo, en la mayoría de casos, los historiadores sólo pueden aventurar hipótesis sobre cómo la mujer de una granja situada en el valle que había más abajo del palacio cuidaba del ganado.

Incluso la historia oficial de los hititas, es decir, la historia de sus reyes y de sus guerras, plantea muchos problemas que no pueden ser resueltos con el material conservado. La pregunta más intrigante de todas es qué les sucedió a los hititas. Transcurridos unos quinientos años de existencia vigorosa e influyente, su civilización parece llegar, de repente, a su fin, alrededor del año 1200 antes de nuestra era, cayendo en un olvido casi total que iba a durar unos 3.000 años.

Hace poco más de diez años, ciertas tablillas que se cree datan de los reinos de Tudhaliya IV y Arnuwanda III, reyes durante el último medio siglo del Imperio hitita, parecieron ofrecer por lo menos una explicación parcial de la desaparición de los hititas.

Pero posteriormente algunos hititólogos han empezado a examinar de nuevo y a discutir las fechas tenidas por correctas de estos y otros textos hititas y, en consecuencia, de los sucesos que en ellas se mencionan. Un equipo del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, dirigido por el profesor Güterbock, recurrió a la ayuda de una computadora. Suministraron a ésta fichas perforadas en las cuales los textos hititas habían sido fraccionados de manera que permitieran a la computadora comparar los textos en busca de elementos que pudieran haberse modificado en el transcurso del tiempo, tales como la gramática, la sintaxis y la pronunciación.

Evidentemente resulta incongruente imaginar la tarea de un antiguo escriba hitita inclinado sobre una tablilla de arcilla y marcando con un estilete palabras que un día llegarían a convertirse en base de perforaciones en una ficha de computadora. A pesar de ello, la computadora señaló suficientes cambios como para sumar nuevos partidarios a la teoría de que los expresados textos habían sido erróneamente fechados y no correspondían al siglo XIII antes de nuestra era, sino a un período muy anterior de la historia hitita.

Sin embargo, los resultados de este experimento no han llegado a convencer a todos los hititólogos, y por tanto, la posibilidad de modificar las fechas asignadas a los textos no es todavía lo suficientemente clara como para que se justifique escribir de nuevo la historia hitita.

Si los mencionados textos, en efecto, resultan ser de una fecha anterior en un siglo o más a lo que hasta ahora se creía, algunos de los documentos que hasta el presente se han atribuido a Tudhaliya IV y a Arnuwanda III tendrán que ser modificados en la historia. La referida lucha contra el rebelde príncipe vasallo habría tenido lugar en una fecha anterior, con lo cual desaparece toda la luz que esta rebelión podría haber arrojado sobre el colapso del poderío hitita.

Ciertamente, los misterios que envuelven todavía cuanto concierne a los hititas podían haber sido más profundos y la oscuridad más intensa. Es posible que la verdad nunca hubiera llegado a ser conocida si no hubiese sido porque hace poco más de un siglo, una sucesión en cadena de hallazgos fortuitos, de especulación aventurera y de investigaciones meticulosas condujeron a un resultado sin paralelo en la arqueología: el descubrimiento de un imperio perdido.

Hattusa, cuna y baluarte del poder



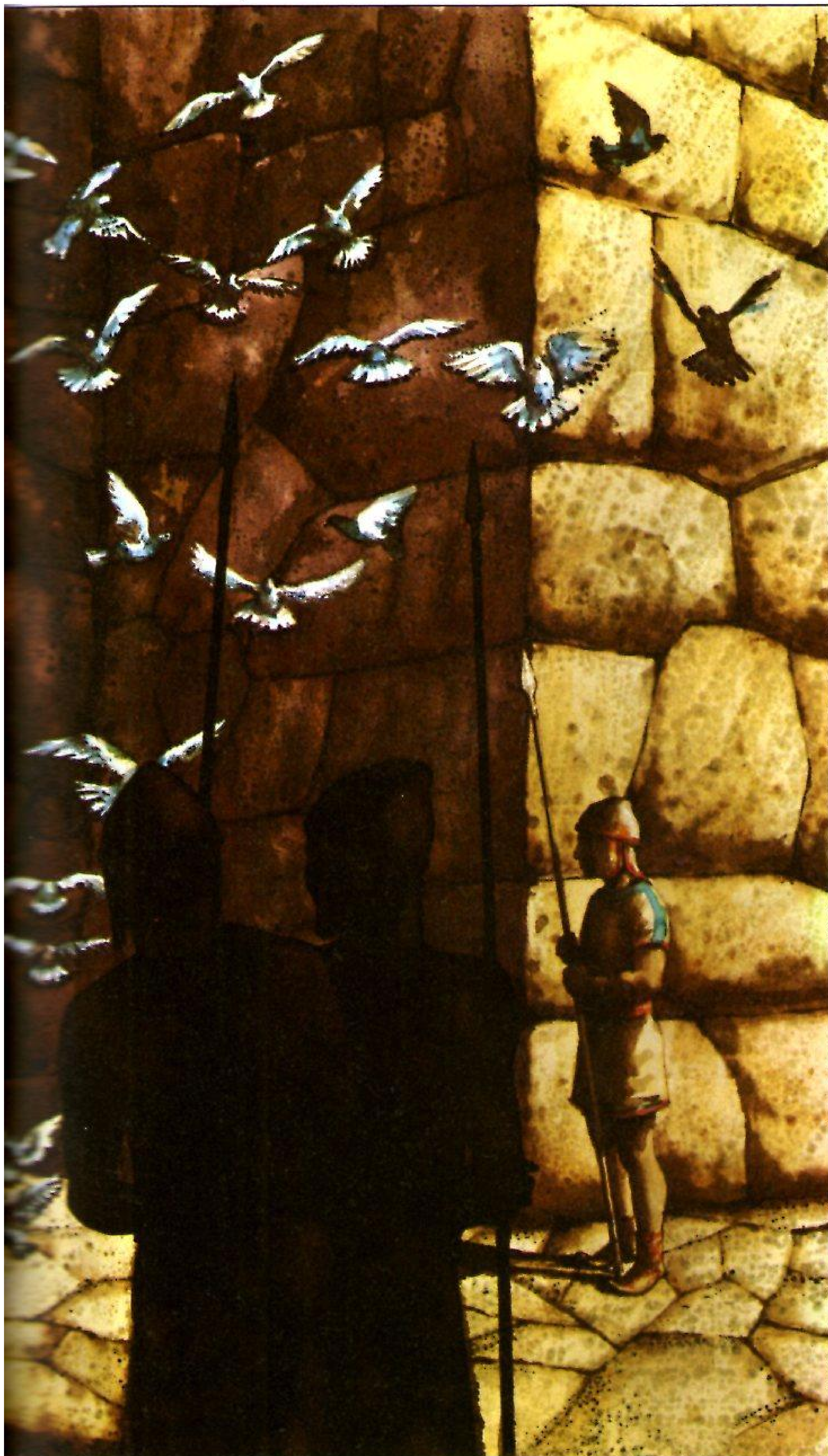
El palacio de los reyes hititas (arriba a la izquierda) domina desde las alturas las fortificaciones y el Gran Templo (a la derecha).

Para los hititas de los siglos XIV y XIII antes de nuestra era, su capital, Hattusa, fue algo más que el puesto de mando de un imperio en expansión. Había sido su cuna desde el año 1650 aproximadamente, y con su larga ocupación la convirtieron en un compendio de su cultura y modo de ser. En suma, la ciudad los caracterizó como un pueblo sumamente organizado y con genio político.

A lo largo del siglo XIV Hattusa creció extraordinariamente, al unísono con las conquistas hititas de la época. La vieja ciudad, de casi sesenta y cinco hectáreas de superficie, duplicó su extensión, ampliándose montaña arriba, a ambos lados de dos anchos valles. Para defender el nuevo complejo urbano, fue necesario agrandar enormemente la vieja muralla, empresa ciertamente ardua que se logró a base de esclavos prisioneros de guerra y de hombres libres reclutados. Serpenteando por colinas y valles, la muralla formó un recinto que, en caso de un ataque enemigo, era lo suficientemente amplio como para acoger a toda la población de la región circundante. Con la ejecución de este proyecto épico, Hattusa se convirtió sin duda alguna en la ciudad más grande y más poderosamente fortificada.



Atravesando la Puerta de los Leones, un carro abandona la capital con órdenes reales para ser entregadas a una lejana guarnición. Lc



arco parabólico de invención hitita, estaba flanqueada por dos torres rectangulares.

Murallas, carros y el largo brazo del dominio imperial

Desde casi todos los puntos de Hattusa, los ciudadanos observaban signos tranquilizantes del poderío militar hitita. Enormes fortificaciones –la muralla exterior y los baluartes del interior– destacaban por todas partes y soldados perfectamente adiestrados, acuartelados en la guarnición de la ciudadela, montaban guardia en muchos puntos estratégicos de la ciudad.

Otra escena guerrera –la frecuente llegada y partida de carros de guerra por las cinco puertas principales de Hattusa– evidenciaba constantemente el alcance del poderío imperial hitita. Este tipo de carros, sencillos pero eficientes, contribuyó en gran manera a las victorias hititas sobre el campo de batalla: estos vehículos eran lo suficientemente resistentes para transportar, además del hábil conductor, un portador de escudo para la defensa y un lancero para el ataque.

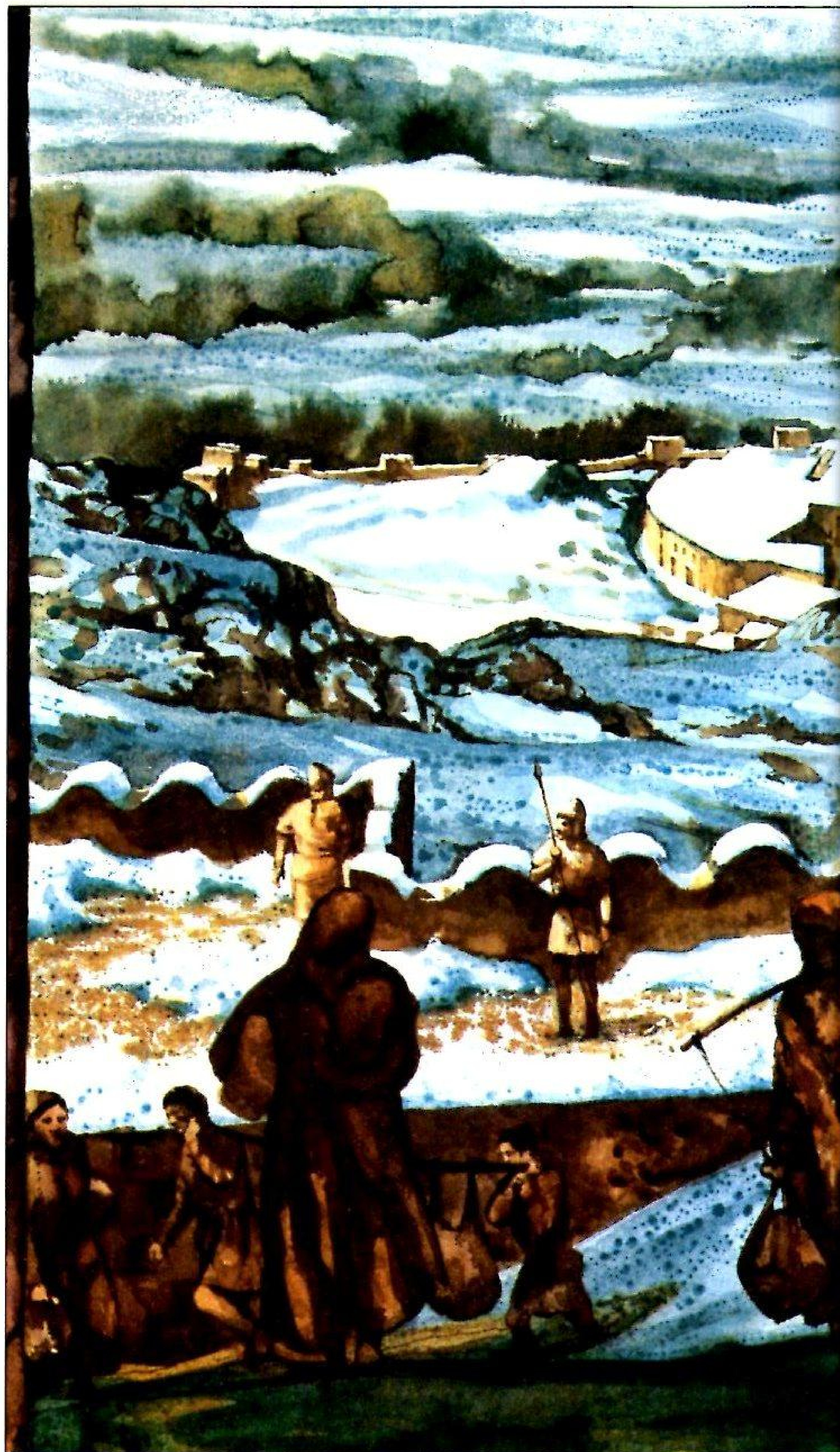
Fue también muy importante el tráfico de carros hacia la ciudad o procedentes de ella, lo que puso al rey en contacto directo con las avanzadas de su vasto imperio. Los soberanos hititas comprendieron que no podían gobernar directamente o tan sólo por la fuerza a todos sus pueblos sometidos y, de acuerdo con ello, repusieron en sus puestos a los monarcas derrotados, con facultades limitadas, dada su condición de vasallos, garantizándoles su protección a cambio de una promesa de lealtad y de apoyo. Pero, en realidad, fue la amenaza que implicaba la presencia de las fuertes y estratégicas guarniciones –controladas por tropas hititas y mandadas por parientes del rey u oficiales hititas de probada lealtad– lo que mantuvo unida la obra imperial en las regiones conquistadas.

El palacio y el templo: piedras angulares del reino

Desde su palacio, situado en lo más alto de la ciudadela de Hattusa, el rey veía extenderse a sus pies los edificios que formaban el Gran Templo, centro religioso del imperio. La vista desde aquellas alturas era impresionante y al mismo tiempo simbólica, ya que el rey era también el sumo sacerdote del país y la religión nacional contribuía a fortalecer su mandato secular, al conferir un tipo de unidad cultural a los diversos pueblos que integraban el Imperio.

Enormemente poderosos por su doble jerarquía, los monarcas hititas podían haber suprimido las divinidades locales en los territorios conquistados, lo cual hubiese sido en realidad una mala política. Sin embargo, incorporaron muchas divinidades extranjeras al ya numeroso panteón hitita. De hecho, la mayor parte de los dioses hititas fueron divinidades adoptadas, incluso la divinidad principal, Teshub, el dios de la tempestad, cuya preeminencia sobre los demás pudo muy bien ser debida a los fuertes vientos invernales y a las tempestades de nieve que barrían el alto y escarpado hogar de los hititas.

La principal obligación religiosa del rey consistía en una peregrinación anual a los más importantes santuarios del Imperio, a fin de celebrar brillantes festivales en fechas determinadas. Debido en parte a que sus apariciones en público contribuían a estabilizar el reino y a recibir ricos tributos, los reyes no permitían que nada se interpusiera en su itinerario religioso. Y consideraban tan sumamente importantes sus responsabilidades espirituales en general, que incluso un rey llegó a abandonar a sus tropas en plena campaña, a fin de presidir una ceremonia programada en Hattusa.



Llevando provisiones, los sirvientes caminan por la ladera de la ciudadela que domina el G



...mplo, donde el rey hacía de jefe de estado y sumo sacerdote. Este templo fue el mayor de cinco templos construidos en Hattusa.

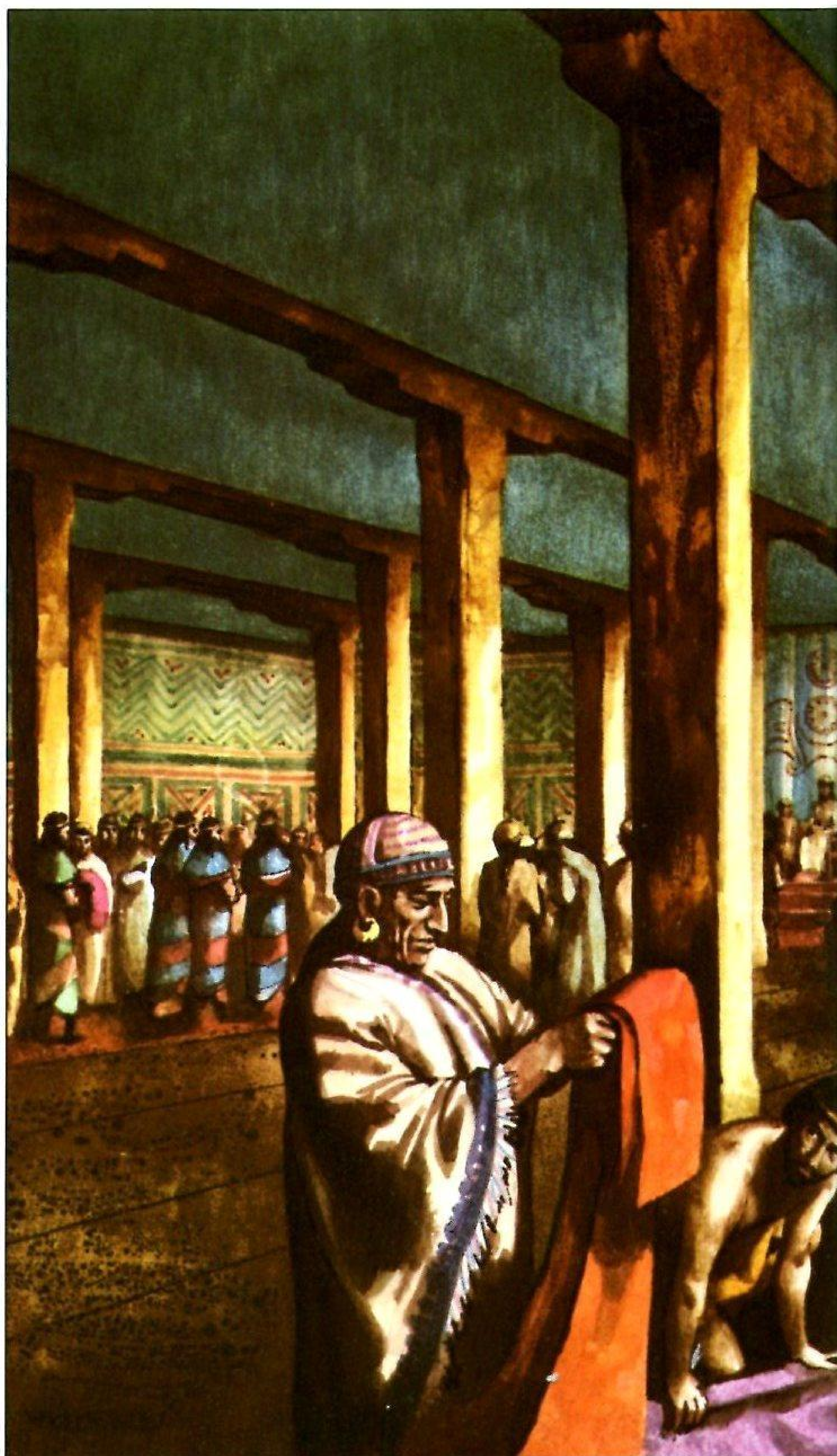
En el salón real: Homenaje al gran rey

En lo alto de la ciudadela de Hattusa, en una inmensa dependencia que ocupaba todo el segundo piso del palacio real, los lazos políticos que unían al Imperio hitita eran renovados cada año en una solemne ceremonia: la rendición de tributo y homenaje al Gran Rey.

Se desconoce cuál era la época escogida para este ritual, pero cuando llegaba la fecha prevista, delegaciones de todos los territorios del Imperio convergían en la capital. Cada delegación constituía una caravana con cargamentos de profusos y ricos regalos tales como barras de oro y copas del mismo metal, finas armas y orfebrería, tejidos de púrpura y aceites perfumados.

Si bien su vestimenta y sus tributos eran uniformes, las delegaciones se diferenciaban significativamente en cuanto a categoría y composición. De los doce grupos que rendían homenaje anual al más grande de los conquistadores hititas, el rey Suppiluliuma I (1386-1348 antes de nuestra era), dos correspondían a dignatarios representantes de protectorados –reinos de especial importancia, a los que el rey garantizaba privilegios mercantiles y cierto grado de independencia. Mientras que los gobernantes de los protectorados podían rendir tributo y homenaje mediante delegados, los príncipes de los diez estados vasallos estaban obligados a presentarse en persona ante el monarca.

Naturalmente, las promesas de lealtad podían quebrantarse. Pero los pactos se basaban sobre todo en deberes y beneficios mutuos: los príncipes recibían protección del rey y éste recibía fondos y tropas de los príncipes. Mientras el equilibrio se mantuvo, el Imperio hitita continuó siendo un prodigio de poderío.



Preparándose para rendir un homenaje en la sala de audiencias del palacio, los delegados de



...- estado siria de Ugarit muestran sus tributos a un oficial hitita, mientras diversas delegaciones guardan turno ante el rey.

Capítulo segundo: Redescubriendo a los hititas



¿Cómo es posible que un pueblo tan grande como el de los hititas cayese en el más completo olvido? Mientras subsistió el recuerdo de sus contemporáneos, los egipcios y los babilonios, nada relacionado con los hititas pareció subsistir excepto su nombre, y aun éste fue usado incorrectamente. A pesar de que se les menciona en la Biblia, los estudiosos del siglo XIX no llegaron a identificarlos con otras alusiones contenidas también en la Biblia en las que se da a entender que los hititas no eran más que un reducido grupo de tribus.

La alusión a ellos se encuentra en los capítulos 6 y 7 del Libro II de los Reyes. El rey de Siria había conducido su ejército a Samaria, capital del reino de Israel, y puesto sitio a la ciudad. Dentro de sus murallas los víveres empezaron a escasear y cundió la desesperación. Finalmente, cuando los sitiados se vieron obligados a alimentarse de "cabezas de asnos y excrementos de paloma", fueron liberados milagrosamente. El Señor "hizo que las tropas sirias percibiesen un sonido de carros y de caballos, algo así como el estruendo de un gran ejército". El pánico cundió entre los sirios, los cuales, atemorizados, abandonaron al punto sus tiendas y sus caballos y huyeron poniendo a salvo sus vidas y exclamando: "Mirad cómo el rey de Israel ha conjurado a los reyes de los hititas y a los reyes de Egipto para que se lancen contra nosotros."

Esta alusión bíblica se encontró en pugna con el pensamiento científico. Presuponía que los hititas eran un pueblo temible, comparable a los egipcios como símbolo de poderío y de terror. Mas a mediados del siglo XIX, un distinguido erudito, haciéndose intérprete de la opinión de la mayoría de sus colegas, afirmó que toda alusión a los "reyes de los hititas" era incorrecta y carente de sentido, llegando incluso a descartar aquel pasaje de la Biblia, por su "falta de sentido histórico". Y así quedaron las cosas: los hititas tal vez ni habían existido.

Figura del rey Tudhaliya, en tamaño mayor que el natural, que se halla en una concavidad de un escarpe de Karabel, en Turquía. Tallado hace más de 3.000 años, este relieve fue contemplado por numerosos viajeros y observado por el historiador griego Heródoto, pero no fue identificado correctamente hasta 1879, en que el erudito británico Archibald Henry Sayce pudo afirmar que tanto el estilo como la inscripción que acompaña eran hititas.

La desconcertante referencia que la Biblia hace de ellos, tal como hoy es interpretada por los eruditos, no alude a los hititas de Hattusa sino al pueblo que sobrevivió a la caída del Imperio, allá por el año 1200 antes de nuestra era. Además de conservar el nombre de sus predecesores, los neohititas se hicieron acreedores evidentemente a una cierta reputación por sus hechos de armas. No obstante, si los eruditos de mediados del siglo XIX hubieran sido menos cortos de miras y se hubiesen dedicado a investigar algo más que la Biblia, se habría podido constatar la existencia de pruebas absolutamente fehacientes acerca del poderío de los hititas. Algunos testimonios de ello habían sido ya descubiertos y en lugares tan distantes entre sí como la Siria occidental y el norte de Anatolia –indicios de la magnitud del Imperio hitita.

La solución del misterio de los hititas llegó de hecho en la década de 1830. Un explorador francés, desconocedor de todo cuanto se relacionaba con los hititas, vagabundeaba por los desiertos de Anatolia en busca de las ruinas de Tavium, un poblado de época romana. Al igual que muchos otros hombres de su época, dotados de espíritu aventurero, Charles-Félix-Marie Texier se hallaba dominado por lo que entonces constituía una pasión nueva y además de moda: la arqueología. A raíz de la campaña de Napoleón en Africa habían empezado a llegar interesantes noticias de Egipto sobre templos, tumbas y tesoros, y súbditos europeos en número creciente –desde verdaderos estudiosos hasta simples turis-

Este grabado francés del siglo XIX, que constituye una de las vistas panorámicas más antiguas de la capital hitita de Hattusa, representa las ruinas del templo del dios de la tempestad y de la diosa del Sol. El grabado se hizo a partir de un dibujo diseñado sobre el terreno por el descubridor de Hattusa, Ch. F. M. Texier.

tas– encaminaban sus pasos hacia este país y otros centros de antiguas civilizaciones. Al proceder en sus excavaciones a localizar, dibujar e individualizar viejos utensilios, emplearon a menudo unos procedimientos que destruyeron más testimonios históricos que los que llegaron a recuperar.

Texier, con el apoyo del gobierno francés, tuvo la satisfacción de contar con el permiso de las autoridades otomanas para explorar el Asia Menor, es decir, el corazón de su imperio. Como quiera que los turcos desconfiaban de los occidentales, habían otorgado a éstos muy pocos permisos para recorrer el país, hecho que hasta cierto punto contribuyó a la conservación de las ruinas existentes en la región y a preservar el secreto de los hititas. Por otra parte ello significaba también para Texier la carencia de una información precedente que pudiera haberle servido de orientación. Lamentando sobre todo esta falta de datos, nuestro hombre inició sus trabajos en la meseta central de Turquía en julio de 1834.

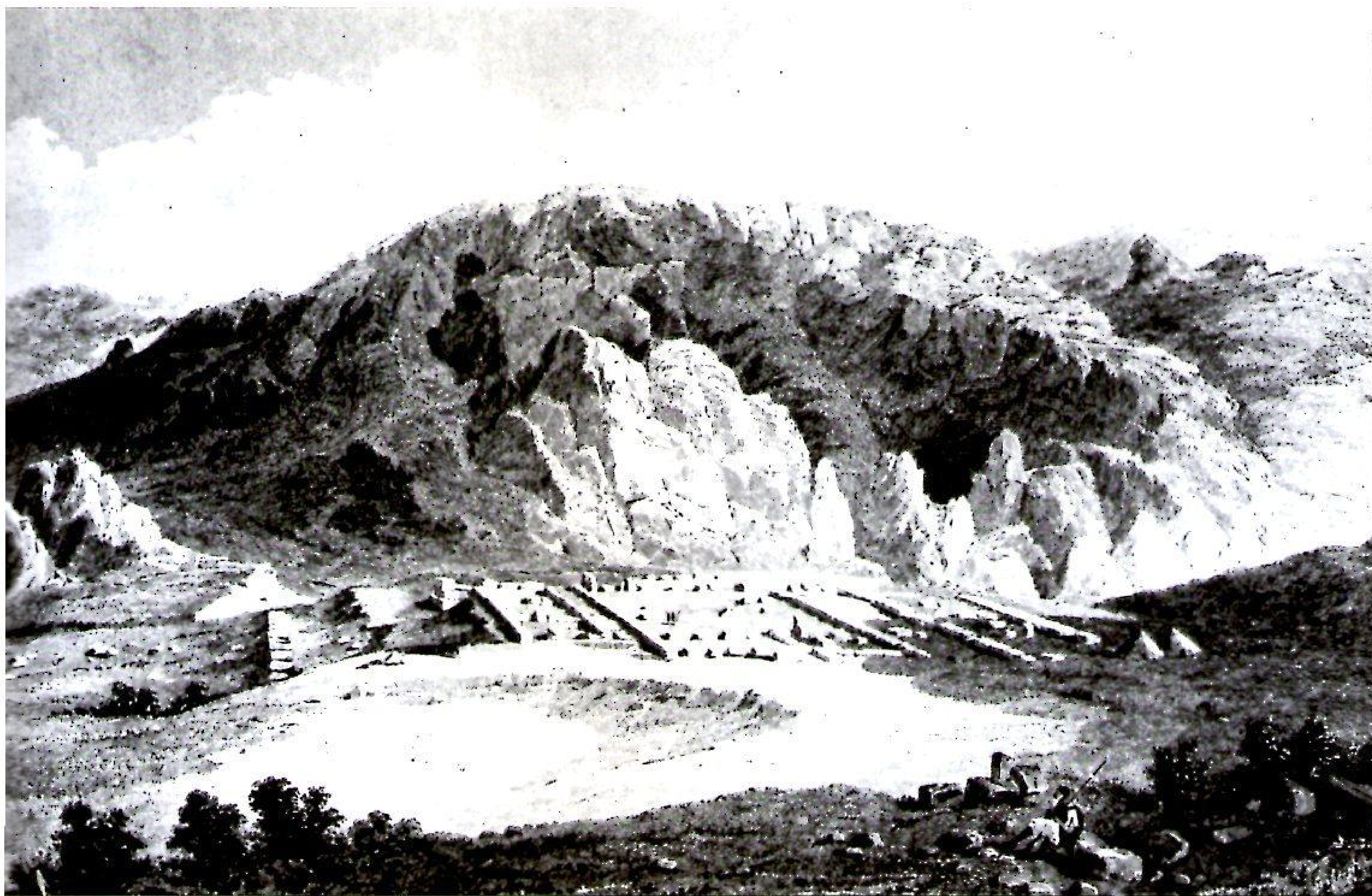
Texier solía preguntar a los habitantes de las localidades que encontraba si realmente existían ruinas antiguas en los alrededores. En una aldea denominada Bogazköy, unos 145 km al este de Ankara, actual capital de Turquía, se le sugirió que se dirigiera a las colinas escarpadas que dominaban la aldea. Texier siguió el consejo, y al término de una agotadora ascensión quedó atónito al contemplar lo que se ofrecía ante sus ojos: enormes bloques de piedra que en su tiempo constituyeron los cimientos de un vasto edificio; restos de una muralla provista de torres y que correspondía a una fortificación de un área aproximada al km^2, con un perímetro de más de 6 km, y por último dos puertas, una de ellas protegida por leones de piedra y la otra ostentando una figura humana, probablemente un rey, de tamaño algo mayor que el natural.

Todavía no se había repuesto de su sorpresa al contemplar la magnificencia y extensión de aquellas ruinas, sin sospechar que correspondían a Hattusa, la espléndida capital hitita, cuando uno de los habitantes de la aldea le indicó la existencia de otra localidad que acaso podría también interesarle, es decir, Yazilikaya. Después de una ascensión de cerca de 1,6 km por una senda estrecha y tortuosa, Texier se halló de nuevo en presencia de otro hallazgo que le hizo olvidar todo su cansancio anterior.

Yazilikaya presentaba profundas grietas en su terreno calcáreo que daban la sensación de constituir una especie de santuario consistente en un par de recintos cubiertos de hierba unidos a la roca mediante hendiduras. El nuevo hallazgo no ofrecía la belleza natural de lo anteriormente descubierto y que tanto había asombrado a Texier, pero correspondía a restos de construcciones erigidas por gentes que hacía largo tiempo habían desaparecido *(página 35)*.

Las paredes del mayor de los dos recintos se hallaban cubiertas de esculturas impresionantes y a la vez extrañas: una sucesión de figuras semejantes a dioses, algunas provistas de cascos cónicos y otras con un tocado imitando una corona. Algunas de las figuras cabalgaban sobre animales, y otras sobre la espalda de figuras que podían representar a otros dioses. Las había que llevaban alas y otras varias portaban en sus manos misteriosos objetos.

En una de las paredes de la menor de ambas alcobas aparecían las figuras idénticas de doce dioses o guerreros empuñando espadas, todos ellos en fila y petrificados durante milenios en su paso marcial. En la pared opuesta había una figura de gigante con un brazo extendido hacia adelante; el otro brazo descansaba sobre los hombros de una figura humana de tamaño mucho menor, en señal de protección. En varios lugares los bajorrelieves presentaban ornamentación de grupos de símbolos enigmáticos en forma de jeroglíficos. Algunos de estos signos tenían formas perfectamente identificables: cuerpos sin cabeza, una mano, cabezas de animales y una montaña.



Otros signos presentaban formas geométricas abstractas, como líneas, rectángulos, arcos y círculos combinados de formas diversas.

Ni el estilo de los artistas que esculpieron las figuras, ni la vestimenta de éstas, ni los signos misteriosos que las acompañaban tenían parecido alguno con cualquiera de las culturas antiguas conocidas por Texier. Una cosa resultaba cierta: ni las figuras ni las ruinas podían ser los restos de Tavium.

No obstante, aparecía como conclusión evidente que la ciudad que había existido sobre ese abrupto terreno no podía ser un poblado insignificante ni tampoco haber sido edificada por una tribu sin importancia. Sus dimensiones, lo macizo de los bloques de piedra empleados en sus edificios y la profusión y contenido de su arte proclamaban a todas luces el trabajo de un pueblo rico, poderoso y ambicioso.

Cuando en 1839 apareció el libro de Texier en que describía sus exploraciones en Asia Menor, sus descubrimientos no llegaron a conmover al mundo científico. Una gran nación que había dejado ruinas como las que él describía no encajaba en las estructuras de la historia antigua, tal como entonces se la conocía, y los historiadores de aquel tiempo, poco dispuestos a modificar su concepción de aquellas estructuras, llegaron a considerar los hallazgos de Texier casi como un estorbo. Acaso aquellos estudiosos se hubieran conmovido algo más de saber que los hallazgos de Texier guardaban estrecha relación con otro hallazgo anterior acaecido a algo más de 550 km al sur de la ciudad en ruinas.

En efecto, el descubrimiento anterior, dado a conocer doce años antes de que el francés iniciara sus exploraciones en Anatolia y que había sido ignorado, era el resultado del esfuerzo de un hombre dotado de unas facultades extraordinarias para el viaje y la aventura. Johann Ludwig Burckhardt *(página 37)*, de origen suizo y educado en Alemania, halló en Inglaterra la forma de dar satisfacción a sus aficiones, gracias a la Asociación para la Promoción de Descubrimientos en el interior de Africa. La Asociación tenía por finalidad promover los estudios de jeroglíficos y, de paso, ensanchar las fronteras del Imperio británico. A Burckhardt se le asignó un objetivo sorprendente: atravesar el Sahara en dirección al Africa occidental y hallar las fuentes del río Níger.

Después de seguir un breve curso de lengua arábiga, abandonó Inglaterra en 1809 con destino a Siria, donde pensaba llegar a dominar el idioma. Para no infundir sospechas, dada su condición de occidental, y para justificar su acento extranjero, se convirtió en Sheik Ibrahim, un comerciante musulmán procedente de la lejana India. Tras permanecer casi tres años en Siria, no sólo consiguió hablar con fluidez la lengua árabe, sino que también llegó a ser un experto en la ley islámica.

Ciertos desórdenes de tipo político, que impidieron el paso de caravanas a través del Sahara, frustraron su intento de búsqueda de las fuentes del Níger, en vista de lo cual Burckhardt pasó otros cinco años recorriendo Siria, Palestina, Egipto, Nubia, Abisinia y la Península Arábiga. Gracias a su profundo conocimiento de la ley islámica, obtuvo incluso permiso para peregrinar a la ciudad santa de La Meca; en efecto, fue el primer europeo en lograrlo.

Mientras esperaba todavía una oportunidad para atravesar el desierto en dirección al Africa occidental, Burckhardt murió de disentería en El Cairo en 1817. No obstante, había dejado unos diarios con la descripción de sus viajes, los cuales fueron editados a título póstumo en Inglaterra.

En uno de los diarios, publicado en 1822, Burckhardt mencionaba una piedra que había hallado en la ciudad siria de Hamath (la moderna Hama). La piedra estaba empotrada en la esquina de una casa y cubierta con signos que semejaban jeroglíficos. Burckhardt conocía los jeroglíficos egipcios, pero éstos eran ostensiblemente distintos.

A pesar de que todos los que estaban interesados en el Próximo Oriente leyeron sus libros con avidez, y aun cuando la autenticidad y exactitud de los mismos eran reconocidas públicamente, nadie atribuyó importancia al hallazgo de Burckhardt. Por lo menos hasta el año 1870, cuando la piedra fue redescubierta. Dos súbditos americanos –J. Augustus Johnson, cónsul general americano en Siria, y un misionero llamado Jessup– hallaron no sólo la piedra de Burckhardt, sino también otras tres similares, asimismo cubiertas de jeroglíficos, situadas en lugares distintos de la ciudad. También tuvieron noticia de que los habitantes de Hamath profesaban un enorme respeto a dichas piedras. Entre otras cosas, por la creencia de que las inscripciones misteriosas constituían una cura mágica contra el reumatismo.

Cuando Johnson, al año siguiente, publicó en una revista una pintura imperfecta de las piedras dibujada por un artista local, las piedras se convirtieron de pronto en un alucinante "tarro de miel para las abejas anticuarias", que ya pululaban por todo el Próximo Oriente. Casi simultáneamente tuvieron lugar nuevas tentativas de obtener moldes, dibujos o fotografías de las piedras, pero el éxito no acompañó a estas empresas.

En Damasco, un misionero irlandés llamado William Wright, siempre muy aficionado a la arqueología, observó con cierta preocupación el desarrollo de los acontecimientos.

Le llegó la oportunidad de intervenir, en 1872, cuando él y W. Kirby Green, cónsul británico en Damasco, fueron invitados a agregarse al gobernador turco de Siria, Subhi Pasha, en una visita oficial a Hamath. Al hacerle mención de las consabidas piedras, el gobernador, que casualmente ostentaba la dirección del Museo Arqueológico de Estambul, accedió de muy buen grado a ayudar a Wright en su deseo de sacar copias de las inscripciones.

Durante la primera mañana de su estancia en Hamath, población de calles estrechas y sinuosas, Wright y Green emprendieron la tarea de localizar las piedras. Según explicó el misionero, la labor "no resultó tan fácil como había imaginado, por cuanto todos aquellos a quienes preguntamos nos miraban fijamente a la cara y juraban vehementemente que no existían tales piedras en Hamath".



El explorador suizo Burckhardt, representado junto a la piedra de Hamath por él descubierta, viajó en el siglo pasado disfrazado de árabe. Aun cuando no identificó como hititas los jeroglíficos de la piedra, describió su hallazgo en un libro publicado en 1822, por lo que fue el primero en ofrecer pruebas del misterioso pueblo hitita.

Por suerte, no tardaron en encontrar a un hombre que poseía una casa en cuyos muros estaba empotrada una de las piedras. Habiéndose roto la conspiración del silencio, Wright pudo afirmar que ya no tropezaron con mayores dificultades para localizar las restantes. Durante el transcurso de la jornada, pudieron mostrar las inscripciones a su anfitrión, Subhi Pasha, el cual se dio cuenta inmediatamente de la importancia de las piedras y dio las órdenes oportunas para que fueran arrancadas de las paredes en que se hallaban empotradas. Entretanto, cursó un telegrama al Sultán rogándole se dignase aceptar las piedras con destino a la colección del Museo.

La noticia lanzó a las calles a grupos de toscos y airados hamatitas, que prorrumpieron en imprecaciones amenazando con destruir las inscripciones antes que consentir que se arrancasen las piedras. Por iniciativa de Wright, el gobernador dispuso tropas que custodiaran las piedras hasta el momento de su extracción al día siguiente. Después de una "noche llena de ansiedad y de insomnio", como la describió Wright, la labor se inició al empezar el día y "mantuvo a la población en agitación" durante toda la jornada. Dos de las piedras tuvieron que ser extraídas de las paredes de viviendas inhabitadas. Una era tan descomunal que se precisó el esfuerzo de 50 hombres y cuatro bueyes durante todo el día para trasladarla al alojamiento del gobernador, distante 1,5 km, donde Wright y Green se alojaban como huéspedes de Subhi Pasha. Al anochecer, las cuatro piedras con inscripciones quedaron en lugar seguro, protegidas de las iras del vecindario.

Wright adoptó la firme resolución de sacar moldes de yeso de las inscripciones. El Museo Arqueológico de Estambul estaba muy distante y "no sabíamos qué podía ocurrir con las piedras".

Ante la imposibilidad de encontrar yeso en Hamath, procedieron a prepararlo ellos mismos, calentando y machacando sulfato de calcio en bruto ex-

traído del campo. Según Wright, el gobernador turco les invitaba con frecuencia a que desistieran del trabajo que habían echado sobre sus espaldas y se dedicaran a cazar gallos salvajes o jabalíes, o a perseguir gacelas y avutardas; "pero seguimos firmes en nuestra labor hasta que pudimos disponer de dos improntas perfectas de todas las inscripciones".

Un juego de dichos moldes fue expedido al Museo Británico y el otro a la Fundación Palestina de Exploraciones. Gracias a ello los estudiosos tuvieron acceso a estas inscripciones tan antiguas y tan desconcertantes, si bien faltaba averiguar cuál era el significado de tales caracteres extraños y cuál era el pueblo que las había escrito. Wright, firmemente convencido de la validez de la Biblia como documento histórico básico, formuló muchas de sus teorías basándose en las referencias que la Biblia hace de los hititas, y se creía así haber hallado una respuesta satisfactoria para la segunda cuestión planteada. Más tarde escribió diciendo que antes de que se hubiesen realizado los moldes de las piedras, ya había dicho al gobernador que "tales inscripciones demostrarían que un pueblo, llamado hitita en la Biblia, sobre el cual nunca se había hecho alusión en la historia clásica, había creado en un tiempo un poderoso imperio en aquella región".

Aun suponiendo que algunos aceptaran la hipótesis apuntada por el misionero irlandés, aquella idea debió quedar descartada como extraña e improbable. La escritura indescifrable de las piedras pasó a llamarse "hamatita", nombre derivado de la población donde se habían descubierto.

Poco tiempo después resultó que las piedras de Hamath no eran las únicas; otra piedra con los misteriosos jeroglíficos hamatitas había sido encontrada en Alepo, 120 km al norte de Hamath. Estaba sumamente desgastada, con la superficie casi lisa, porque los musulmanes, creyendo que podría curar no solamente el reumatismo sino la oftalmía, la estuvieron rascando durante siglos. La población de Alepo destruyó el monumento antes de que se pudiesen obtener copias fidedignas de las inscripciones, lo cual dio la razón a Wright cuando en Hamath sugirió que se montase guardia armada para proteger las piedras allí descubiertas.

A renglón seguido se hallaron "hamatitas" en los lugares más insospechados. En 1875, el reverendo E. J. Davis –el clero de la época victoriana parece haber sido singularmente sensible a la fiebre arqueológica– visitó unas esculturas de piedra cerca de Ivrish, en la Turquía subcentral. Conocidas ya de antiguo, pero nunca debidamente reproducidas, el bajorrelieve presentaba dos figuras: un gran dios tocado con un casco cónico y con botas de puntas dirigidas hacia arriba, y frente a él una figura de menor tamaño que representaba a un hombre con los brazos alzados en actitud de adoración. Davis encontró que en las esculturas había varias líneas de símbolos, que más tarde resultaron ser hamatitas.

Poco tiempo después, una expedición del Museo Británico, convencida de que había localizado a Carquemish, un centro comercial importante de la antigüedad, empezó a excavar en el cauce superior del río Eufrates, en la frontera sirio-turca, y allí fueron desenterradas más inscripciones hamatitas.

Aunque parezca extraño, a nadie, durante todo este tiempo, se le había ocurrido relacionar alguno de estos jeroglíficos con los que había descubierto el explorador francés Texier en 1834 en las esculturas rupestres cerca de Bogazköy, en el norte de Anatolia, a pesar de que posteriormente a dicha fecha otros viajeros habían tenido ocasión de visitar las ruinas y facilitar descripciones más detalladas de las esculturas de Texier. Un profesor francés llamado Georges Perrot había incluso publicado en 1872 sus propias fotografías de algunas de las inscripciones (aquella reciente invención, la cámara fotográfica, resultaba ser un excelente elemento para los arqueólo-

gos; Wright siempre lamentó no haber dispuesto de una en Hamath). Aquellas fotografías permitieron casualmente a un joven y brillante súbdito británico, Archibald Henry Sayce, establecer un nexo entre las inscripciones que Texier había hallado en Bogazköy y las encontradas en otros lugares, despertando de esta forma el interés de los historiadores por el verdadero significado de las piedras.

A los treinta años de edad, Sayce era ya uno de los más destacados filólogos británicos. Podía escribir con fluidez en casi dos docenas de lenguas, antiguas y modernas (había empezado a leer el griego de Homero a los diez años). Y era sobradamente conocido por sus trabajos sobre las gramáticas sumeria y asiria. Fue además una persona muy bien dotada para popularizar incluso los aspectos más esotéricos de sus estudios y se le requería a menudo para que diese conferencias. En 1879, al examinar las fotografías de Perrot, Sayce se dio cuenta de que dos o tres de los jeroglíficos representados eran idénticos a los de las piedras de Hamath y de Carquemish. También tenían una semejanza con representaciones que había tenido ocasión de ver en jeroglíficos egipcios, de los que dio cuenta el antiguo historiador griego Heródoto, como formando parte de unas supuestas esculturas rupestres existentes en un acantilado cerca de Esmirna, en la costa egeo-turca, esculturas que Heródoto había atribuido a un faraón.

"De repente, escribió Sayce, la verdad se apareció ante mí." Durante unos cuantos meses estuvo inspeccionando aquel acantilado, para cerciorarse de que efectuaba un examen de primera mano de las inscripciones. Para protegerse de los bandidos que infestaban la zona, treinta soldados turcos se estacionaron en la parte baja, mientras Sayce estaba acurrucado en una concavidad de las rocas, sacando improntas de los jeroglíficos; pronto tuvo la certeza de que Heródoto estaba equivocado y de que los relieves no eran egipcios, sino hamatitas.

Entretanto se habían hallado inscripciones similares desde Anatolia hasta Siria y desde la costa occidental de Turquía hasta las fuentes del río Eufrates. Según Sayce, el uso de una escritura común a lo largo de un área tan extensa, implicaba la existencia de una cultura común, quizá incluso de una nacionalidad común. Ya antes de trasladarse para examinar los relieves cerca de Esmirna había anticipado su idea, pero la mayoría de sus oyentes consideraron que esta teoría pseudohistórica era ridícula. A su regreso de Turquía en 1879, provisto de copias de las inscripciones hamatitas del acantilado, insistió en su teoría utilizándolas como prueba evidente.

Tuvo que transcurrir todavía un año para que las opiniones de Sayce recibieran por fin suficiente publicidad como para despertar una amplia atención. En este momento, Sayce estaba ya plenamente convencido de que sus afirmaciones eran correctas. La amplia distribución de las inscripciones hamatitas en piedras halladas muy lejos del ámbito de Hamath comportaban la idea de la existencia de un pueblo poderoso que ocupaba un área muy extensa; además, acababan de salir a la luz unos textos egipcios y asirios que hacían alusión a un gran pueblo que habitaba un país llamado Hatti. En un momento de clara intuición, reafirmó que este pueblo no era otro que los hititas de la Biblia, los cuales, según el Libro II de los Reyes, unieron sus fuerzas a las de los egipcios y se lanzaron contra el ejército de los sirios. En una conferencia dada en 1880 ante un vasto auditorio en la Sociedad de Arqueología Bíblica de Londres, Sayce sostuvo firmemente y con pleno convencimiento que las inscripciones llamadas hamatitas eran de hecho la obra de un pueblo antiguo, cuyo poderío y extensión no habían sido debidamente valorados: los hititas.

Ciertamente que el pobre William Wright, el misionero irlandés que había recuperado las piedras de Hamath, hubiera deseado poder llegar a recibir in-

cluso la crítica adversa que acogió a la teoría de Sayce. Wright había sostenido lo mismo durante años sin llegar a provocar el más mínimo interés. En 1874, a los dos años escasos de haber salvado las piedras de Hamath, Wright había publicado un artículo en la "British and Foreign Evangelical Review" afirmando que las inscripciones de Hamath eran hititas. Cuando la primera publicación de Wright llegó a conocimiento de Sayce, éste aceptó la idea, pero insistió en que no había oído hablar de ella hasta que no se le ocurrió a él. Sayce llegó a afirmar que la tesis de Wright había quedado "soterrada en las páginas de una publicación más conocida por los teólogos que por los orientalistas". Posiblemente la identificación de los jeroglíficos como hititas por parte del misionero irlandés quedó perdida entre el cúmulo de teorías que se habían propuesto para explicar su origen. Una de estas hipótesis llegó a sostener que los signos no correspondían a ningún tipo de escritura, sino que eran simples "caprichos ornamentales"; otra pretendía una conexión con el antiguo Perú, y otras incluso llegaron a relacionar los signos con los de las escrituras azteca, japonesa y coreana.

A pesar de las alegaciones de Wright, Sayce recibió la gloria inicial del redescubrimiento de este pueblo olvidado, o si no toda la gloria, al menos lo que hubiese de elogioso entre tanto caos; en algunos sectores científicos se le llamó el "inventor" de los hititas. Pero las rivalidades no impidieron que Wright y Sayce intercambiaran información y colaborasen. En 1884 Wright publicó el primer libro que trataba del tema, *The Empire of the Hittites*.

Acaso recordando la falta de comprensión con que tropezaron sus teorías en la década anterior, Wright se despojó esta vez de todo ropaje de timidez y reserva científica. En la primera frase de su obra afirmaba valerosamente: "El objeto de este libro es restablecer el Imperio de los hititas en su debido lugar dentro de la historia secular."

Cuando la mayor parte del texto de su libro se hallaba ya en prensa, una prueba extraordinaria –aunque circunstancial– en apoyo de su tesis había quedado omitida. Wright se las ingenió para incluir este elemento de prueba en su prefacio, en forma de carta recibida de Sayce. Este había estado examinando el monumento egipcio de Tebas; en sus bajorrelieves se describía la batalla de Qadesh, en la que los egipcios se enfrentaron a un pueblo que llamaron "los Hatti". Aun cuando bastantes viajeros europeos habían tenido ocasión de ver esta representación, nadie se había percatado, como le ocurrió a Sayce, de que muchos de los guerreros Hatti llevaban botas con las puntas dirigidas hacia arriba, exactamente el mismo tipo de calzado representado en los relieves de piedra de la lejana Anatolia.

Prescindiendo de lo que pudiese haber de aventurado en las afirmaciones de Wright, o de lo forzado de su lógica en apoyo de aquellas afirmaciones, el hecho es que *The Empire of the Hittites* dio a los presupuestos anteriores un giro que abrió nuevas perspectivas para una nueva especialidad científica: la hititología. La perspectiva humana sobre la historia antigua ya no volvería a ser como antes.

Casualmente, tanto Wright como Sayce se equivocaron en bastantes cuestiones de detalle. No obstante, durante los años que siguieron a la edición de *The Empire of the Hittites,* sus conclusiones fundamentales quedaron demostradas por la experiencia. En algunos casos dicha experiencia fue divulgada gracias al trabajo científico; en otros casos debido a hechos puramente fortuitos, tales como los que nos hicieron conocer a los hititas.

Uno de estos hallazgos casuales fue un descubrimiento de enorme trascendencia por la luz que arrojó no sólo sobre los hititas sino también sobre el Imperio egipcio y sobre las relaciones comunes entre ambos pueblos. En el año 1887, cerca de Tell el-Amarna, localidad situada a unos 320 km aguas arri-

ba del Nilo desde El Cairo, una mujer encontró un lote de centenares de tablillas de arcilla con inscripciones. Existe una versión, ampliamente difundida, pero probablemente apócrifa, según la cual el hallazgo tuvo lugar al tropezar la mujer con dichas tablillas cuando urgaba la tierra en busca de algún objeto que lanzar contra un grupo de turistas extranjeros que habían penetrado en terreno vedado. Otras versiones más dignas de crédito nos dicen que la mujer tropezó inesperadamente con una cámara llena de las citadas tablillas cuando merodeaba por las ruinas de una antigua población egipcia en busca de ladrillos para la construcción. Creyendo que se trataba de simples fragmentos viejos de arcilla, sin utilidad alguna, los vendió a su vecino por un precio completamente irrisorio. El comprador se limitó a colocar las tablillas en sacos y las llevó a lomos de asno hasta un poblado cercano, donde, a su vez, las vendió a precio de saldo a traficantes de antigüedades nativos.

Estos traficantes no se dieron cuenta exactamente de lo que tenían en sus manos; incluso no sabían siquiera si las tablillas eran reliquias auténticas o simples falsificaciones. Había, no obstante, un detalle significativo: las inscripciones contenidas en estas tablillas consistían en caracteres cuneiformes, una forma de escritura diferente a la de los conocidos jeroglíficos pictóricos de Egipto. Debido a una incorrecta manipulación, muchas de las tablillas, que habían sobrevivido durante más de 3.000 años, quedaron destruidas, pero afortunadamente unas pocas llegaron a Luxor, donde fueron examinadas por E. A. Wallis Budge, representante del Museo Británico. Al principio Budge quedó perplejo; más tarde escribió: "Por razón de su forma, su configuración, su color y el material de que estaban compuestas, estas tablillas no se parecían en nada a lo que hasta entonces había visto." Afortunadamente Budge conocía la escritura cuneiforme. De no haberla conocido, confesó que las hubiera rechazado como falsificaciones. Después de muchas horas de estudio minucioso, llegó a la conclusión de que casi todas las tablillas eran mensajes, muchos de ellos dirigidos a reyes de Egipto. "Tuve la certeza –dijo– de que las tablillas eran auténticas y de la más alta importancia histórica."

Y ciertamente lo eran. Las tablillas que Budge recuperó para el Museo Británico y las que con posterioridad fueron a parar a otros museos y colecciones privadas habían formado parte de los archivos reales de Akhenaton, el faraón del siglo XIV antes de nuestra era, que intentó transformar la religión de Egipto substituyendo sus múltiples dioses por el culto monoteísta del dios Sol. Los mensajes contenidos en las tablillas se referían a la correspondencia diplomática con vasallos y potencias extranjeras, discusiones sobre comercio internacional, descripciones de obsequios de vasallos y quejas lamentando que los obsequios enviados a los autores no eran lo suficientemente valiosos. Cuando las inscripciones de estas tablillas fueron traducidas, las "cartas de Tell el-Amarna", como así se las denominó, tuvieron el efecto de una luz eléctrica encendida en un largo sótano oscuro de la historia.

Para los hititólogos, las tablillas fueron como una bendición de los dioses. Archibald Henry Sayce no titubeó en describirlas como "lo más valioso que el mundo antiguo civilizado de Oriente nos ha legado después del libro histórico del Antiguo Testamento". La mayor parte de los mensajes de Tell el-Amarna estaban escritos en acadio, la lengua babilónica utilizada para la correspondencia diplomática en el mundo antiguo. Mostraban una efigie del gran Imperio egipcio desmoronándose por sus flancos, mientras Akhenaton se dedicaba casi exclusivamente a su nueva religión herética. Y, como quedó demostrado por las repetidas instancias de solicitud de refuerzos, formuladas por los comandantes egipcios de Siria, fuertemente presionados, la amenaza más seria provenía de una potencia rival que iba extendiéndose paulati-

namente hacia el sur: los hititas. Además, entre las cartas había una procedente de un monarca hitita en la que felicitaba a Akenaton con motivo de su ascensión al trono de Egipto en el año 1375 antes de nuestra era. Este documento facilitó por sí solo tanto el nombre del rey –Suppiluliuma– como la primera fecha conocida que puede ser asignada sin lugar a equívocos a un rey hitita.

Dos de las cartas de Tell el-Amarna, aunque escritas como las restantes con caracteres cuneiformes, no lo estaban en acadio, sino en una lengua totalmente desconocida. Como sea que los mensajes iban dirigidos y a su vez se recibían de un rey de Arzawa –posteriormente vasallo de los hititas–, a la lengua se le asignó aquel nombre. En el año 1893 un arqueólogo francés, Ernest Chantre, con ocasión de unas excavaciones realizadas en las ruinas de la ciudad de Bogazköy, en las altiplanicies de Anatolia, halló dos pequeños fragmentos de tablillas cuneiformes escritas en una lengua indescifrable. Esta lengua resultó poseer la misma característica que la de Arzawa, la cual, según se demostró con el tiempo, era precisamente la lengua hitita.

A finales del siglo XIX aún tenían que producirse los más sorprendentes hallazgos sobre los hititas. La existencia de un vasto imperio hitita era ya generalmente admitida, pero su forma y sus características seguían siendo de difícil comprensión, hasta tanto la lengua hitita no estuviese al alcance del conocimiento de los estudiosos.

Los hititólogos, reagrupando los hallazgos hechos hasta el momento y reinterpretando además los relatos bíblicos, estructuraron la idea de un pueblo que se había extendido hacia el oeste, procediendo de una base común siria. Sayce sostenía la opinión de que los primitivos hititas procedían de las montañas nevadas del Tauro, al sur de Turquía, principalmente porque su calzado con las puntas levantadas daba la impresión de estar constituido por botas para la nieve, pero afirmó que su desarrollo como nación poderosa tuvo lugar en Siria, que Carquemish había sido su capital y que las ruinas de Hattusa señalaban el límite más septentrional del reino.

Examinando los hechos retrospectivamente, resulta curioso que aquellas impresionantes ruinas descubiertas por Texier en 1834, en los cerros que rodean Bogazköy, dejaran de llamar la atención de los arqueólogos. Ya en 1883 Sayce había instado a Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, para que excavase en Bogazköy, pero aquel gran excavador de origen alemán se hallaba muy atareado con otros proyectos. Las excavaciones realizadas por Ernest Chantre durante el año 1893 se limitaron a estudiar la superficie, como quedaría demostrado por los trabajos realizados con posterioridad.

Sólo al llegar el siglo actual, las ruinas de Hattusa, en Bogazköy, atrajeron por fin una mayor atención arqueológica. Y debido a circunstancias ajenas a la investigación científica –concretamente, a la política internacional– los fabulosos secretos allí enterrados no serían descubiertos por británicos, quienes hasta entonces habían llevado la iniciativa en el redescubrimiento de los hititas, sino por alemanes.

En el año 1905, un arqueólogo británico, John Garstang, solicitó de la Turquía otomana permiso para excavar en Bogazköy, pero la influencia del emperador Guillermo II era entonces sumamente poderosa en Turquía *(página 40)*; pocos años antes el Banco Alemán había emprendido la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad, proyecto de inmensa importancia económica para los turcos. Mientras Garstang recogía fondos para financiar su expedición, un asiriólogo alemán, Hugo Winckler, solicitaba también permiso para excavar en la misma localidad y había maniobrado para ganarse el apoyo del emperador, el cual deseaba contrarrestar la imagen militarista que de él existía con la de un mecenas del arte y de la ciencia. Cuando el interés del káiser llegó

a conocimiento del sultán de Turquía, fue Hugo Winckler y no Garstang quien obtuvo la concesión de excavar en Bogazköy.

Winckler estaba especializado en lenguas antiguas, pero no era arqueólogo, y sus procedimientos de excavación, carentes de una rigurosa metodología, indujeron a Sayce a describir aquella concesión como un "infortunio para la arqueología". Si bien los procedimientos empleados por Winckler dieron lugar a serios motivos de queja, sus resultados no pudieron ser más espectaculares. Su primera expedición, en octubre de 1905, fue interrumpida, a los tres días de iniciada, por la prematura llegada de las fuertes lluvias estacionales, pero a pesar de la brevedad del tiempo empleado ya había podido reunir unos treinta fragmentos de tablillas de arcilla y delimitar el área para proseguir la excavación al año siguiente.

Regresó en julio de 1906, pero entonces se percató de que los veranos en la meseta anatólica eran en ciertos aspectos tan desagradables como la estación de las lluvias. Según dijo, "la temperatura al mediodía era más propia de un baño turco", y en cuanto se ponía el sol, descendía de las montañas un viento capaz de helar los huesos. A pesar del intenso calor, Winckler se vio obligado a trabajar con la cabeza y la nuca protegidas y a utilizar guantes para proteger sus manos de las picaduras de las moscas, incluso cuando estaba copiando las tablillas.

A pesar de la falta de comodidades, no disminuyó su interés por averiguar lo que desenterraban las palas de sus trabajadores. Reanudadas las labores de excavación donde obtuvieran la mayoría de los hallazgos de la campaña anterior, Winckler empezó a extraer tablillas y fragmentos, primero en número reducido y después a razón de 200 por día.

"Era evidente –escribió Winckler– que la localidad había sido un centro de suma importancia y que no podía tratarse de restos de los archivos de un rey insignificante." La mayoría de las tablillas aparecían escritas en lengua arzawa, que se descubrió por vez primera en Tell el-Amarna y que todavía continuaba siendo indescifrable. Pero poco después empezaron a aparecer algunas piezas en acadio, la lengua de los babilonios perfectamente legible, y estas piezas contenían fragmentos de correspondencia cruzada entre dos reyes, uno de ellos egipcio y el otro hitita.

Como resultado de todo ello, a los pocos días de iniciados los trabajos no le quedó a Winckler ninguna duda de que se hallaba excavando nada menos que la capital del Imperio hitita y que había puesto al descubierto los archivos reales de monarcas hititas en contacto con los faraones de Egipto. El hallazgo llegaría a causar sensación y a revolucionar la historia. Sus primera impresiones, no obstante, quedaron pronto oscurecidas por un descubrimiento más sorprendente y que "no podía ni sospechar".

El 20 de agosto de 1906, hallándose Winckler sentado y sudoroso, ahuyentando las moscas y dedicado intensamente a copiar las inscripciones cuneiformes de tablillas que se iban acumulando con mayor rapidez de lo que él tardaba en transcribir, un ayudante le trajo un ejemplar particularmente notable que acababa de desenterrar.

Según dijo Winckler, "un simple vistazo a esta pieza bastó para que todas las experiencias de mi vida palidecieran como insignificantes". Conocía muy bien el texto del pacto de no agresión concluido entre Ramsés II de Egipto y un rey desconocido llamado Hattusili III. Ramsés II había ordenado que el tratado fuese grabado en jeroglíficos sobre las paredes del templo de Karnak, y Winckler sabía el texto casi de memoria. Lo que tenía ante sí era una tablilla escrita "en los más hermosos caracteres cuneiformes y en buen lenguaje babilónico", en la que las mismas condiciones y las mismas frases de aquel pacto se especificaban nuevamente.

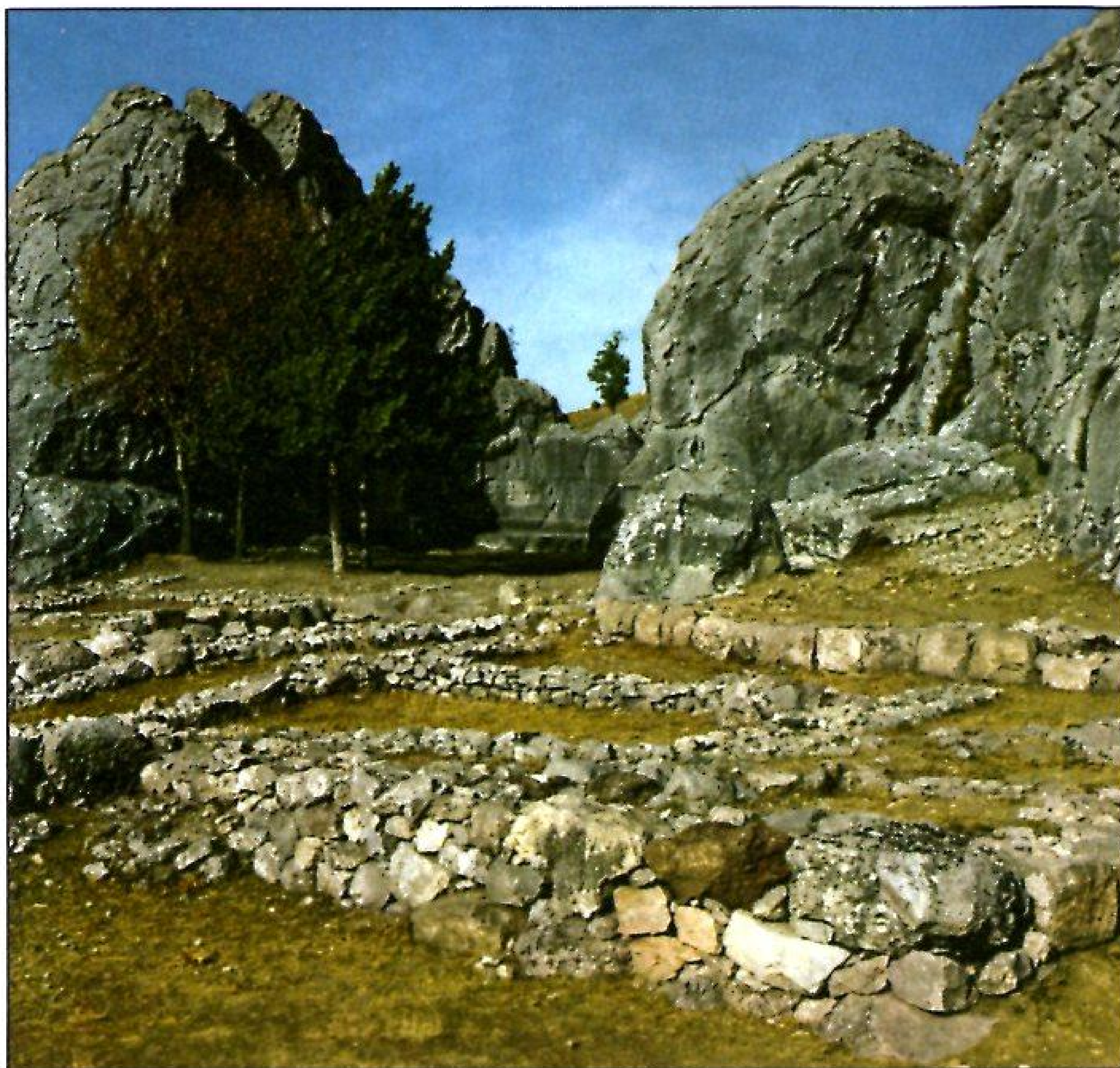
Comprobando la versión jeroglífica de Karnak, casi palabra por palabra, había las mismas relaciones de

títulos y antepasados de Ramsés y Hattusili. Luego, a continuación, venían las condiciones y pactos del tratado párrafo por párrafo y cláusula por cláusula. Se halló el fragmento de un segundo ejemplar del tratado y Winckler comprendió inmediatamente la razón de ello: como es corriente incluso en la práctica moderna, todos los documentos legales de alguna importancia se conservaban por duplicado.

Winckler dijo que el suceso era tan maravilloso como un cuento del libro *"1001 Nights"*, pero aún tenían que surgir nuevos acontecimientos. En 1907 volvió a Bogazköy al frente de otra expedición. A pesar de la experiencia, no parece que hubiera mejorado sus métodos de excavación. El trabajo de campo fue confiado a obreros turcos, ignorantes del sitio exacto donde los tesoros iban emergiendo y faltos de todo cuidado al manejarlos. Un miembro europeo de la excavación dijo que en cierta ocasión siguió a uno de estos obreros a un sector determinado y quedó sorprendido al ver perfectamente alineadas tablillas en excelente estado de conservación y cómo el obrero turco, con la mayor naturalidad, destrozaba muchas de ellas con su pico, cargaba las piezas en una cesta y se las llevaba a Winckler.

A pesar de la torpeza de estos obreros, el tesoro no llegó a disminuir gracias a su enorme riqueza. Se recogieron algo más de 10.000 tablillas y fragmentos. Un día tras otro, la documentación que se exhumaba iba aumentando la sorpresa de Winckler, con nuevos nombres de monarcas desconocidos, así como de lugares y relatos de sucesos que pudo identificar gracias a las fuentes egipcias, babilónicas y asirias. Wright y Sayce podían haberse equivocado al localizar la sede del poderío hitita, pero existían pruebas ciertas de que esta nación había llegado a constituir una fuerza importante en el mundo antiguo.

La traducción de las tablillas –traducción relativamente fácil cuando se trataba de escritura acadia– facilitó a Winckler el conocimiento de los nombres y de las hazañas de algunos reyes hititas, lo suficiente para permitirle compilar una "nómina real" incompleta, que fue el punto de partida para una reconstrucción de la historia hitita. Pero los numerosos documentos escritos en lengua arzawa, que posteriormente se calificaría de hitita, seguían guardando obstinadamente sus secretos. En el transcurso de los 30 años que aproximadamente habían transcurrido desde el hallazgo de la piedra de Hamath, lo que en un principio se consideró que era una tribu bíblica había pasado a ser un poderoso imperio antiguo de primera magnitud. Y, no obstante ello, era un imperio del que aún se desconocían muchos aspectos. Los hititas no saldrían plenamente a la luz desde el fondo de la oscuridad de los tiempos hasta que la lengua arzawa no pudiese ser leída y descifradas las inscripciones jeroglíficas en lengua hamatita.





Un hogar para los dioses entre las rocas

Para su descubridor, el explorador francés Charles-Félix-Marie Texier, Yazilikaya ("piedra inscrita" en turco) le pareció al principio uno más de los afloramientos de piedra de la zona que rodeaba la capital hitita de Hattusa. Pero cuando se aventuró entre los cimientos *(en primer término, fotografía a la izquierda)* que señalan el lugar ocupado por un templo, quedó asombrado al descubrir dos habitaciones naturales o galerías situadas en la formación rocosa. En las paredes de la mayor de estas cámaras estaban esculpidas las figuras de 66 dioses y diosas. Texier nunca llegó a saber que había descubierto el santuario religioso oficial de los reyes hititas. Por el contrario, creyó que los relieves de estas paredes rocosas representaban un encuentro entre amazonas y paflagonios, los antiguos habitantes del Asia Menor.

La disposición exacta del santuario se reconstruye en planta en el plano inferior *(abajo a la izquierda)*. Al situar las estructuras del templo frente al afloramiento rocoso natural, los arquitectos hititas disimulaban las entradas a las dos galerías y contribuían a mantener ocultos los ritos que se realizaban en el interior.

Ruinas de la parte del templo que se extiende por el exterior de la entrada de acceso a la gran galería (foto superior). En tiempo de los hititas, los fieles penetraban en el templo por un portalón principal (plano inferior, izquierda) y desde allí, por otra puerta interior, llegaban a la gran galería. Había otra galería a la que se podía llegar a través de estrechos pasadizos o directamente por una puerta (abajo a la derecha).



Como un verdadero "quién es quién" de las divinidades hititas, esta parte de un grabado de Texier representa, de izquierda a derecha, el dios del Sol, el dios de la Luna, dos servidores de la diosa de la guerra, la propia diosa de la guerra y el dios del agua. El dios del Sol lleva sobre su cabeza un disco solar, símbolo de la realeza. Los jeroglíficos que pueden verse en su mano izquierda representan al dios solar de los cielos.

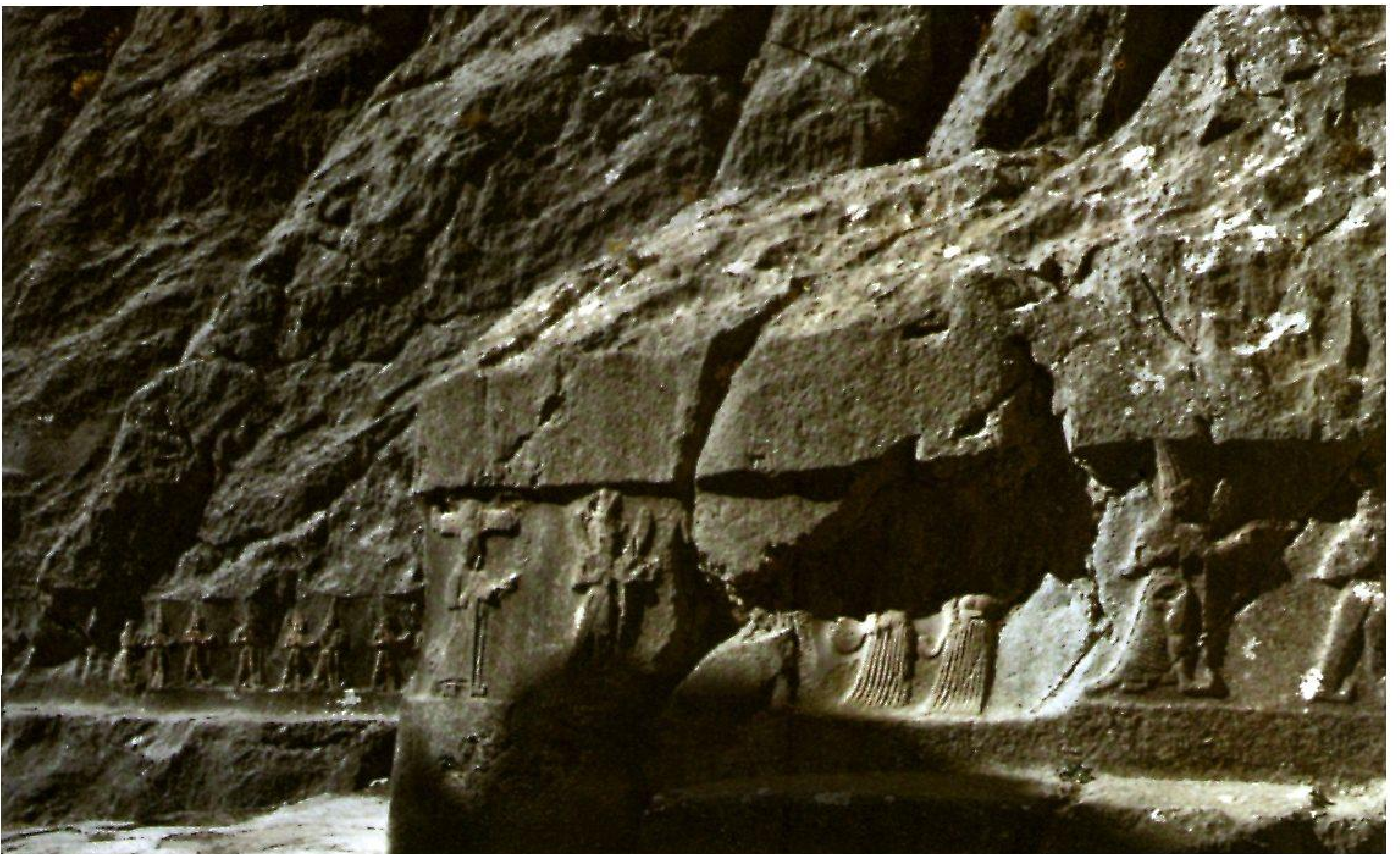
Procesión de divinidades de piedra

Aturdido por su descubrimiento, Texier realizó unos dibujos de los relieves hallados en las galerías rupestres, los cuales fueron posteriormente grabados y publicados en Francia. Aunque el grabador intentó completar –a menudo erróneamente– algunos detalles que faltaban en los originales, por estar la roca expuesta a la intemperie y hallarse estropeados, la reproducción constituye todavía hoy una guía viva y útil de los relieves originales.

Las escenas más dramáticas de Yazilikaya se encuentran en el imponente conjunto de la gran galería. Aquí, los escultores hititas aprovecharon con mucha imaginación las paredes laterales para dividir las 66 divinidades en dos procesiones estáticas. La división está basada exclusivamente en el sexo; a lo largo de una pared, una procesión de dioses –algunos de ellos en filas apretadas, portando curvas espadas afiladas y coronas puntiagudas– y a lo largo de la otra pared, diosas con largas vestiduras.

Erosionados por más de 3.000 años de exposición al viento, la nieve y la lluvia, los relieves que aparecen en primer plano de la fotografía situada a la derecha constituyeron la base de la reconstrucción realizada por Texier, representada arriba. Justamente detrás del ángulo de la pared de la roca, en un segundo plano, se puede ver otro fragmento del relieve.





El protocolo del rango divino

Además de separar las divinidades en la gran galería según el sexo, los escultores dispusieron cuidadosamente las dos procesiones según los estrictos preceptos del protocolo divino. Los dioses van presididos por el poderoso Teshub, dios de la tempestad, y las diosas por Hebat, diosa del Sol; las divinidades que les siguen van en orden jerárquico, con los de menor rango en último lugar.

En el punto donde convergen los dos grupos, en un estrecho sector de la pared, al fondo de la galería *(abajo)*, los escultores hititas reprodujeron la escena con todo el esplendor y respeto que les merecía el encuentro entre las dos divinidades principales *(derecha)*. El dios de la tempestad y la diosa del Sol llevan el emblema de su elevado rango, así como los jeroglíficos correspondientes a sus nombres. Incluso los dos toros sagrados de Teshub, situados entre ellos, llevan las coronas puntiagudas características de las divinidades masculinas.





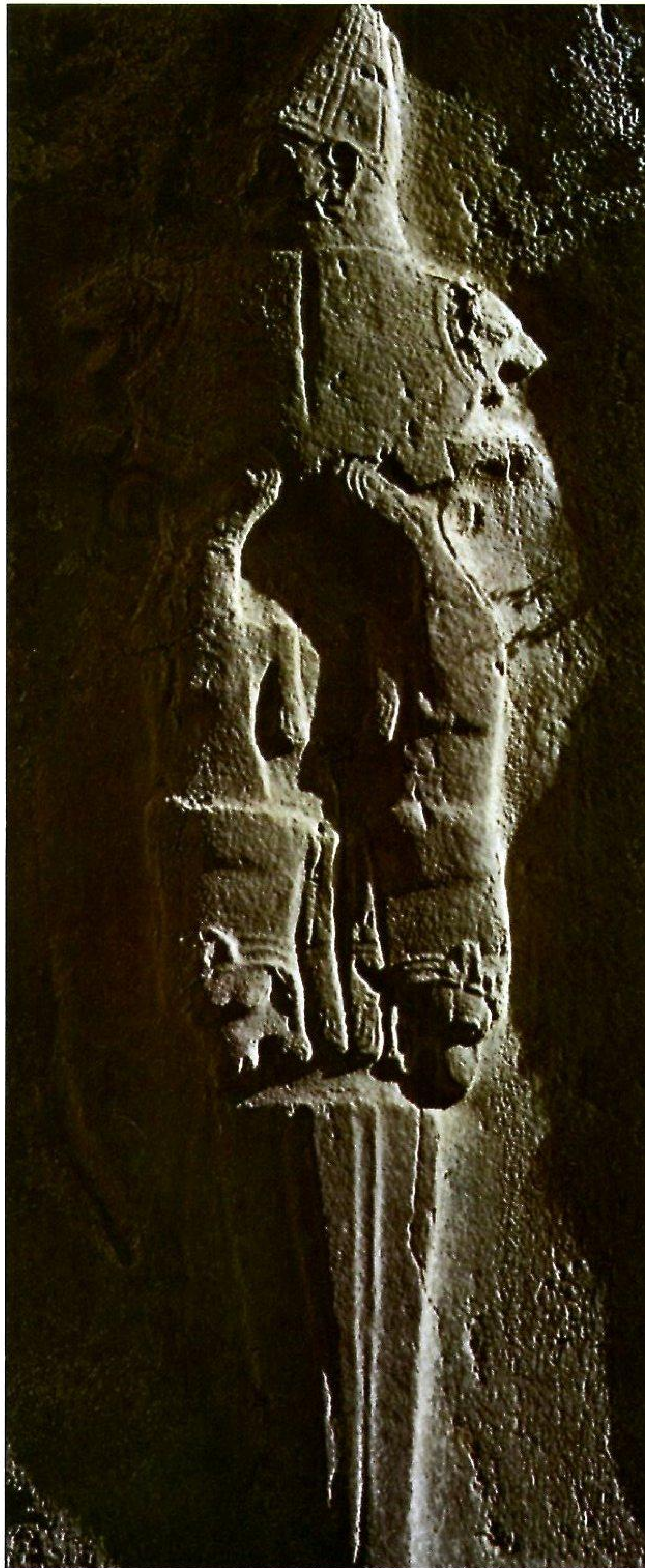
Iluminado por el resplandor del sol que penetra unas pocas horas al día a través de la gran galería, este relieve deteriorado, en que se ve cómo se encuentran las divinidades masculinas y femeninas, constituye la principal escena del santuario rupestre.



Rezumando poderío, Teshub, el dios de la tempestad (segunda figura desde la izquierda), se apoya sobre dos figuras inclinadas de dioses de la montaña, en tanto que Hebat, su consorte, apoya los pies sobre el lomo de una pantera. Detrás de Teshub está el dios de la tempestad de Hattusa, encaramado sobre las planicies de dos montañas; a la derecha de Hebat está su hijo, también sobre una pantera, y sus dos hijas, que parecen flotar sobre el águila bicéfala, acaso símbolo de la realeza hitita.



Diseño de una parte de la espada que se ve a la derecha.



El recinto de los muertos

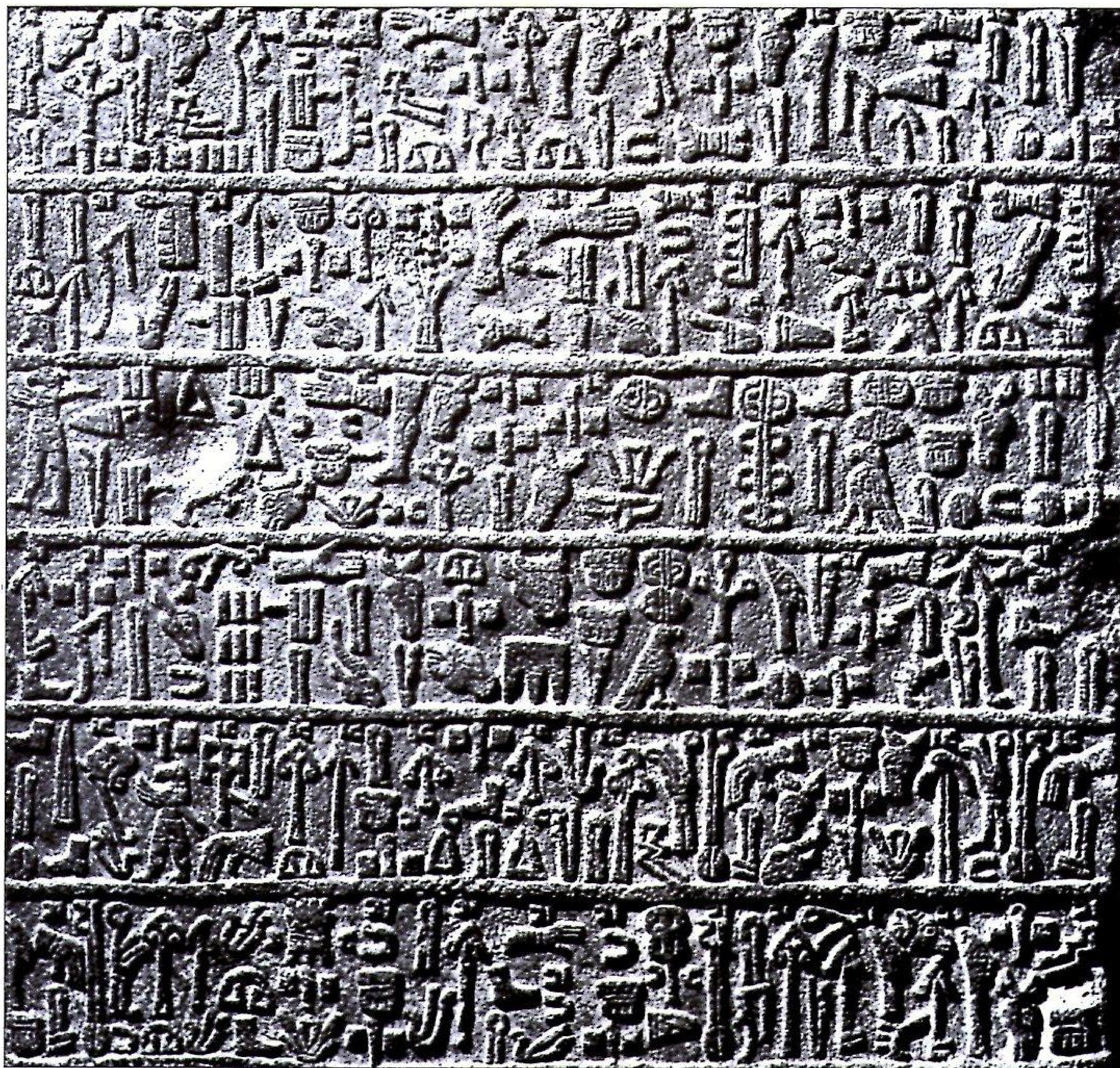
La pequeña galería de Yazilikaya, santuario de los muertos, pudo haber conservado en su día los restos del rey Tudhaliya. Precisamente su imagen está tallada ahí, abrazado paternalmente por un dios de gran tamaño *(extrema derecha).* La finalidad funeraria de la cámara puede confirmarse por el curioso relieve que aparece en otra de las paredes –una espada *(derecha),* cuya hoja da la impresión de que se difumina sobre la misma roca–. La representación sugiere una alusión al mundo del averno: el dios de la espada podría haber sido una de las divinidades hititas asociadas al mundo infernal. Los sacerdotes hititas intentaron comunicarse con estos espíritus mediante agujeros practicados en el suelo.

La complicada empuñadura de la espada tallada en relieve (izquierda) comprende dos leones gemelos y el perfil de una divinidad que podría ser el dios de la espada. Lleva una corona con restos de cuatro cuernos, rango inferior en el panteón de los dioses.



El dios Sharruma (derecha), con una corona de seis cuernos en dirección frontal, sostiene al rey Tudhaliya con un brazo a guisa de protección y sujeta el puño del rey para guiarlo. El padre de este rey, Hattusili III, ordenó la construcción del santuario por los años 1260 antes de nuestra era. Tudhaliya tuvo la ocasión de verlo terminado 30 años más tarde.

Capítulo tercero: Lenguas que no hablarían por sí mismas



Las numerosas tablillas de arcilla con escritura cuneiforme en lengua arzawa encontradas por Winckler en las ruinas de Hattusa no fueron los únicos enigmas que preocuparon a quienes intentaron descubrir los secretos de los hititas. Las inscripciones jeroglíficas también resistieron a su desciframiento; la dificultad en solucionar los jeroglíficos llegó a ser mayor que la de la escritura cuneiforme. De los caracteres cuneiformes se sabe por lo menos, a juzgar por escritos identificables, que fueron tomados por los hititas de los babilonios; en cambio, nadie pudo acertar cuál era el lenguaje representado por los jeroglíficos. Y a pesar de ello, los jeroglíficos estaban allí, en los muros de los templos y en monumentos, tentando a los científicos con la posibilidad de que pudiesen contener informaciones esenciales relativas a sucesos religiosos o históricos.

Ya desde que estos extraños signos fueron encontrados en las piedras de Hamath se intentó descifrarlos, y hubo al principio algunos éxitos.

En 1874, un estudioso americano de lenguas antiguas llamado William Hayes Ward llegó a descubrir el orden en que las inscripciones llamadas hamatitas tenían que ser leídas. Esta idea contenía mucho mayor ingeniosidad de lo que pudiera parecer al principio. Las lenguas occidentales actuales se escriben horizontalmente y se leen de izquierda a derecha; ahora bien, cuando un estudioso se halla frente a un texto en lengua antigua y desconocida, procedente de una cultura también desconocida, ¿por qué debería llegar a la conclusión de que aquel escrito tiene que ser leído de derecha a izquierda, como el hebreo y el árabe, o en columnas verticales de arriba abajo, como el chino, o incluso de abajo arriba?

Ward se dio cuenta de que todos aquellos jeroglíficos hititas que tenían un valor pictórico identificable, tales como cabezas, pies, manos y animales, miraban en una misma dirección siguiendo una línea, y en dirección opuesta en la línea siguiente. Ello le llevó a la conclusión –sin duda acertada– de que los jeroglíficos tenían que ser leídos en bustrófedon, es decir, tal como el buey tira del arado; en otras palabras, de derecha a izquierda en una línea, y de izquierda a derecha en la línea siguiente.

En otra de las tentativas afortunadas realizada en 1876, uno de los jeroglíficos de las piedras de Hamath fue descifrado por el filólogo británico A. H. Sayce. Estudiando copias de inscripciones hamatitas, llegó a la conclusión de que un símbolo consistente en el perfil de un hombre significaba la primera persona del pronombre en singular; de esta forma, tras treinta siglos de silencio, los hititas hablaban su primera palabra al mundo de hoy: "yo".

Desgraciadamente, Sayce modificó después sus ideas sobre aquel signo y decidió que significaba "yo hablo". Pero en 1880, después de examinar otras inscripciones parecidas a las de las piedras de Hamath, Sayce volvió a su primitiva idea. Convencido ahora de que quienes grabaron los jeroglíficos hamatitas eran positivamente hititas, pudo afirmar con certeza que había descifrado otro símbolo: , el cual describió como "el prefijo determinante de la divinidad". Dicho en otras palabras, tenía el significado de "dios". El motivo en que se fundó para llegar a esta conclusión fue que el signo citado iba siempre unido a imágenes parecidas a dioses en los grabados rupestres del santuario hitita de Yazilikaya.

Los símbolos y figuras grabados en este fragmento de una tablilla de piedra procedente de la ciudad de Carquemish indican los problemas con que tuvieron que enfrentarse los estudiosos cuando por primera vez intentaron traducir los jeroglíficos hititas. Incluso el orden en que el texto tenía que ser leído fue para ellos causa de confusión, hasta que se adivinó que las líneas tenían que ser leídas alternativamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. La clave de la solución residía en la inversión de cada uno de los signos, como puede apreciarse por la posición de las manos en las cuatro primeras líneas.

Sayce sabía que este símbolo tendría un valor inmenso para descifrar el significado de otros signos enigmáticos. Había llegado a la conclusión de que el sistema jeroglífico hitita era principalmente silábico, es decir, que la mayoría de sus símbolos representaban una sílaba fonética. Se veían, desde luego, demasiados signos distintos para suponer que el sistema se basase en un simple alfabeto, y demasiado pocos para ser totalmente ideográfico, como el chino, en que cada signo representa una palabra distinta. El mismo signo representativo de "dios" había surgido en las piedras de Hamath y en otros lugares y siempre como prefijo de un grupo intraducible de jeroglíficos que resultaban ser los nombres de deidades. Ello llevó a Sayce a la deducción de que si podía hallar el nombre de una de estas divinidades con ayuda de otra lengua en la que la pronunciación fuese similar, la conversión de aquel nombre en jeroglíficos hititas podría ser analizada a base de sus componentes, consistentes en un signo por cada sílaba; y que las claves que con ello se obtuvieran podrían ser aplicadas a otras partes de una inscripción hitita donde apareciese el mismo signo.

A partir de aquí, Sayce empezó a pensar en la posibilidad de agenciarse con lo que los estudiosos de lenguas antiguas llaman una inscripción bilingüe, es decir, un mismo texto en dos lenguas, una conocida y otra que se interpreta sobre la primera. La inscripción bilingüe más famosa de todos los tiempos es la piedra de Rosetta, descubierta en Egipto en 1799, que permitió descifrar los jeroglíficos egipcios; de hecho, era una inscripción trilingüe: contenía su mensaje no sólo en jeroglíficos egipcios, sino también en la escritura egipcia llamada demótica y en griego. Es fácil imaginar cuál fue el entusiasmo de Sayce cuando en 1880 se encontró con la pista de lo que él esperaba sería "la piedra de Rosetta del desciframiento de la lengua hitita".

Sayce recordaba que ocho años atrás, antes de llegar a conocer la existencia de los jeroglíficos hititas, había leído un trabajo en el que se describía un antiguo disco de plata descubierto en Estambul. Según dicho escrito, se trataba de una reliquia de pequeño tamaño y su aspecto daba la impresión de haber sido utilizado como sello *(página 55)*. En el centro se veía la figura de un guerrero y el friso a su alrededor contenía una inscripción cuneiforme en dialecto hurrita fácilmente legible. Sayce desempolvó aquel escrito y volvió a estudiarlo cuidadosamente.

Una segunda lectura permitió discernir detalles a los que anteriormente no había atribuido ningún significado especial; según la descripción, el guerrero del sello iba provisto de una corta túnica, un manto y un casco, y calzaba además botas con las puntas dirigidas hacia arriba. Sayce reconoció inmediatamente la vestimenta hitita.

Pero lo que avivó su imaginación y sus esperanzas fue la descripción que el autor del escrito hacía de los signos contenidos en el sello: cabezas de cabra, una rama de palmera, cuatro líneas verticales y una horizontal, que supuso tenían que representar granos de trigo; a continuación, entre la espalda y la espada, había una especie de obelisco.

Sayce estaba seguro de que se trataba de jeroglíficos hititas. Había visto antes estos mismos signos en copias de las inscripciones halladas en Carquemish, en Hamath y en Alepo, y en 1879 él mismo se había encaramado por los escarpes cercanos a Esmirna, en la Turquía occidental *(página 32)*, para obtener reproducciones de primera mano de símbolos similares. Si, tal como Sayce supuso, la inscripción cuneiforme del sello y los caracteres hititas en él contenidos expresaban un mismo significado, se hallaba frente a lo que hacía tiempo venía buscando: un texto bilingüe.

Dispondría de este texto bilingüe si conseguía localizar el sello de plata o lo que más se le pudiese parecer, es decir, una réplica fidedigna. Con gran afán



Este pequeño sello de plata montado sobre una base de arcilla y lleno de inscripciones en jeroglíficos hititas y en escritura cuneiforme facilitó la primera clave para descifrar la lengua hitita. Los caracteres cuneiformes que lo rodean por el borde, y que pudieron ser descifrados, permitieron la traducción de los jeroglíficos que aparecen en el círculo interior. Ambos dicen exactamente: "Tarriktimme, rey del país de Erme".

empezó el filólogo su arduo trabajo. Aquel escrito, que en 1880 ya tenía ocho años de antigüedad, hacía alusión a otro escrito anterior que contenía una reproducción del sello.

Después de varios días de búsqueda, Sayce pudo hallar finalmente el escrito primitivo, y al examinar el dibujo pudo convencerse de que su suposición era cierta en el sentido de que los signos contenidos en el sello eran jeroglíficos hititas, si bien Sayce no se hallaba todavía decidido a confiar en la exactitud del trabajo del artista que copió los símbolos cuneiformes del sello. A través de una publicación británica especializada, solicitó ayuda acerca de quién podría dar razón del paradero del sello. Uno de los lectores respondió en sentido negativo, pero él sabía que al Museo Británico le había sido ofrecido el sello 20 años atrás y que había sido rechazado por considerarlo una falsificación; de todos modos, un funcionario de éste había sacado una impronta del sello.

Esta copia todavía existía, pero las circunstancias que rodeaban su confección eran algo dudosas, y Sayce temió que pudiera tratarse de una reproducción basada en un molde groseramente hecho, en lugar de una copia directa del texto antiguo. Sus temores se desvanecieron cuando un francés que había tenido ocasión de ver el sello original en Estambul facilitó a Sayce una excelente reproducción en yeso que él mismo había sacado, reproducción que coincidía totalmente con el facsímil.

Estando ya seguro de la autenticidad de las copias, Sayce tradujo el texto cuneiforme, que decía: "Tarriktimme, rey del país de Erme." (Actualmente los especialistas traducen el nombre por Tarkumuwa, y al sello –cuyo original apareció más tarde, en la década de 1920, y se halla en el museo de Baltimore– se le conoce como el sello de Ṭarkumuwa.)

Después de traducir la inscripción cuneiforme, Sayce se ocupó de los jeroglíficos del sello, a uno y otro lado del rey-guerrero, e inmediatamente pudo ver

confirmada una sospecha apuntada por otros jeroglíficos hititas, a saber, que un triángulo con una cruz en el centro significaba "rey", y que dos triángulos juntos y marcados con líneas significaban "país" o "territorio". Esto último le llevó a su vez a sospechar que otro signo, consistente en un único triángulo también rayado y que él recordaba haber visto en alguna otra parte, significaba "ciudad". Con el transcurso del tiempo, Sayce vio confirmadas todas estas suposiciones.

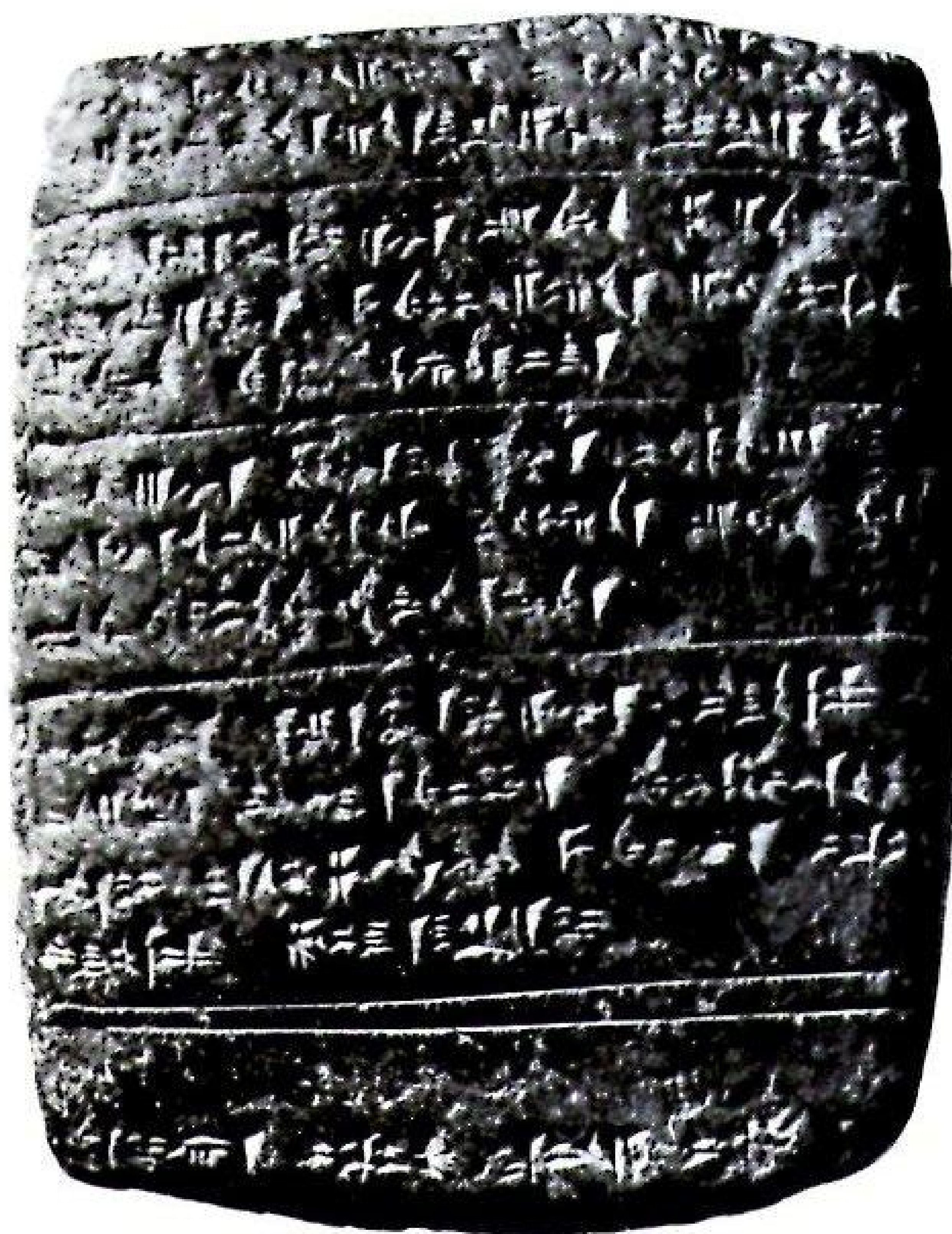
Desgraciadamente esto era todo lo que podía dar de sí el sello de Tarkumuwa, lo cual no era suficiente para desvelar el misterio de los jeroglíficos hititas. Aunque el sello a que aludimos resultó algo decepcionante como texto bilingüe y muchos de los esfuerzos posteriores de Sayce serían criticados por los especialistas, el resultado de sus estudios fue de todos modos notable. Hacia el final de 1880 había interpretado correctamente seis signos jeroglíficos dentro de un sistema totalmente desconocido de escritura; siete si incluimos su primera versión de "yo". Aparte de los cuatro nombres, había llegado a individualizar los signos que representaban terminaciones de palabras en acusativo y en nominativo.

El alcance de sus éxitos puede valorarse si se compara con el tiempo que necesitaron una multitud de estudiosos para progresar de una manera significativa más allá del punto alcanzado por Sayce, el cual dijo en 1888 que no transcurriría mucho tiempo sin que las inscripciones que los hititas legaran en su forma peculiar de escritura jeroglífica pudiesen revelarnos sus secretos. Aun cuando vivió todavía muchos años (falleció en 1933), la escritura sólo había facilitado unas pocas aclaraciones más. De hecho, tenían que transcurrir tres décadas, casi un siglo desde que los símbolos empezaron a llamar la atención del mundo, hasta llegar al convencimiento de que el misterio de los jeroglíficos hititas podía ser resuelto.

Gracias, sobre todo, al descubrimiento de Winck-

Resolviendo el rompecabezas del cuneiforme hitita

El desciframiento de la escritura cuneiforme hitita constituyó un problema casi tan arduo como el de interpretar los jeroglíficos. A pesar de que los caracteres eran los mismos que los de la conocida lengua babilónica, las palabras eran intraducibles; nadie tenía noción exacta acerca de su significado. El mayor obstáculo residía en la ausencia de una clave, por ejemplo, un texto bilingüe detallado, es decir, una inscripción en dos lenguas, una de las cuales pudiera ser leída. Sin una ayuda de este tipo los estudiosos tenían que escudriñar las tablillas en busca de claves. Un suceso inesperado sobrevino en 1915, cuando un investigador checo –tras un concienzudo estudio– pudo anunciar que el hitita era una lengua indoeuropea emparentada con otras lenguas conocidas. A partir de entonces, el hitita reveló poco a poco su vocabulario y gramática, y hacia 1930, cuando se estudiaron minuciosamente algunos textos bilingües *(a la derecha)*, los especialistas pudieron por fin leerlo con cierta facilidad.

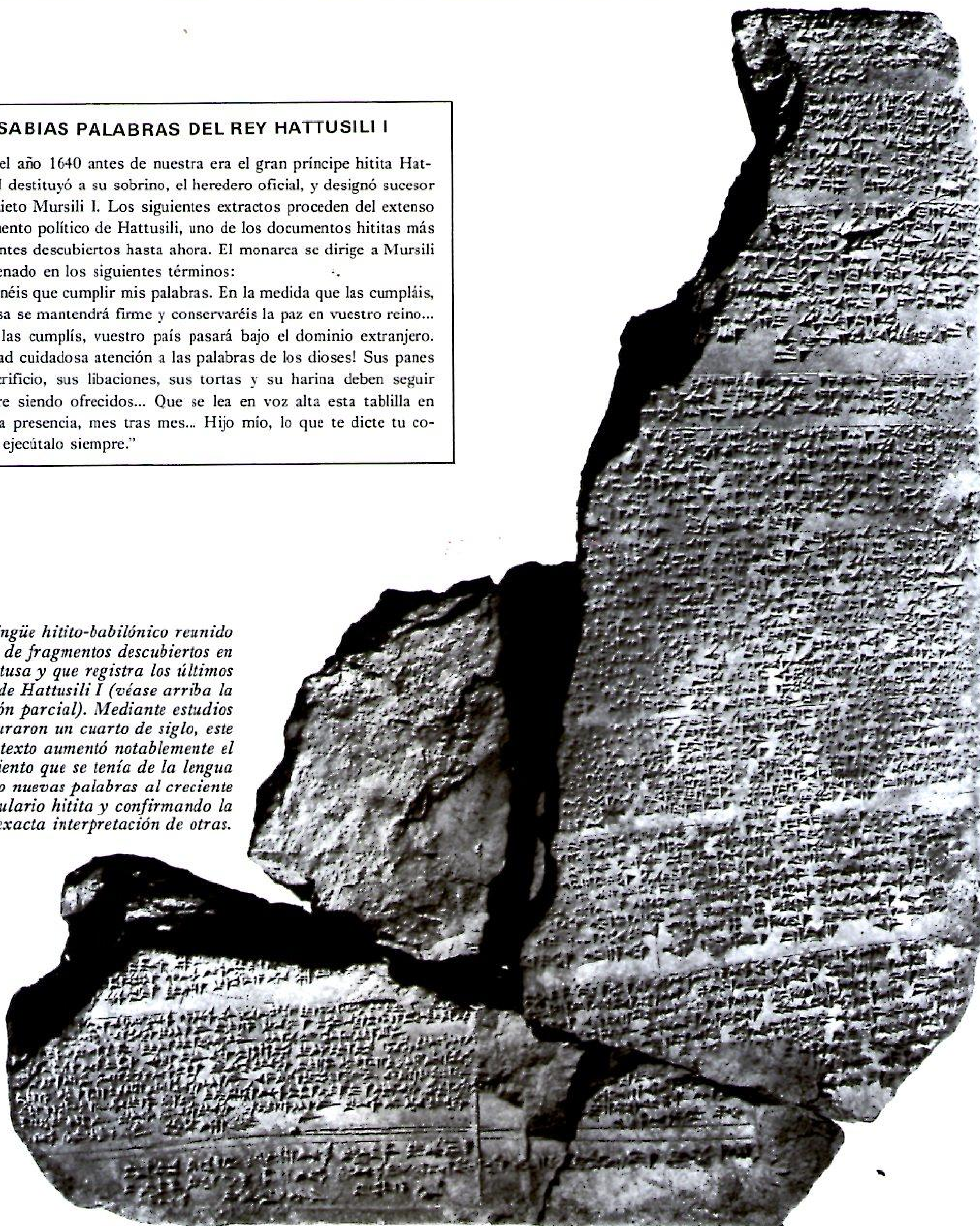


Esta tablilla hallada en Egipto hacia el año 1890 fue una de las que despertaron la atención de los estudiosos acerca de la lengua hitita. Su texto trata de un proyecto de boda entre un faraón y una princesa de Arzawa, un estado vasallo de los hititas.

LAS SABIAS PALABRAS DEL REY HATTUSILI I

Hacia el año 1640 antes de nuestra era el gran príncipe hitita Hattusili I destituyó a su sobrino, el heredero oficial, y designó sucesor a su nieto Mursili I. Los siguientes extractos proceden del extenso testamento político de Hattusili, uno de los documentos hititas más elocuentes descubiertos hasta ahora. El monarca se dirige a Mursili y al senado en los siguientes términos:

"Tenéis que cumplir mis palabras. En la medida que las cumpláis, Hattusa se mantendrá firme y conservaréis la paz en vuestro reino... Si no las cumplís, vuestro país pasará bajo el dominio extranjero. ¡Prestad cuidadosa atención a las palabras de los dioses! Sus panes de sacrificio, sus libaciones, sus tortas y su harina deben seguir siempre siendo ofrecidos... Que se lea en voz alta esta tablilla en vuestra presencia, mes tras mes... Hijo mío, lo que te dicte tu corazón, ejecútalo siempre."



Texto bilingüe hitito-babilónico reunido a base de fragmentos descubiertos en Hattusa y que registra los últimos deseos de Hattusili I (véase arriba la traducción parcial). Mediante estudios que duraron un cuarto de siglo, este texto aumentó notablemente el conocimiento que se tenía de la lengua añadiendo nuevas palabras al creciente vocabulario hitita y confirmando la exacta interpretación de otras.

ler en los archivos cuneiformes de Hattusa (la capital hitita de Bogazköy) y en parte también a un teniente del ejército austríaco que sentía afición por el estudio, la humanidad no tuvo que depender exclusivamente del desciframiento de los jeroglíficos para poseer información sobre el pueblo hitita.

Hugo Winckler, como filólogo y como autor de los hallazgos de las tablillas cuneiformes, se había preocupado primordialmente de descifrar la lengua llamada arzawa, pero por su precaria salud tuvo que reducir el trabajo y, celoso de posibles rivales, se resistió a traspasarlo a terceros, hasta el punto de que cuando falleció, en 1913, no se pudieron encontrar entre sus papeles notas ni manuscritos acerca de los documentos de arcilla.

La Sociedad Germano-Oriental, que había promocionado las expediciones de Winckler a la capital hitita, designó a un cierto número de asiriólogos para que trabajasen en las tablillas. Uno de ellos fue un súbdito checo, de 35 años de edad, nacido en Polonia y llamado Bedrich Hrozny. Hijo de un clérigo, había empezado su carrera académica estudiando teología para satisfacer los deseos de su padre, pero pronto la pasión que sentía por todo lo hebreo y lo arábigo le impulsó al estudio de las lenguas orientales antiguas, y a la edad de 24 años fue nombrado profesor de Asiriología en la Universidad de Viena. Lo que singularmente fascinaba a Hrozny era el problema de la escritura cuneiforme hitita, tanto que en 1914 tuvo la gran satisfacción de ser destinado a Estambul, donde se hallaban depositadas la mayor parte de las tablillas de Bogazköy escritas en lengua arzawa. Enfocando el problema directamente, Hrozny optó por trabajar sobre las tablillas escritas en la propia lengua hitita ya perdida, en lugar de sobre las tablillas con caracteres babilónicos. Por suerte, unas pocas palabras babilónicas habían sido incorporadas a la lengua arzawa, y una de ellas le dio a Hrozny una pista decisiva. Esta palabra figuraba en una frase que llegaría a ser famosa en la historia de la filología; se trata de la palabra *ninda,* que significaba "pan". La frase que contenía dicha palabra –escrita en signos cuneiformes, los cuales podían ser leídos, aun cuando no fuesen entendidos– era *nu ninda-an ezzateni watar-ma ekuteni.*

Antes de proceder a analizar este pasaje del texto, Hrozny había empezado a desarrollar algunas ideas propias sobre la lengua desconocida que él trataba de descifrar, ideas no tan faltas de ortodoxia como para ser descartadas. Unas ideas parecidas habían sido señaladas en el año 1902 por un noruego, J. A. Knudtzon, que había estudiado las tablillas de Arzawa encontradas en Egipto entre los textos de Tell el-Amarna, pero había sucumbido y desistido de su intento ante la presión de la crítica científica.

Para llegar a dar forma a sus ideas, Hrozny pudo utilizar eficazmente sus conocimientos de la ciencia lingüística general, que abarcaban no solamente las lenguas semíticas con las que se había familiarizado como asiriólogo, sino también las lenguas indoeuropeas. Sabedor de la estrecha relación existente entre estas últimas, no ignoraba el hecho de que las analogías de vocabulario y de formas gramaticales demostraban que lenguas tan aparentemente distantes como el islandés y el sánscrito habían evolucionado a partir de un mismo origen.

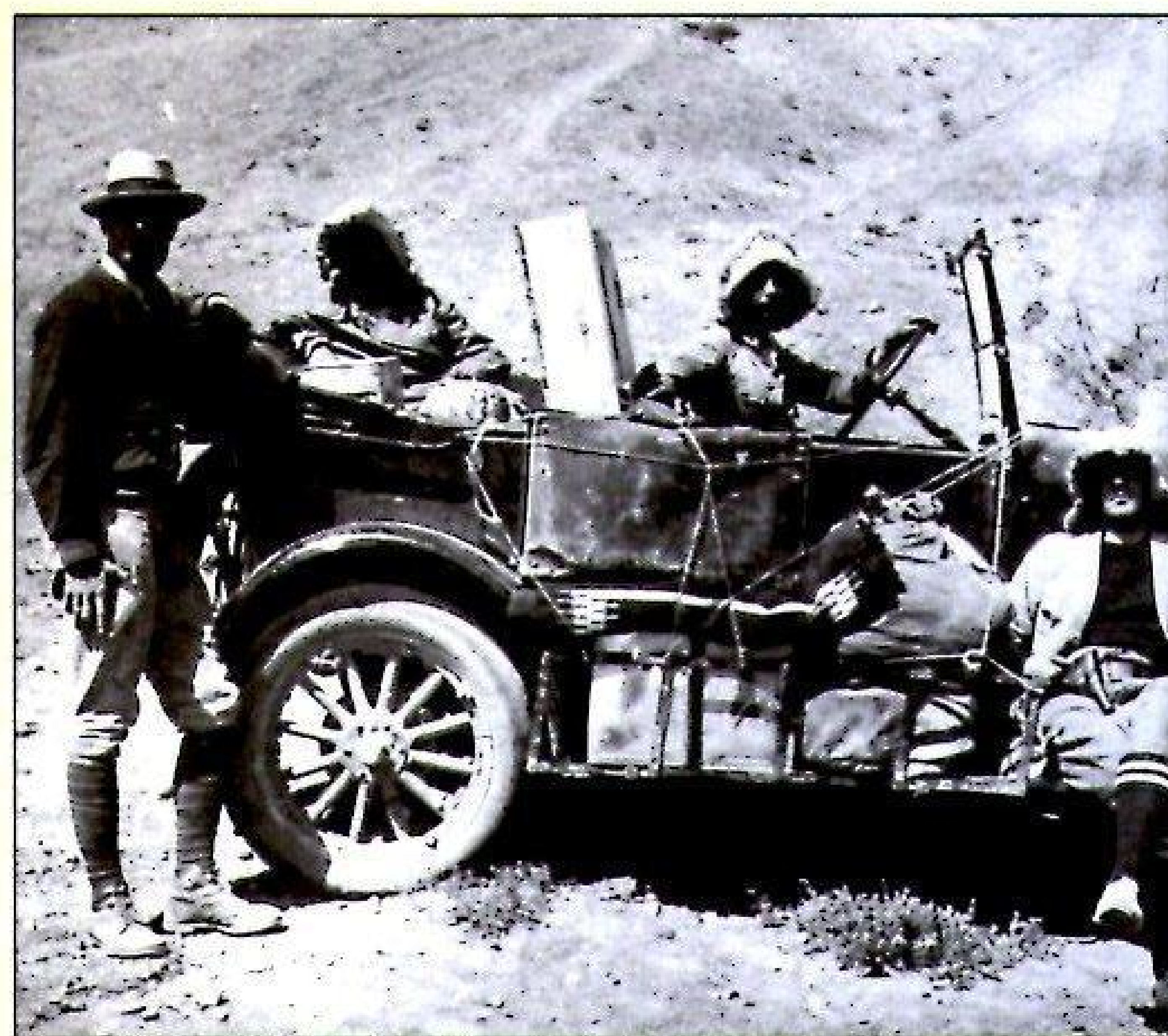
A medida que Hrozny leía y releía la frase hitita indicada anteriormente *–nu ninda-an ezzateni watar-ma ekuteni–* aumentaba su sospecha de que se hallaba ante una lengua de origen indoeuropeo. La comparación le hizo disipar todos los temores que hasta entonces había abrigado.

Así, por ejemplo, el sufijo *-an* parecía significar en otros contextos el caso acusativo, como ocurría con el sufijo *-n* en griego, que también es una lengua indoeuropea. Como *ninda,* el equivalente de "pan", significaba un objeto, lógicamente algo había que hacerse con este objeto y se preguntó: ¿qué hacemos

Flanqueadas por piedras con inscripciones hititas, aparecen las figuras de un dignatario sentado y de su ayudante, así como de los guerreros que guardan las ruinas de una fortaleza, en la cúspide de la Montaña Negra, en el sur de Turquía. Fue precisamente aquí donde se descifró la clave para interpretar los jeroglíficos hititas formados por símbolos hititas y por textos fenicios legibles.



Aunque los americanos tardaron en llegar al escenario de los estudios hititas, contribuyeron inmediatamente con algo propio: el vehículo de motor. En la fotografía de la derecha, de 1926, los arqueólogos se dirigen a explorar los yacimientos hititas utilizando un vehículo cargado, que sólo les creó dificultades (página opuesta). A pesar de los inconvenientes, llegaron a excavar un yacimiento, lo cual les permitió afirmar seriamente que, gracias al moderno medio de locomoción, habían penetrado en sitios nunca visitados por arqueólogos.



normalmente con el pan? Muy sencillo, lo comemos. Buscando alguna palabra indoeuropea que significase la acción de comer, Hrozny recordó que en inglés se dice *eat,* en griego *edein,* en latín *edere* y en alemán medieval *ezzan. Ezzanteni!* Anteriormente ya había llegado a la conclusión de que *teni* era una terminación verbal, lo cual se ajustaba perfectamente en este caso. Era un momento decisivo; pero como científico, Hrozny no podía admitir que una analogía que podía ser solamente una coincidencia, le desviase del objetivo de su investigación.

La frase, desde el punto de vista retórico, parecía armónica; incluso tenía cierto ritmo. Partiendo de frases anteriormente estudiadas, había notado que la palabra *nu* y el sufijo *-ma* guardaban alguna relación entre sí, igual que existe una relación entre "aquí" y "allí" o bien entre "ahora" y "entonces".

Todo ello tendría algún sentido en un texto que constase de dos partes: "ahora pan... comer... entonces". El sentido íntimo del rigor científico ya no pudo evitar los vuelos de la intuición de Hrozny; así, no hacía falta preguntarse qué es lo que acompaña al "pan" o recordar mentalmente las palabras que lo describen en las lenguas indoeuropeas. La palabra que él andaba buscando se hallaba ante él: en hitita *watar,* en alemán *wasser* y en inglés *water.* "Ahora tú comes el pan, luego tú bebes el agua."

Aunque Hrozny no había descifrado totalmente el arzawa, había llegado a una conclusión tan sorprendente, que sus repercusiones en el ámbito filológico tenían que ser fabulosas. Pero al llegar a este punto, la I Guerra Mundial amenazó con imponer una larga y desagradable interrupción de su trabajo; los Gobiernos europeos tenían reservado para su juventud masculina algo más serio que estudiar viejas tablillas de arcilla en museos polvorientos. Así es como el 24 de noviembre de 1915 Hrozny anunció al mundo sus hallazgos; en una reunión en Berlín de la Sociedad para el Próximo Oriente declaró formalmente que el hitita era una lengua indoeuropea. Tal como cabía esperar, la reacción de los oyentes fue la de sentirse agraviados, y esto hizo que fuera combatido por su presunción de que si el hitita era efectivamente una lengua indoeuropea, sería la lengua indoeuropea más antigua jamás descubierta, y en efecto, en aquellos momentos, era así, por cuanto sus únicos opositores, los dialectos luvita y palaico, eran todavía desconocidos. Se le acusó a Hrozny de ignorar pruebas evidentes de tipo racial: los hititas, tal como estaban representados en sus esculturas de piedra, eran indiscutiblemente de ascendencia armenia, aun cuando esto no era cierto. La discusión se prolongó hasta bien entrada la noche, y, al terminar, Hrozny no había podido convencer a los críticos.

Siete días más tarde Hrozny fue llamado a filas e incorporado al ejército austro-húngaro. Si la guerra hubiese transcurrido para él empujando cañones a través de los campos ensangrentados de Europa, habrían transcurrido años antes de poder probar sus hipótesis, suponiendo que hubiera sobrevivido del todo. Pero en este momento crítico, Hrozny y también la hititología alcanzaron una suerte inesperada.

Por corto de vista, Hrozny fue destinado para trabajos burocráticos en su regimiento de guarnición en Viena. Su superior jerárquico, un teniente llamado Kammergruber, demostrando un cierto grado de tolerancia hacia los intelectuales, le dispensó de la mayor parte de sus trabajos y le autorizó a proseguir sus estudios. Más tarde Hrozny expresó públicamen-



te su gratitud por la consideración de que había sido objeto por parte de Kammergruber.

Gracias, pues, a la amable comprensión de su teniente, Hrozny pudo publicar su trabajo preliminar antes de terminar el año 1915, y luego, en 1917, cuando la guerra todavía hacía estragos en Europa, publicaba un libro con el título *La lengua de los hititas; su estructura y su incorporación a la familia lingüística indoeuropea.* Raramente había sido una lengua estudiada con tanta amplitud. Hrozny no sólo procedió a definir superficialmente la situación de los hititas dentro del contexto de las lenguas indoeuropeas, sino que llegó a describir la estructura gramatical de su lengua.

Sus detractores, no obstante, todavía no estaban convencidos; continuaron combatiendo su tesis fundamental, siendo ciertamente estimables algunas de estas críticas. Al no estar Hrozny especializado en lenguas indoeuropeas, cometió errores de detalle que dañaron su prestigio, pero lejos de darse por vencido, por la tempestad que él mismo había desencadenado, procedió a traducir las tablillas de Bogazköy. En 1919 publicó una primera y extensa traducción de textos hititas cuneiformes, con lo cual obtuvo un primer núcleo de adeptos. Al año siguiente un prestigioso indoeuropeísta alemán, llamado Ferdinand Sommer, se puso al lado de Hrozny facilitándole así unos conocimientos de las lenguas indoeuropeas de que Hrozny carecía y corrigiendo muchas de sus imprecisiones. A partir de este momento, las teorías de Hrozny ganaron más y más adeptos, y actualmente ya no hay nadie que se oponga a ellas. Gracias a esto, los documentos traducidos por Hrozny y otras personas permitieron al fin obtener la primera visión de la historia del pueblo hitita.

Mientras las tablillas de arcilla de Bogazköy llegaban finalmente a emitir su mensaje, los jeroglíficos hititas continuaban siendo tan enigmáticos como siempre y no por falta de estudio. Tras coleccionar y editar todas las inscripciones hasta entonces conocidas, un anticuario alemán llamado Leopold Messerschmidt rindió en 1900 un valioso servicio al publicarlas todas en un solo volumen. Antes de que apareciera a la luz su *Corpus Inscriptionum Hettiticarum,* los presuntos descifradores de textos tenían que trabajar a base de materiales limitados, a menos de disponer de tiempo, dinero y ganas de visitar museos y localidades esparcidos por el mundo. Gracias a Messerschmidt, esta posibilidad de consultar los textos permitió que los filólogos de todo el mundo se uniesen en un frente común para atacar la escritura jeroglífica hitita. A pesar de este nuevo esfuerzo, los resultados se obtuvieron únicamente en algunos pequeños fragmentos consistentes en uno o dos nombres de localidades o bien en la identificación de algunas marcas de puntuación hititas, pero nada que permitiese cantar victoria.

Esta situación de semiparálisis se rompió al principio de la década de 1930, cuando una nueva generación de especialistas, representantes de diversas nacionalidades, vislumbró en los jeroglíficos una oportunidad de lucimiento personal. Ninguno de estos hombres llegó a descifrar individualmente los jeroglíficos, pero el resultado común de las investigaciones permitió realizar en pocos años mayores progresos en busca de una solución que los que se habían logrado en el medio siglo anterior.

Así, por ejemplo, un italiano llamado Piero Meriggi llegó a aislar los signos que representaban "hijo"

Durante una pausa en sus excavaciones en Karatepe, arqueólogos alemanes y turcos aparecen agrupados con su director, Helmuth Bossert (con gafas en la mano), que había descubierto el yacimiento. Después de haber recogido numerosas inscripciones en escritura jeroglífica hitita y en lengua fenicia traducible, el filólogo Franz Steinherr (extrema derecha) se dio cuenta –en sueños– de que un par de textos en ambas lenguas eran idénticos y esto le dio la clave para descifrar el hasta entonces extraño lenguaje hitita.

y "nieto", descubrimiento que llevó a descifrar varios nombres reales, y un inteligente estudioso suizo, Emil Forrer, dio con la existencia de notables semejanzas entre algunos textos babilónicos cuneiformes y los jeroglíficos hititas. Forrer sabía que algunos pueblos antiguos empleaban las mismas o parecidas fórmulas para redactar textos corrientes, tales como imprecaciones, frases de introducción de escritos, etc. Así el rey babilónico Hammurabi, al término de una famosa inscripción de su Código de leyes, afirmó que si alguien las borraba o las ignoraba, "tanto si es rey como príncipe ..., que Anu, el poderoso padre de los dioses, le quite el título de rey, rompa su cetro y maldiga su destino".

Al estudiar las inscripciones jeroglíficas hititas, Forrer tropezó con una cláusula que supuso significaba "tanto si es rey como príncipe", seguida de unos signos que incluían el plural del determinativo equivalente a "dios". Tras deducir que se trataba de una imprecación y siguiendo la misma tónica que Hammurabi, Forrer pudo reducir la inscripción a su forma esquemática y elegir los símbolos que representaban diferentes terminaciones de verbo. Al aplicar este sistema de disección por comparación a fragmentos de texto, llegó a descubrir la estructura gramatical de la lengua representada en los jeroglíficos.

La importancia y alto valor del trabajo hecho por Meriggi, Forrer y otros quedó gráficamente al descubierto a pesar de que trabajaban por separado sobre unos mismos textos; por primera vez desde que se había iniciado el asalto a los jeroglíficos, los descifradores habían llegado a conseguir lecturas coincidentes. Puede afirmarse que en realidad todos ellos hablaban la misma lengua.

Que se trataba de la verdadera lengua quedó confirmado de forma espectacular en 1934, cuando un arqueólogo alemán, Kurt Bittel, reemprendió los trabajos de Winckler en las ruinas de Hattusa. Entre los restos del palacio real halló unos 300 sellos de arcilla; la noticia de que un centenar de ellos eran bilingües electrizó a los hititólogos.

La mayor parte de las inscripciones eran demasiado breves para facilitar nuevas interpretaciones, pero al proporcionar los nombres de los reyes en versión jeroglífica y cuneiforme quedó demostrado sin lugar a dudas que los descifradores habían leído correctamente los nombres reales y que, en consecuencia, el sistema que ellos habían adoptado era el correcto.

Al término de la II Guerra Mundial la conquista de los jeroglíficos hititas distaba todavía de haber culminado. Un especialista en lenguas antiguas no podía aún coger una copia de cualquiera de los textos y aventurarse a traducirla íntegramente. Sin embargo, se había establecido una poderosa cabeza de puente. Se comprendía el sistema gramatical básico, y muchos grupos de signos jeroglíficos podían ser interpretados. Se habían invertido 70 años para llegar a este final, y aun así, a costa de duros trabajos y sin ayuda de ningún texto bilingüe aceptable. Pero a partir de aquí, la suerte pareció sonreír por fin a quienes iban a poder desentrañar el mensaje completo de los jeroglíficos.

En el verano de 1945, un pequeño grupo de exploradores de la Universidad de Estambul capitaneado por Helmuth Bossert, profesor de origen alemán, deambulaba por los Montes Tauro, en el sur de Turquía. La misión de Bossert tenía un poco el carácter de una expedición de pesca; se hallaba buscando indicios de una civilización hitita en una región poco visitada. Procediendo tal como lo había hecho el explorador francés Texier hacía más de un siglo, Bossert interrogó a los habitantes de la localidad en demanda de posibles indicios de restos antiguos. En una pequeña aldea llamada Feke unos nómadas le hablaron de "un león de piedra" que se hallaba en un bosque cerca de la población de Kadirli.

Esta información avivó el ánimo de estos historiadores; sabían que el león era un motivo frecuente en



las esculturas hititas. Descorazonados al ver que las lluvias de verano hacían intransitable el camino hacia Kadirli, Bossert decidió volver al lugar tan pronto como fuera posible. Cuando él y su grupo regresaron en febrero siguiente, los habitantes de la localidad le advirtieron que las lluvias recientes habían vuelto a hacer intransitable el camino, pero Bossert insistió en que no podía esperar más y se lanzó en busca de su objetivo en un vehículo tirado por caballos. El vehículo se hundió en el barro hasta los ejes, el conductor se vio desesperadamente perdido y los caballos perecieron. El grupo de Bossert buscó y encontró otro conductor y otro equipo y siguió adelante. También esta vez tuvieron atascos, pero tras recorrer a pie buena parte de la distancia y empujando de vez en cuando el vehículo, llegaron a Kadirli al caer la noche. Pero allí les informaron de que nadie había oído hablar del supuesto león de piedra ni de ninguna otra clase de ruinas en la vecindad.

Agotado y descorazonado, Bossert estuvo casi tentado de admitir su derrota, cuando tropezó con un maestro rural de la localidad, cuyos paseos le habían familiarizado bastante con la región, hasta el extremo que, según dijo, tenía noticias del león de piedra; es más, lo había visto personalmente nada menos que cuatro veces. Se trataba de un recorrido de seis horas en dirección a una cumbre llamada Karatepe –Montaña Negra– y se ofreció a conducirlos allí al día siguiente *(página 59)*.

Así se hizo, y en la cima del pico, oscurecido por el bosque, Bossert vio no solamente el "león de piedra", que resultó ser un toro, sino también la figura humana bastante estropeada que en un tiempo había estado encima de la piedra. En esta estatua fragmentada halló una inscripción que Bossert reconoció como el tipo de escritura semítica que un experto podía interpretar, cosa que él no pudo hacer por desconocer la lengua; más tarde se enteraría de que se trataba de la lengua fenicia. Con todo, el estilo de la escultura era positivamente hitita. Buscando en la zona, Bossert y sus compañeros hallaron otros fragmentos de piedra labrada, pero esta vez con jeroglíficos. El posible significado de este descubrimiento, es decir, la yuxtaposición de una escritura conocida

junto con jeroglíficos hititas, excitó el entusiasmo del grupo. Por desgracia, se hallaban en la más absoluta soledad, no disponían de ningún elemento de trabajo y la noche se les echaba encima. Bossert decidió regresar y volver con un equipo debidamente provisto para explorar la Montaña Negra.

Efectivamente, regresó en 1947, y al poco tiempo encontró murallas de fortificación, paredes de edificios, grandes relieves con figuras humanas y de animales y un fragmento de otra inscripción fenicia. Más tarde, cerca de la puerta enterrada de lo que evidentemente había sido una fortaleza hitita, los excavadores descubrieron el resto de la segunda inscripción fenicia, que resultó ser el texto más extenso jamás encontrado en aquella lengua, con la particularidad de que cerca de él había también otros textos escritos en jeroglíficos hititas.

No pudieron convencerse, como hubieran deseado, de que estos hallazgos tan relacionados unos con otros darían lugar al texto bilingüe tan ansiosamente buscado desde antiguo. Incapaz de leer el fenicio, Bossert envió copias del texto a expertos que pudiesen hacerlo, pero incluso después de recibir sus traducciones, no quedó convencido de haber hallado el tan esperado texto bilingüe. Las palabras fenicias procedían de un gobernante local neohitita llamado Asitiwatta, el cual blasonaba de haber "exterminado todos los malos espíritus que había en el territorio" y se vanagloriaba de haber "facilitado la plenitud y bienestar y tranquilidad de corazón" para su pueblo. El mismo nombre Asitiwatta pudo ser descifrado en la versión jeroglífica; pero, fuera de ello, nada más parecía indicar que los textos fuesen idénticos.

El trazo de unión que llegó a conectar los textos fue descubierto no precisamente por un filólogo profesional, sino por un aficionado instruido, quien alegó haberlo encontrado en sus sueños.

Franz Steinherr era contable en el Hospital alemán de Estambul cuando Bossert le admitió como voluntario en las excavaciones de la Montaña Negra. Por espacio de varios meses Steinherr estudió los textos hallados, tanto que grabó en su memoria pasajes completos del texto fenicio y de los jeroglíficos.

Un buen día Steinherr asistió a una conferencia durante la cual Bossert discutía una frase tomada de una inscripción fenicia y que decía: "Hice que el caballo fuese con el caballo, el escudo con el escudo y el ejército con el ejército." Aquella noche, antes de acostarse, Steinherr dedicó varias horas a estudiar los textos jeroglíficos. Después de un breve sueño se despertó bruscamente con la visión clarísima de algunos de los signos pictóricos: dos cabezas de caballo y los signos representativos de "yo hice". Estos últimos eran algunos de los pocos signos que los hititólogos habían llegado a interpretar, pero nadie del grupo de la Montaña Negra los había reconocido entre las inscripciones descubiertas.

"Yo hice que el caballo fuese con el caballo." Y aquí estaba la clave, o sea, la precisa combinación de palabras que Bossert había expuesto de la versión fenicia durante la tarde anterior, pero expresada en jeroglíficos hititas. Así pues, por fin la Montaña Negra había proporcionado un texto bilingüe.

La luz del entendimiento no iluminó inmediatamente todos los rincones oscuros de los jeroglíficos hititas, pero el descubrimiento hecho en la Montaña Negra amplió a tal extremo el vocabulario de la escritura jeroglífica e incrementó tanto la comprensión de su sintaxis, que en 1960 los especialistas ya podían afirmar que el misterio estaba desvelado. Aquellos extraños signos que tanto turbaron a Texier en Bogazköy, que habían intrigado a Wright en Hamath, fascinado a Sayce y hecho titubear a otros estudiosos por espacio de casi un siglo ya podían ser interpretados. Los textos grabados en la piedra estaban destinados a la posteridad, y la posteridad –probablemente más distante de lo que un escriba hitita pudo imaginar– podía al fin leerlos.

Los paisajes majestuosos de las vastas regiones hititas



Un escarpado valle fluvial, cubierto de álamos, corta la altiplanicie de Anatolia cerca de Kanesh, centro comercial de los hititas.

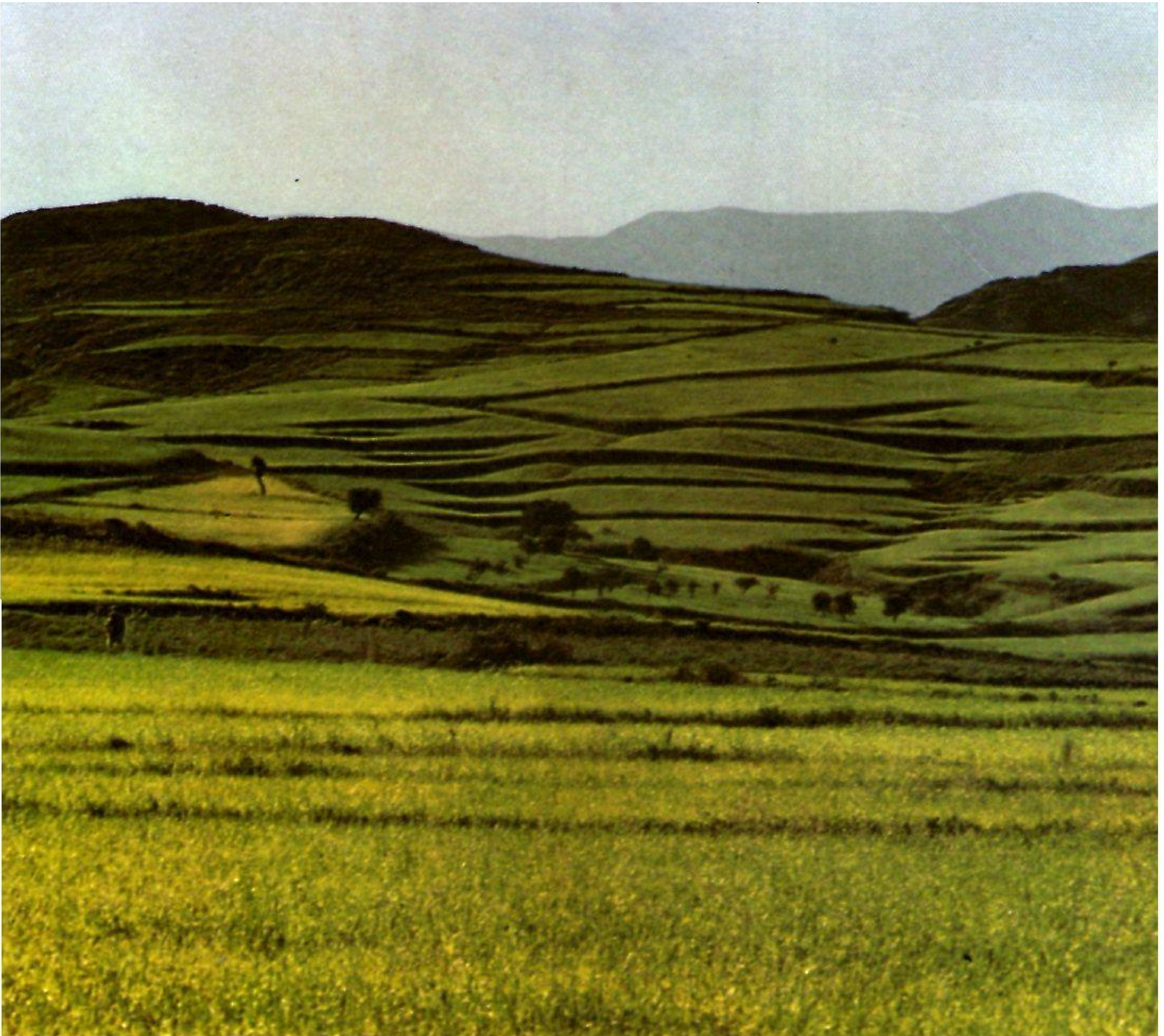
Cuando el monarca hitita recorría su Imperio, podía contemplar paisajes tan diversos como la misma variedad de pueblos que gobernaba. En el apogeo de su poder, en torno al siglo XIV antes de nuestra era, este Imperio comprendía áreas tan dilatadas como las actuales Francia e Inglaterra juntas, y se extendía desde las orillas del Mar Negro hasta Siria y desde el Mar Egeo hasta las altas regiones del río Eufrates. Comprendía más de una docena de reinos conquistados o vasallos, con nombres tan extraños como Pitassa y Kizzuwatna.

Dentro de las fronteras del Imperio había grandes extensiones de llanuras onduladas de hierba, elevadas cumbres montañosas cubiertas de nieves perpetuas y cortadas profundamente por valles con acantilados, áridas regiones desérticas y extensiones de costa escarpada. En la región conocida hoy con el nombre de Capadocia, al sur de Hattusa, el paisaje era casi lunar: aquí, la erosión había socavado la blanda roca volcánica dándole formas semejantes a conos, pirámides u olas petrificadas de un mar revuelto.



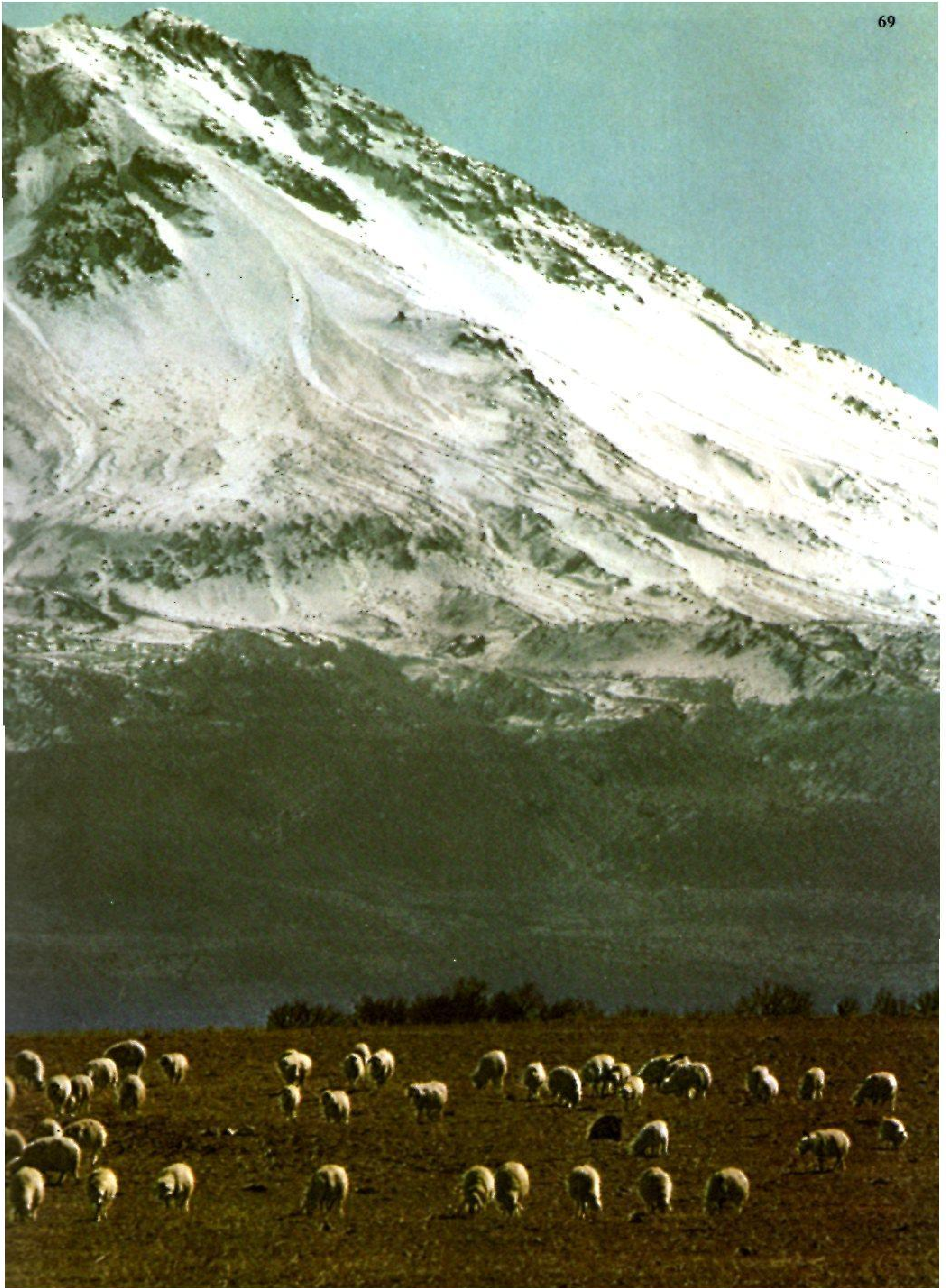
Formaciones tortuosas de materiales volcánicos, modelados por la acción del viento y de la temperatura, se yerguen en el fondo del valle de Göreme, en Capadocia, territorio que penetraba hasta el corazón del país hitita. Durante los siglos XIX y XVIII antes de nuestra era en esta región florecieron unas colonias asirias de comerciantes llamados karums.

La fértil llanura y las laderas en forma de bancales cerca de la ciudad siria de Antioquía estuvo gobernada en tiempos pasados por príncipes aliados de Mitanni, viejo enemigo de los hititas. Este territorio tan rico sucumbió ante los ejércitos de uno de los más grandes reyes del imperio hitita, Suppiluliuma I.





Sobre las laderas rocosas blanqueadas por la nieve destaca el pico de Hasan Dagi, dominando la meseta de Anatolia al norte de los montes Tauro. Conocidas por los hititas como "la tierra baja", estas tierras mantienen todavía grandes rebaños, que en su día eran la base de la economía hitita.



El rey guerrero Labarna I, del siglo XVII antes de nuestra era, "sojuzgó las tierras de sus enemigos y llevó sus fronteras hasta el mar". Durante esta etapa guerrera, este trozo rocoso de la costa mediterránea de la Turquía subcentral, cerca del pequeño puerto moderno de Alanya (al fondo, a la izquierda) con toda probabilidad cayó bajo su dominio.

Contra un fondo de colinas con sus laderas cultivadas, carreteras de bueyes provistas de ruedas macizas de madera –parecidas a las que empleaban los hititas– atraviesan una llanura cerca de Erzurum, en el nordeste de Turquía. Esta región, conquistada por Suppiluliuma I, estaba constituida en reino y era vasallo del Imperio hitita.





Capítulo cuarto: El arte de forjar un imperio



A medida que aumentaba el número de tablillas de arcilla y de inscripciones jeroglíficas que divulgaban sus secretos, ocultos durante tanto tiempo, iba abriéndose paso un hecho indiscutible: los hititas habían sido forjadores de un imperio de primera magnitud. En su propio país tenían abundancia de minerales y de productos agrícolas, pero su ambición por alcanzar un mayor nivel de riqueza y de poder les llevó a extender sus fronteras más allá de la tierra de Hatti.

En el momento culminante, alrededor del 1300 antes de nuestra era, la hegemonía hitita abarcaba un área casi equivalente a la de Francia e Inglaterra juntas. Se trataba, desde luego, de una extensión desmesurada para gobernarla desde un único centro de poder, habida cuenta del estado primitivo de las comunicaciones en aquella época, pero los hititas salieron airosos en su empresa, en gran parte gracias al civilizado sistema con que sus gobernantes realizaron la estructuración del Imperio.

Aun cuando parezca irónico atribuir cierta moderación a los guerreros que saquearon Babilonia, sojuzgaron Anatolia y Siria y, sobre todo, supieron mantener a raya a las legiones egipcias, lo cierto es que los hititas demostraron ser tan hábiles con la palabra como con las armas. Todos sus contemporáneos les reconocieron su habilidad diplomática, aun cuando en el mundo antiguo la diplomacia no se hallaba dotada de las formas educadas con que se reviste en la actualidad. En unos tiempos en que la supremacía del poder se consideraba generalmente motivo suficiente para que una ciudad-estado se levantara en armas y avasallara a su vecino, los hititas obtuvieron a menudo los fines que se proponían mediante la negociación o quizá recurriendo a la persuasión no violenta pero no menos poderosa. Por lo menos tres de sus estados vecinos aceptaron a las buenas el vasallaje hitita. Qué tipo de amenaza les había forzado a acatar tal vasallaje es difícil saberlo, pues los gobernantes de Hatti no tenían ciertamente miramientos si había que esgrimir la espada. La buena disposición de algunos reinos a someterse a este yugo puede haber sido influida por la impresión generalizada de que, aun cuando los hititas no se lanzaban porque sí a hazañas sangrientas, tenían por sistema incendiar y saquear las ciudades conquistadas y reducir la población a la esclavitud.

Las naciones menos predispuestas a someterse al dominio hitita empezaban por recibir requerimientos escritos, apoyados en razones que, al menos para los hititas, eran lógicas. El motivo alegado más frecuentemente era que el país en cuestión había cometido alguna transgresión albergando fugitivos del país hitita. El rey Mursili II, uno de los monarcas hititas más expansionistas, dirigió un requerimiento de este tipo en el año 1345 antes de nuestra era al gobernante del vecino reino de Arzawa. En su misiva, llena de indignación, Mursili declaró la guerra en los siguientes términos: "Súbditos míos que se trasladaron a tu país, cuando pedí que me fueran devueltos, tú no me los entregaste, y me llamaste «chiquillo» y me ridiculizaste. ¡Adelante, pues! Luchemos, y que el dios de la tempestad decida nuestra disputa."

Sucedió en esta ocasión que las opiniones estaban divididas en Arzawa; unos se inclinaban a aceptar el yugo hitita; otros defendían la resistencia a ultranza. Se impusieron éstos y Arzawa fue a la lucha. Extinguido el fragor de la batalla, Mursili II se comportó con justicia; los dirigentes que habían aconsejado ceder no fueron molestados, excepto que sus soldados fueron llamados a las armas. Pero los que habían op-

En una escena repujada al dorso de un trono de oro, Ankhesenamun, reina de Egipto, atiende con ternura a su joven esposo, el faraón Tutankhamon. Cuando éste murió, la viuda pidió contraer nupcias con un hijo del poderoso monarca hitita Suppiluliuma. Esta unión, que políticamente podía haber sido beneficiosa, no se llevó a cabo; así ambos imperios persistieron en su rivalidad.

tado por la resistencia fueron hechos prisioneros. Años más tarde, cuando Mursili narró el incidente, escribió: "El total de cautivos civiles que yo, Mi Majestad, traje al palacio real era de unos 66.000, pero lo que los jefes, soldados y conductores de carros de Hattusa aportaron como cautivos civiles, bueyes y ganado lanar fue incontable."

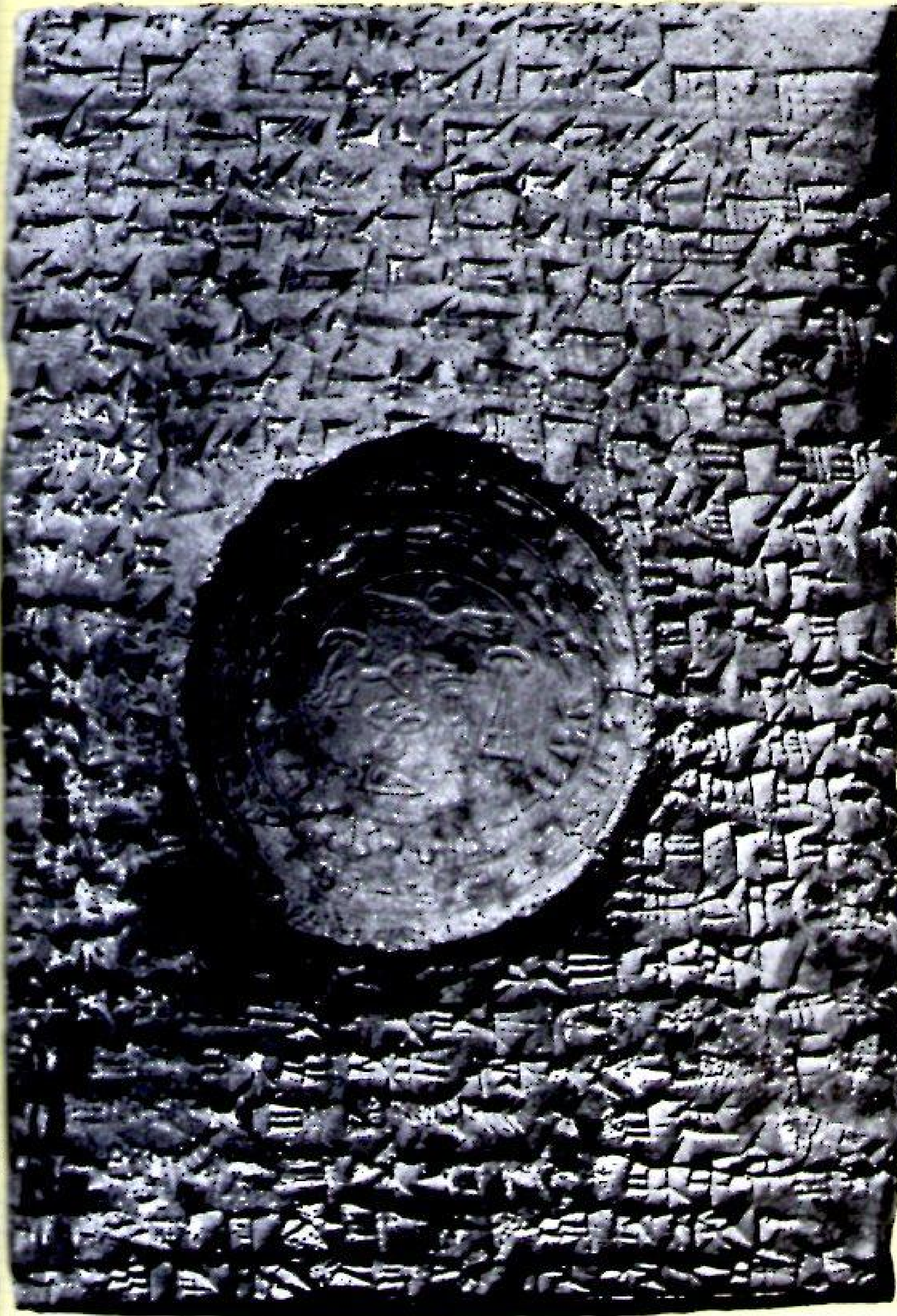
De este modo Arzawa pasó a ser otro estado vasallo. Países satélites que pasaron a la órbita hitita bien pacíficamente bien por la violencia quedaban unidos al ámbito imperial mediante textos escritos, y Arzawa no fue una excepción. Este tipo de tratados, rarísimos e incluso desconocidos en otras zonas del Próximo Oriente, describían con minuciosidad la naturaleza de las relaciones que iban a regir entre Hatti y los territorios conquistados. A menudo, cuando se formalizaba un pacto, sus cláusulas eran transcritas en tablillas de plata, oro o hierro (materiales que todavía no habían pasado a la categoría de utilitarios). En los principales templos de Hattusa y de la capital del nuevo estado vasallo se archivaban reproducciones en arcilla del documento y eran custodiadas para evitar su robo. La pérdida de la tablilla con el texto de un tratado podía ser fatal para el soberano vasallo; se conoce el caso de uno de estos reyes vasallos, el gobernante de un estado del norte de Siria, que quedó a salvo de tal ignominia gracias a que el texto del tratado lo preveía explícitamente. Por su parte debía retirar el documento de los archivos a intervalos periódicos para leerlo en voz alta a una asamblea de príncipes y cortesanos con la finalidad de recordarles las obligaciones asumidas con respecto al monarca hitita.

Era una práctica corriente –por lo demás, no exenta de prudencia– por parte de los hititas delegar en el monarca de un estado recién conquistado, o en un miembro de la familia, poderes para regir su propio pueblo; de todas formas, el contenido de muchos tratados no dejaba lugar a dudas sobre quién ejercía el poder supremo. Sólo cuando un soberano hitita consideraba a su adversario con respeto, el tratado suscrito entre ambos reflejaba un espíritu con visos de deferencia fraterna; generalmente la redacción de los protocolos estaba concebida en términos despreciativos y humillantes para el vencido.

Por lo menos 35 textos de otros tantos tratados han sido descubiertos e interpretados, y todos ellos responden a unas fórmulas estandarizadas. La mayor parte presentan al monarca hitita empleando un lenguaje que no pecaba de modesto; un ejemplo típico lo constituye el contrato que sujetaba al reino de Amurru y a su rey, Duppi-Teshub, a Hatti. El pacto empieza con estas palabras: "Así habla Su Majestad Mursili, Gran Rey, rey de la tierra de Hatti, bienamado del dios de la tempestad, hijo de Suppiluliuma, Gran Rey, rey de Hatti, héroe."

Había motivos que justificaban tanta hipérbole; el calificativo de "Gran Rey" no era simple expresión de vanidad; se sobrentendía que quienquiera que ostentase el derecho a usarlo era un monarca que regía sobre otros monarcas, es decir, un monarca que gobernaba un grupo de reinos. Las palabras "héroe" y "bienamado del dios de la tempestad" reflejaban el hecho de que el rey hitita se consideraba, como ocurría con sus súbditos, un instrumento especialmente elegido para la paz y para la guerra por la divinidad máxima del panteón hitita. Incluso la expresión "Su Majestad" no constituía una forma vulgar de preámbulo; traducida literalmente significaba que el rey hitita obraba en uso de facultades que le habían sido conferidas por el dios Sol, como juez supremo con jurisdicción sobre Hatti y sus posesiones.

Siguiendo la pauta consagrada, el tratado concluido entre el rey Mursili y Duppi-Teshub de Amurru comprende una extensa descripción de las relaciones entre ambos reinos por espacio de varios años, reiterando todos los favores y obligaciones de que Amurru se considera deudor ante Hatti. Finalmente, el



El distintivo de un hombre poderoso, el sello de Suppiluliuma, legaliza esta tablilla del siglo XIV antes de nuestra era con el texto de un tratado entre los hititas y el reino sirio de Ugarit. Los caracteres cuneiformes fueron agregados alrededor del sello. La lengua empleada es la acadia.

contrato describe las condiciones que han de regular las relaciones mutuas en el futuro: en caso de que los ejércitos hititas fueren requeridos para prestar ayuda en defensa de Amurru, Duppi-Teshub asume el compromiso de proveerlos de víveres; en caso de que dentro de la nación vasalla surgiera una ola de sentimiento antihitita, el rey Duppi-Teshub o uno de sus hermanos deberá cuidar personalmente de sofocarla, incluso por la fuerza si fuese necesario; si un fugitivo huye de Hatti hacia Amurru, quedará sujeto a extradición; Amurru se obliga a facilitar salvoconducto a quien desee refugiarse en Hatti.

La cláusula final del tratado constituye una admonición: "Si Duppi-Teshub no mantiene fidelidad a las palabras que expresan esta obligación ni al juramento prestado, que estas promesas divinas destruyan a Duppi-Teshub, a su mujer, a su hijo, a su nieto, su casa, su ciudad, su país y todo cuanto le pertenece." Después de amenazar con futuros desastres, el tratado concluye con unos párrafos algo más esperanzadores: "Si Duppi-Teshub observa fidelidad a la palabra dada, que estos divinos juramentos os conserven." Y estos juramentos debieron efectivamente ser divinos, pues no menos de 80 dioses y diosas, representantes de Hatti y del país de Amurru, son invocados como testigos en el contrato.

Tal como se desprende claramente de la amenaza formulada a Duppi-Teshub, la diplomacia hitita encubría un aspecto beligerante; en efecto, recurrió a la beligerancia o a la diplomacia según se iba forjando el Imperio hitita; la mayor parte de la historia de su expansión se relaciona con hechos de armas.

La tecnología militar en el antiguo Próximo Oriente se hallaba bastante adelantada ya en el siglo XVII antes de nuestra era, cuando la nación hitita empezó a destacar como una fuerza con la que había que contar. Los generales hititas no titubearon en asimilar y adaptar los inventos de sus predecesores, de sus aliados e incluso de sus enemigos, y gracias a

esta política los hititas pasaron a ser beneficiarios de más de 1.000 años de experiencia de otros pueblos, incrementada con la suya propia.

El ejército hitita, bajo la dirección personal del rey, entraba en batalla armado con aljabas llenas de flechas, provistas de puntas de bronce, y arcos flexibles, de considerable potencia, construidos con madera, cuerno y tendones. Para las luchas cuerpo a cuerpo la infantería empuñaba cuchillos con hojas de bronce en forma que parecía una mano *(página 77)*. Los soldados se protegían con armaduras de bronce (el metal era abundante en Anatolia) que consistían en una coraza rectangular, redondeada, y un casco cónico con orejeras y un largo penacho en forma de cola que caía por detrás de la nuca.

Los hititas eran maestros en el arte de la guerra de sitio. Construían arietes que con sus golpes podían romper las murallas fortificadas de las ciudades enemigas. Lo que no lograban con sus arietes lo conseguían con su tenacidad. Llenaban de víveres caravanas de bestias de carga y carretas tiradas por bueyes y podían mantener el sitio de una ciudad hasta que los sitiados se veían obligados a salir en busca de agua y alimentos.

El vehículo utilizado por los hititas, que resultaba valiosísimo en la guerra, era una carreta ligera, de un solo eje, que avanzaba sobre dos ruedas con sus correspondientes radios, hechas de madera con llantas de metal; era un invento mesopotámico de hacia 1800 antes de nuestra era. Los caballos que tiraban de estos carros tan manejables y veloces estaban magníficamente entrenados. Un manual utilizado por los hititas, resultado del trabajo de un ciudadano del reino rival de Mitanni, llegaba al extremo de pormenorizar lo que el entrenador de caballos tenía que hacer en las horas hábiles de cada día durante 90 días, para conseguir de un animal la resistencia y velocidad deseadas. Explicaba a qué velocidad había que hacer correr al caballo diariamente y cuál la distancia que debía recorrer; cómo tenía que prepararse su comida; cuándo debía frenársele y cuándo no; cuándo había que almohazarlo y cuándo frotar su piel con aceite; cuándo había que lavarlo con agua y cuándo convenía protegerlo con una manta.

Con la ayuda de esta avanzada técnica castrense, el rey Suppiluliuma pudo elevar a Hatti en el siglo –XIV a una auténtica categoría imperial. La talla de Suppiluliuma como gobernante, general y diplomático, así como también sus flaquezas humanas, hicieron de él una figura de carne y hueso frente a la visión a menudo bidimensional de la historia hitita.

No fue el primer hitita que intentó la creación de un imperio ni tampoco el primero en salir airoso del intento. Suppiluliuma podía contemplar retrospectivamente a predecesores suyos que habían doblegado a poderosos pueblos vecinos. Así, por ejemplo, tenemos el caso de Labarna I, que ensanchó la hegemonía hitita a través de Anatolia del Sur en dirección al Mediterráneo y hacia el oeste en dirección al reino de Arzawa en el siglo XVII antes de nuestra era. A Labarna I le sucedió su hijo Labarna II, que marchó hacia el sureste atravesando los montes Tauro en dirección a Alepo, estableció su capital en Hattusa y cambió su propio nombre adoptando el de Hattusili. Su heredero, Mursili I, llevó la conquista aún más al sur, hacia Siria y, lo que es todavía más sorprendente, realizó una marcha de 800 km siguiendo el curso del Eufrates hasta llegar a Babilonia, la ciudad mesopotámica más temible, a la que saqueó, si bien, por motivos no claramente comprendidos, volvió grupas sin llegar a establecer su soberanía sobre lo que ya no eran más que las ruinas de Babilonia.

Después de esta breve sucesión de caudillos triunfantes, el reino hitita cayó en un estado de desorden y caos casi ininterrumpido por espacio de 200 años. Mursili I fue asesinado por su cuñado, el cual se apoderó del trono. Después de él, se sucedieron en el gobierno una serie de reyes impotentes, los cuales,

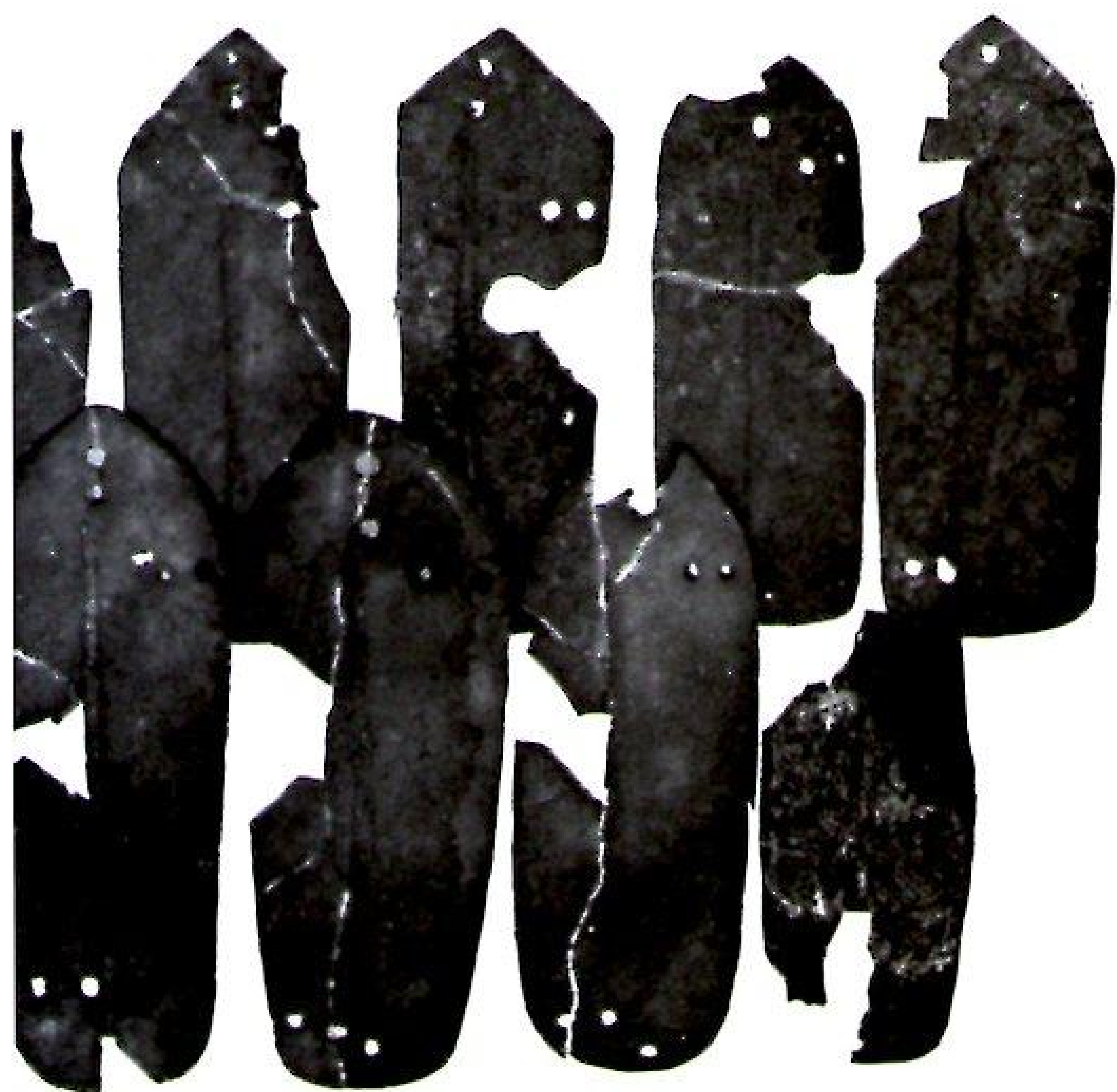


empeñados en salvar la corona y evitar que pasase a manos de príncipes y nobles ambiciosos, no pudieron impedir que mermara el prestigio internacional de que había gozado Hatti y que buena parte de sus conquistas revertieran a manos de gobernantes locales o extranjeros.

Entretanto, el reino de Mitanni, situado unos 480 kilómetros al sureste, en el norte de Siria, había venido realizando incursiones, poco profundas pero altamente destructoras, en la vecindad del territorio hitita, obligando gradualmente a los hititas a retroceder a su patria de Anatolia. Incidentalmente, una alianza entre los egipcios y los mitanni permitió situar una avanzadilla del gigante imperial del Nilo precisamente en la puerta trasera de los hititas. Para Hatti, el suceso fue de suma importancia. Pero no transcurriría mucho tiempo sin que los hititas recuperaran su poderío y emprendieran una acción agresiva que terminaría enemistándoles con Egipto.

Cuando Suppiluliuma subió al trono en 1386 antes de nuestra era, Hatti era una nación desorganizada. Inició su reinado reconstruyendo las fortificaciones de Hattusa, que restaban en estado deplorable; se le considera el autor de la construcción de la gran muralla provista de torres erigida en el borde meridional de la ciudad. Y cuando hubo terminado de acondicionar las defensas de Hattusa, emprendió la tarea más trascendental: reorganizar el ejército. Sus primeros éxitos militares fueron de carácter defensivo: rechazar los innumerables enemigos que se habían aprovechado del debilitamiento del reino y que venían presionando en sus fronteras por el oeste, por el norte y por el este. Al cabo de poco años ya tenía a raya a sus más cercanos adversarios y estaba preparado y animado para pasar a la ofensiva y ocuparse de los enemigos exteriores.

Su primera incursión en 1374 antes de nuestra era no se vio coronada por el éxito. Dirigió su primer reto a los agresivos mitanni; después de una marcha



Hacha ceremonial de combate en forma de mano (arriba) y fragmentos de malla de bronce demuestran qué clase de defensas y de armamentos empleaban los ejércitos hitita y egipcio. En combates cuerpo a cuerpo la empuñadura de canto afilado del hacha podía llegar a quebrar la nuca del enemigo; la orejeta podía utilizarse como gancho o gubia. La malla –cuyas piezas tenían un largo de 11,4 cm– iba cosida a las ropas del soldado para su protección.

de cerca de 480 km con su ejército, atacó el reino sirio por su ángulo noroeste, pero las tropas de Mitanni estaban prevenidas y le rechazaron. El ejército hitita sufrió muchas bajas, tanto en vidas humanas como en material, y el infortunio se agravó cuando el rey de Mitanni tuvo la idea de enviar parte del botín a su aliado, el faraón egipcio.

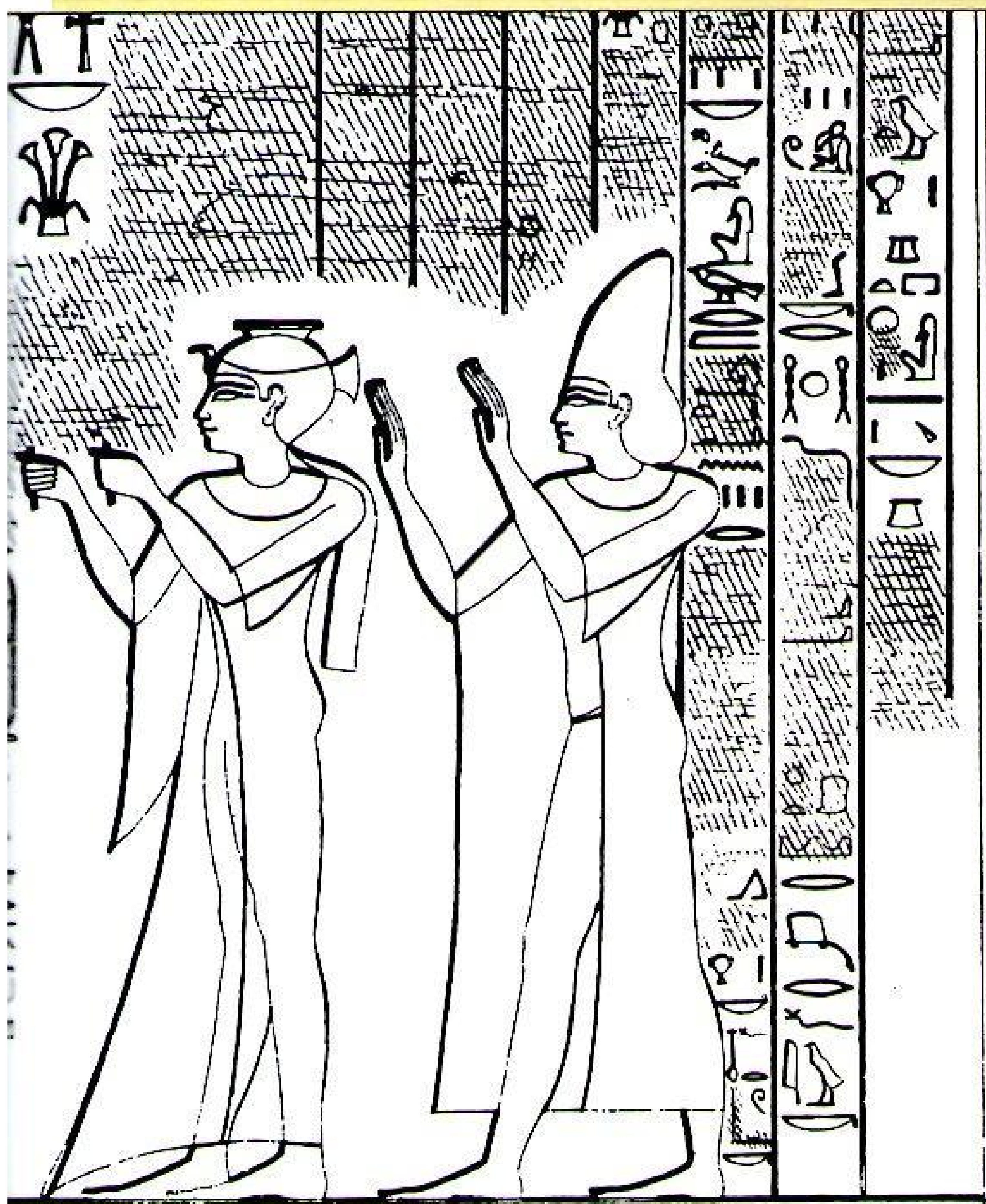
Pero el astuto rey-general de los hititas supo extraer del descalabro la semilla de una victoria futura. Ahora ya conocía la configuración del terreno y sabía dónde eran más potentes las defensas de sus adversarios. Decidió atacar a los mitanni lenta y sistemáticamente; y a tal fin ideó una estrategia que permitiría que sus tropas atravesasen directamente por el norte de Siria y cortasen toda posible ayuda para los mitanni.

La segunda campaña emprendida contra Mitanni se inició en 1386 antes de nuestra era con la fácil conquista del reino de Nuhasse, situado al suroeste y vecino de Mitanni. Después de ello, Suppiluliuma dejó transcurrir dos años antes de iniciar una ofensiva general. En 1366 antes de nuestra era emprendió por el norte una ruta a través del Eufrates y conquistó el reino de Isuwa, en el nordeste de Anatolia, tras lo cual avanzó hacia el sur hasta llegar a amenazar la capital de Mitanni, Wassukanni. Como el reino de Nuhasse, situado como se ha dicho al sudoeste, ya se hallaba en poder de los hititas, éste quedaba imposibilitado para facilitar ayuda a Mitanni, lo mismo que para constituir una ruta de acceso para el más poderoso aliado de los mitanni, Egipto. La situación pareció tan desesperada al rey de Mitanni que abandonó su capital.

Suppiluliuma, convencido ahora de que ya no habría interferencias por parte de los mitanni, volvió a cruzar el Eufrates y condujo a su ejército a lo largo de una campaña destinada a granjearse aliados, campaña que permitió añadir nada menos que siete reinos sirios al poderío hitita. El año −1366 terminó con la conquista de Qadesh, una pequeña ciudad-estado situada en la parte occidental de Siria; fue una victoria que llegaría a tener amplia resonancia, si bien ya no en vida de Suppiluliuma.

Trece años más tarde, Suppiluliuma dirigió su atención a los pocos reductos que todavía interceptaban su absoluto dominio de las tierras situadas al este y al sureste de Hattusa. El más notable de aquellos reductos era la ciudad de Carquemish, que siempre había ofrecido resistencia. Situada en una encrucijada importante de la ruta de caravanas, punto de control de una buena parte del río Eufrates, Carquemish resultaba altamente atractiva para los hititas. Estos la tomaron, después de sitiarla, en −1353. El hijo de Suppiluliuma, el rey Mursili II, sería más tarde autor de una crónica de las hazañas militares y diplomáticas de su padre, y haría mención especial de la victoria de Carquemish. "Mi padre conquistó finalmente la ciudad de Carquemish. La había sitiado por espacio de siete días, y al octavo inició una terrible batalla que duró todo un día. Cuando hubo conquistado la ciudad, la desalojó de sus habitantes, así como también de sus utensilios de plata, oro y bronce, y se lo llevó todo a Hattusa."

Mientras Suppiluliuma dirigía el sitio de Carquemish, ocurrió un incidente sin precedentes que podía haber facilitado la conclusión de una alianza entre Hatti y Egipto, pero que, por el contrario, estuvo a punto de enfrentarlos en el campo de batalla. Un mensajero llegó con una carta dirigida al rey procedente nada menos que de Ankhesenamun, la joven reina-viuda de Tutankhamon, rey de Egipto, la cual acababa de perder a su marido y no tenía descendencia *(página 72)*. Su mensaje era contundente: "Ha muerto mi esposo y no tengo hijos. Si me envías a uno de tus hijos, podría convertirse en mi marido y en rey para el país de Egipto. Bajo ningún concepto estoy dispuesta a asociar a uno de mis servidores y a convertirlo en marido mío."



El rey hitita Hattusili III (a la derecha) y su agraciada hija se dirigen al palacio de Ramsés II, de quien va a convertirse en prometida. La escena, reproducida en un relieve en piedra egipcio, incluye un sutil efecto propagandístico: las manos de los dos personajes reales hititas sugieren un gesto de súplica como para dar a entender que tributaban homenaje al faraón; los estudios recientes han demostrado lo inexacto de tal interpretación.

Suppiluliuma quedó confuso y bastante escéptico ante esta proposición de boda. Inmediatamente después de haber recibido el mensaje convocó a sus consejeros en las afueras de Carquemish y apresuradamente despachó a su secretario privado a Egipto, con la misión de "averiguar qué había de cierto en este asunto que le planteaba aquella mujer". Ofendida la joven reina ante la incredulidad con que se recibían sus intenciones, escribió otra carta inquieta: "¿Por qué dices tú que te decepcionamos? Si tuviese un hijo, ¿acaso escribiría yo a un extranjero para divulgar mi situación? Al hablar de esta forma me habéis insultado; el que fue mi esposo está muerto y no tengo descendencia; repito que nunca asociaré ninguno de mis súbditos para casarme con él; no me he dirigido a nadie más que a ti; todo el mundo me dice que tienes muchos hijos; cédeme a uno de ellos para que se convierta en esposo mío."

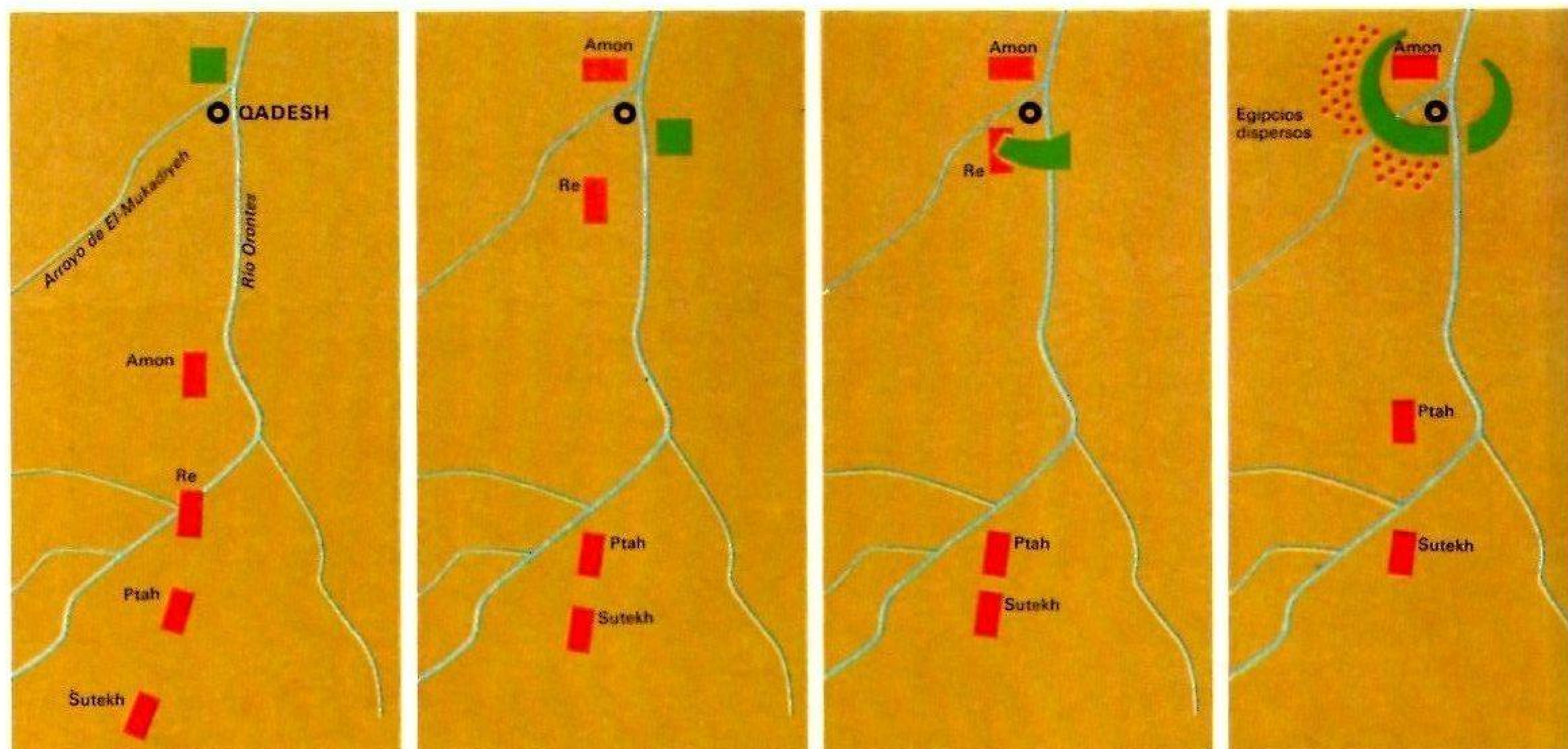
Era una excelente oportunidad para que Suppiluliuma transformase la enemistad tácita en alianza y de paso colocar a un hitita en el trono de Egipto, pero desaprovechó la oportunidad. La correspondencia se prolongó todavía bastante tiempo, pues hubo por lo menos dos intercambios más de mensajes por espacio de casi un año, y cuando finalmente logró convencerse de la buena voluntad que animaba a aquella mujer, envió a uno de sus hijos más jóvenes. Entretanto un ambicioso sacerdote-cortesano egipcio había ocupado el lecho de la viuda y el trono del país y cuando el joven hitita llegó a Egipto fue inmediatamente pasado por las armas. Suppiluliuma había cometido un error y las consecuencias se harían sentir en Hatti durante el medio siglo siguiente, mucho después de la muerte del rey.

Cuando ocurrió la muerte de Suppiluliuma alrededor del 1348 antes de nuestra era, el reino hitita ocupaba una extensión de 675.000 km², desde el oeste de Asia Menor, límite con el Mar Egeo, hasta los montes del Líbano en el sur, y desde la costa del

LA ASTUTA ESTRATEGIA DE LA BATALLA DE QADESH

Los hititas eran hábiles en astucia militar, y al comienzo de la batalla de Qadesh indujeron a Ramsés II a creer que estaban situados al otro lado de la ciudad: en realidad, estaban escondidos detrás de ella *(primer mapa)*. Ramsés se lanzó al ataque con la división Amón, seguido de las divisiones Re, Ptah y Sutekh. Cuando llegó a Qadesh, los hititas habían evolucionado atacando a la división Re *(mapas segundo y tercero)*. La obligaron a dispersarse y luego cerraron la trampa con el cerco a la división Amón *(mapa cuarto)*.

HITITAS
EGIPCIOS



Mediterráneo hacia el interior hasta llegar al norte del Irak. Por primera vez las posesiones hititas rivalizaban con las de Egipto; de hecho, ambos imperios eran fronterizos al sur de Qadesh, la ciudad-estado siria que llegaría a ser escenario de uno de los mayores enfrentamientos de la historia.

En –1347, Mursili II, príncipe tan astuto políticamente como inteligente en asuntos militares, como lo fuera su padre, heredó el trono y el imperio y prosiguió con éxito la política expansionista de aquél. Veinticinco años después de su ascensión al poder, cedió el que todavía era un imperio poderoso a su hijo Muwatalli. Afortunadamente para Hatti, el nuevo monarca estaba tan bien dotado como su padre y su abuelo, pero la sucesión traía también consigo el viejo antagonismo con Egipto, y recayó sobre las espaldas de Muwatalli la misión de defender con las armas el Imperio hitita de una vez por todas.

Anteriormente se habían producido ligeras escaramuzas entre ambas potencias, pero la debilidad interna de Egipto, a causa de discordias religiosas e intrigas palaciegas, había restado importancia a estas disensiones. De hecho, durante los reinados de Suppiluliuma y de Mursili, Egipto estuvo ocupado en luchas intestinas.

Pero al llegar el año 1304 antes de nuestra era subió al trono un gobernante egipcio dotado de carácter firme y genio militar como para hacer frente a Muwatalli: Ramsés II. El joven faraón inició su reinado de 66 años con la firme resolución de restable-

cer el mandato egipcio en Siria y de desbancar a los hititas de su poderío.

En –1301 Ramsés abrió las hostilidades con una campaña en las montañas del Líbano, ocupadas por los hititas. Muwatalli aceptó el reto inmediatamente. Los textos escritos de aquel período nos dicen que Muwatalli "reunió a todos los países desde los confines del mar hasta la tierra de Hatti". Una nómina de los contingentes hititas tiene todo el aspecto de un llamamiento general del Imperio; a continuación de las tropas del propio Hatti venían las procedentes de los mayores reinos vasallos de Arzawa y Mitanni. Luego seguían las fuerzas de por lo menos seis de los países menores de Anatolia, y finalmente los guerreros de los seis estados vasallos de Siria y del sureste. Así pues, un ejército procedente de todos los rincones de la confederación hitita convergió en Qadesh, preparado para la que llegaría a ser una de las mayores batallas de la antigüedad *(páginas 83-89).*

En la primavera del –1300 dos de los mayores ejércitos que jamás habían existido se encontraron en una explanada arenosa junto al río Orontes, en Qadesh; según datos de procedencia egipcia, había en conjunto no menos de cuarenta mil combatientes. Aun cuando ambos contendientes afirmaban que su único objetivo era ocupar Qadesh –encrucijada, en efecto, de dos importantes rutas comerciales–, Qadesh en sí misma era simplemente una excusa; el objetivo verdadero era más trascendental, pues quien resultase vencedor se convertiría en dueño supremo del mundo antiguo. Ambos ejércitos y sus comandantes se equilibraban. La astucia de Muwatalli, que había ganado reputación como excelente táctico en Qadesh *(ver mapas, página 80),* tenía un excelente rival en la bravura y –por qué no decirlo– en la buena suerte de Ramsés II. La batalla quedó en tablas; ambos generales regresaron a sus respectivas capitales convencidos de que sus diferencias no podrían ser resueltas en el campo de batalla.

La lucha de Qadesh fue seguida por un período de dos décadas de guerra fría. Hatti y Egipto guardaron entre sí una actitud vigilante a través del extremo oriental del Mediterráneo, sin llegar a reanudar la lucha. Las relaciones mutuas se exacerbaron por ciertos acontecimientos políticos que sucedieron en Hattusa. Después de la muerte de Muwatalli en –1296, un golpe de estado obligó a su hijo y sucesor, Mursili III, a exiliarse en busca de refugio y huyó a Egipto. Cuando el contrincante Hattusili III fue proclamado nuevo rey, pidió la devolución de Mursili, pero el faraón se negó a ello, lo que dio motivo a que el monarca hitita se lamentara en público diciendo: "Cuando le escribí requiriéndole para que me enviase a mi enemigo, no me lo envió; por ello, yo y el rey de Egipto nos enfadamos"; pero, en lugar de recurrir de nuevo a las armas, ambos monarcas contuvieron sus respectivas cóleras.

Hattusili III se daba perfecta cuenta, como sin duda también le ocurría a Ramsés II, que había que contar con otros posibles antagonistas y, consecuentes con ello, se preocuparon preferentemente de fortalecer sus poderíos. A través del Eufrates, el rey de Asiria se había anexionado nuevos territorios y había empezado a reivindicar igual categoría que los monarcas hitita y egipcio. Cuando el rey asirio aludió a Hattusili III como "hermano", es decir, como igual a él políticamente, y asumió el título de Gran Rey, Hattusili se consideró ofendido: "¿Por qué motivo tengo que dirigirme a ti en plan de hermandad?" le preguntó al presuntuoso asirio; "¿Acaso nacimos tú y yo de una misma madre? No te dirijas a mí hablando de hermandad ni de gran realeza."

Es más que probable que la desconfianza de Hattusili y Ramsés para con el creciente poderío de Asiria fuera la causa de que depusieran las diferencias entre ambos. En –1284, 16 años después de la batalla de Qadesh, el monarca hitita y el faraón suscribieron un tratado cuyas cláusulas pueden verse aún

transcritas en las paredes de un templo egipcio de Karnak. El tratado configuraba un pacto de no agresión y de defensa mutua, una de las formas de convenios diplomáticos más antiguas entre dos potencias importantes.

No solamente los propios reyes, sino también sus familiares se hallaban involucrados en las prolongadas y minuciosas negociaciones que precedieron al acto de la firma del tratado. Ramsés cursó por lo menos 39 cartas, 26 de ellas a Hattusili y 13 a la reina hitita Puduhepa. Su madre y su hijo, el príncipe heredero de Egipto, participaron también en el intercambio de esta correspondencia con Hattusa.

En la versión final del pacto, que fue grabada en tablillas de plata, ambos monarcas se comprometieron a no hacerse la guerra, a ayudarse mutuamente en caso de ataque por un tercero y facilitar tropas en el caso de algún levantamiento interior; prometieron también respetar el *status quo* de sus respectivas fronteras y zonas de influencia. Cada uno de los dos signatarios se comprometió a devolver los fugitivos procedentes del otro país (probablemente Hattusili III debía recordar la huida a Egipto de su predecesor y rival), pero añadiendo una cláusula interesante según la cual los individuos que fuesen objeto de extradición no serían castigados por la defección cometida.

El vínculo entre los nuevos aliados quedó reforzado trece años más tarde, cuando Ramsés se dispuso a tomar como prometida a una princesa hitita; para eliminar toda posible sensación de descortesía, se convino en que la hija de Hattusili sería "la consorte del Gran Rey y Señora de los Dos Países", lo cual, en otras palabras, significaba que sería una de las principales esposas del faraón. Cuando Hattusili dio finalmente su conformidad a las condiciones propuestas, invitó a Ramsés para que enviara una embajada a Hattusa con objeto de "ungir con aceite fino la cabeza de mi hija y... conducirla a la casa del Gran Rey de Egipto". El faraón, a su vez, escribió a su futura madre política, la reina Puduhepa, haciendo encendidos elogios de "esta excelente decisión que ha conducido a que dos grandes países se conviertan para siempre en uno solo".

En las paredes del templo de Abu Simbel pueden contemplarse todavía las imágenes del rey y de su hija *(página 79)* acercándose al faraón entronizado y levantando sus manos en señal de respetuoso acatamiento. Ramsés había resuelto dar a sus súbditos y legar a la posteridad la impresión de que el rey de Hatti había hecho la larga jornada hasta Egipto para tener el honor de entregarle a su propia hija como esposa; no obstante, no existen indicios que confirmen que Hattusili hiciese el viaje, pero, si hay que dar crédito al relato egipcio, la princesa hitita viajó con su rico ajuar en compañía de un enviado egipcio y de un destacamento de tropas hititas.

La alianza hitito-egipcia perduró durante el resto del siglo XIII antes de nuestra era. Fue un tipo de relación algo insólita en aquellos tiempos, no sólo por su duración, sino también por el grado tan amplio con que cada uno de los participantes ayudó al otro; así, por ejemplo, cuando una sequía originó el hambre en el país de Hatti, Merneptah, el sucesor de Ramsés, expidió al Asia Menor suministros de emergencia, básicamente cereales.

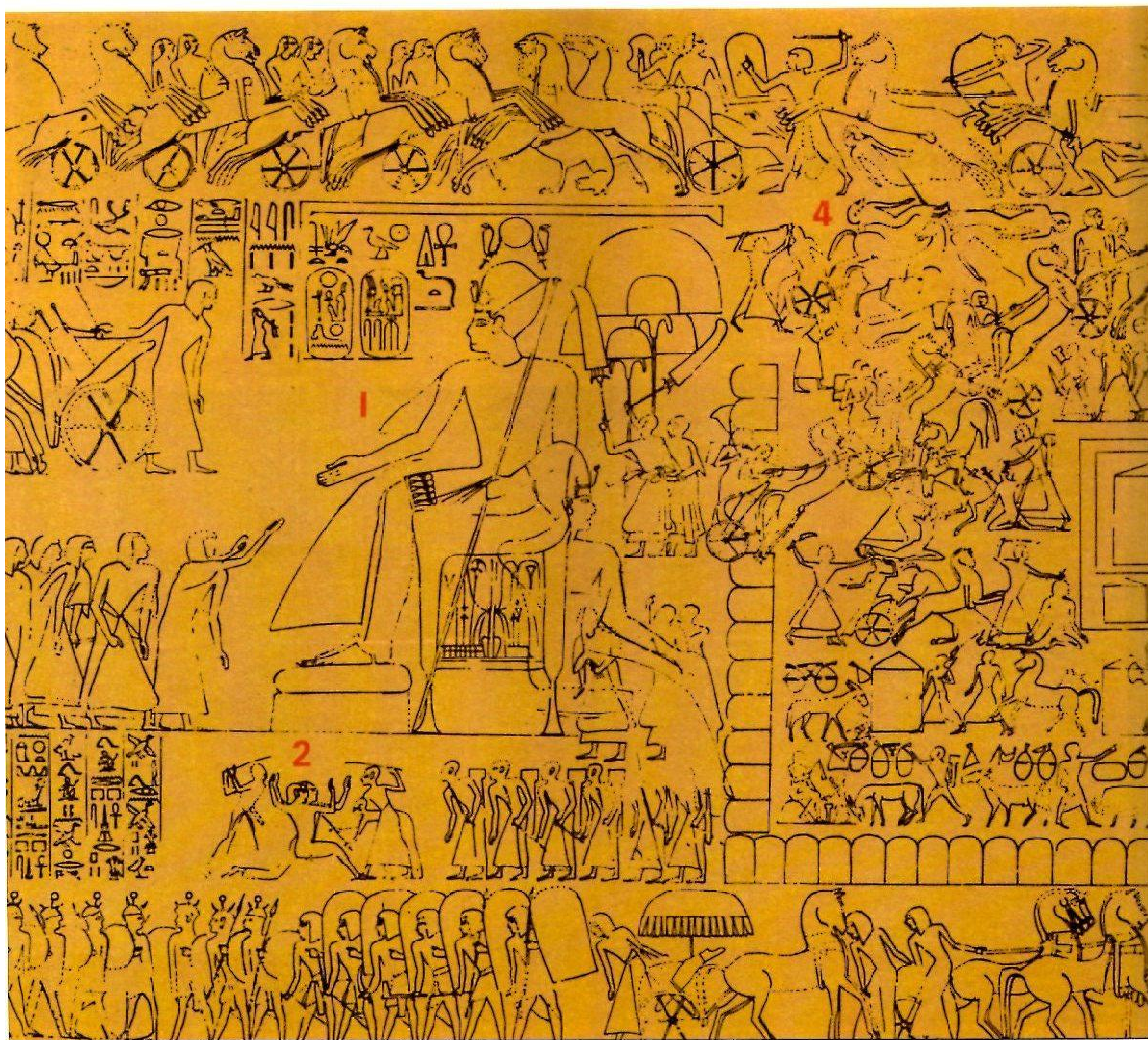
La estabilidad de las relaciones con Egipto permitió que floreciesen otras empresas hititas. De este modo, los ciudadanos de Hattusa pudieron preocuparse de engrandecer su capital, construir sus grandes santuarios religiosos, perfeccionar sus leyes y cuidar del Imperio. En contraposición con las muchas falsedades que sobre los hititas se habían grabado en las paredes de los templos egipcios durante el largo período en que estuvieron enemistados, se grabó una inscripción muy destacada durante el benevolente reinado del faraón Merneptah. En ella se expresaba en tono de felicidad: "Hatti está en paz."

Qadesh:
Choque entre las superpotencias



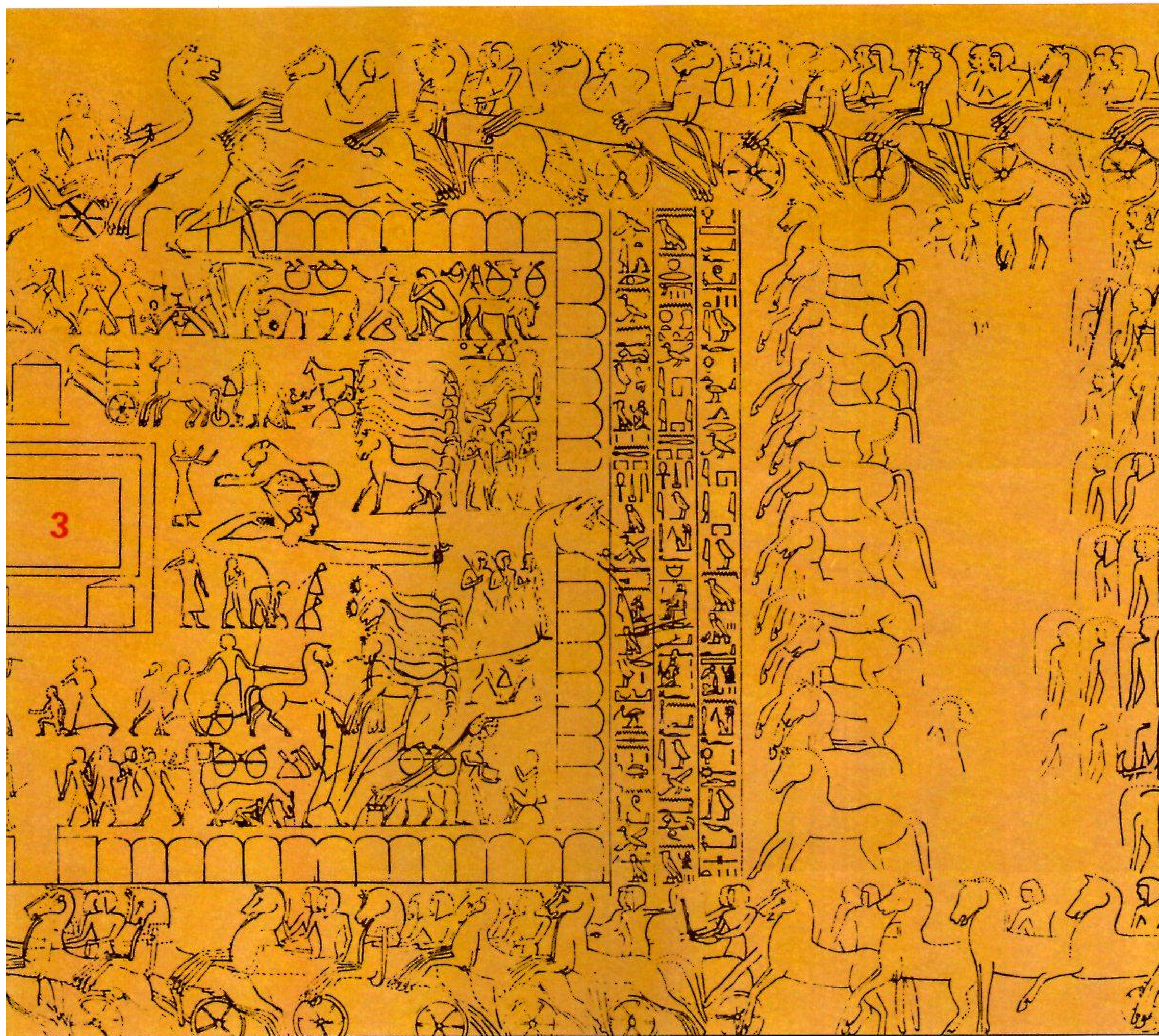
Los carros hititas inician un ataque durante la batalla de Qadesh, según un relieve en piedra egipcio de 3.200 años de antigüedad.

Una de las primeras batallas documentadas en la Historia tuvo lugar hacia el 1300 antes de nuestra era por la posesión de la ciudad de Qadesh, en el norte de Siria. El resultado fue un empate entre las fuerzas del poderoso Egipto de Ramsés II y las tropas hititas bajo el mando del rey Muwatalli. Naturalmente, ya se habían librado innumerables batallas en muchas guerras antes que ésta; sin embargo, la de Qadesh es la primera de que se conocen detalles de carácter estratégico. A pesar de que los testimonios conservados –escenas esculpidas en paredes de templos, un poema épico y un relato oficial escrito– son todos ellos egipcios, destinados a realzar las proezas personales de Ramsés, el faraón permitió que se publicara que había sido víctima de una sutil artimaña militar. Dos hititas fingieron ser desertores e informaron a Ramsés que las fuerzas de Muwatalli estaban algo lejos de Qadesh, en dirección norte. El faraón dio crédito a las palabras de los espías y se encaminó en aquella dirección con sus confiadas tropas, las cuales fueron cogidas por sorpresa y deshechas por los carros de guerra del enemigo, de tres ocupantes cada uno. Sólo sus ansias de pillaje entretuvieron a los hititas lo suficiente para que Ramsés pudiera efectuar con éxito un contraataque, quitando la iniciativa a Muwatalli. Las escenas que ilustran las páginas siguientes y que se encuentran en relieves de diversos templos, reflejan varios e interesantes aspectos de la batalla.



LOS HITITAS COGEN POR SORPRESA AL FARAON

Una primera fase de la batalla de Qadesh está documentada en la escena de arriba, tomada de un relieve de Luxor. El conflicto estalló al crecer el dominio hitita sobre lo que los egipcios consideraban desde mucho tiempo atrás su propia esfera de influencia –el norte de Siria– Mucho antes de que Ramsés II se convirtiera en faraón, en 1304, los hititas se habían apoderado de Qadesh, una ciudad estratégica junto al río Orontes. Ramsés llegó al norte al mando de 20.000 hombres, distribuidos en cuatro divisiones, las Amón, Re, Ptah y Sutekh. Cuando se preparaba para vadear el río, al sur de Qadesh *(mapa página 13)*, aparecieron dos hititas que aseguraban ser desertores y dijeron que Muwatalli estaba en Alepo, la capital de un aliado de los hititas. El hecho es que Muwatalli, con 20.000 hombres, entre los cuales había 10.500 aurigas y 3.500 carros de guerra, aguardaba al otro lado de Qadesh. Ramsés y la división Amón se lanzaron hacia el norte y acamparon en las afueras de la ciudad, dejando que las otras divisiones le siguieran. Pero "el perverso príncipe de los hititas", como denominaban a Muwatalli los escribas de Ramsés, desvió sus tropas ocultándolas del flanco de la división Re y acometió a ésta. Entretanto, en el campamento de Ramsés, unos exploradores hititas que habían sido capturados y torturados confesaron que los hititas estaban ocultos detrás de Qadesh. Alarmado, Ramsés mandó buscar refuerzos, pero antes de que éstos llegaran, los carros de guerra hititas irrumpieron en el campamento. Los episodios principales de la lucha se reproducen aquí con numeración correspondiente a los epígrafes.

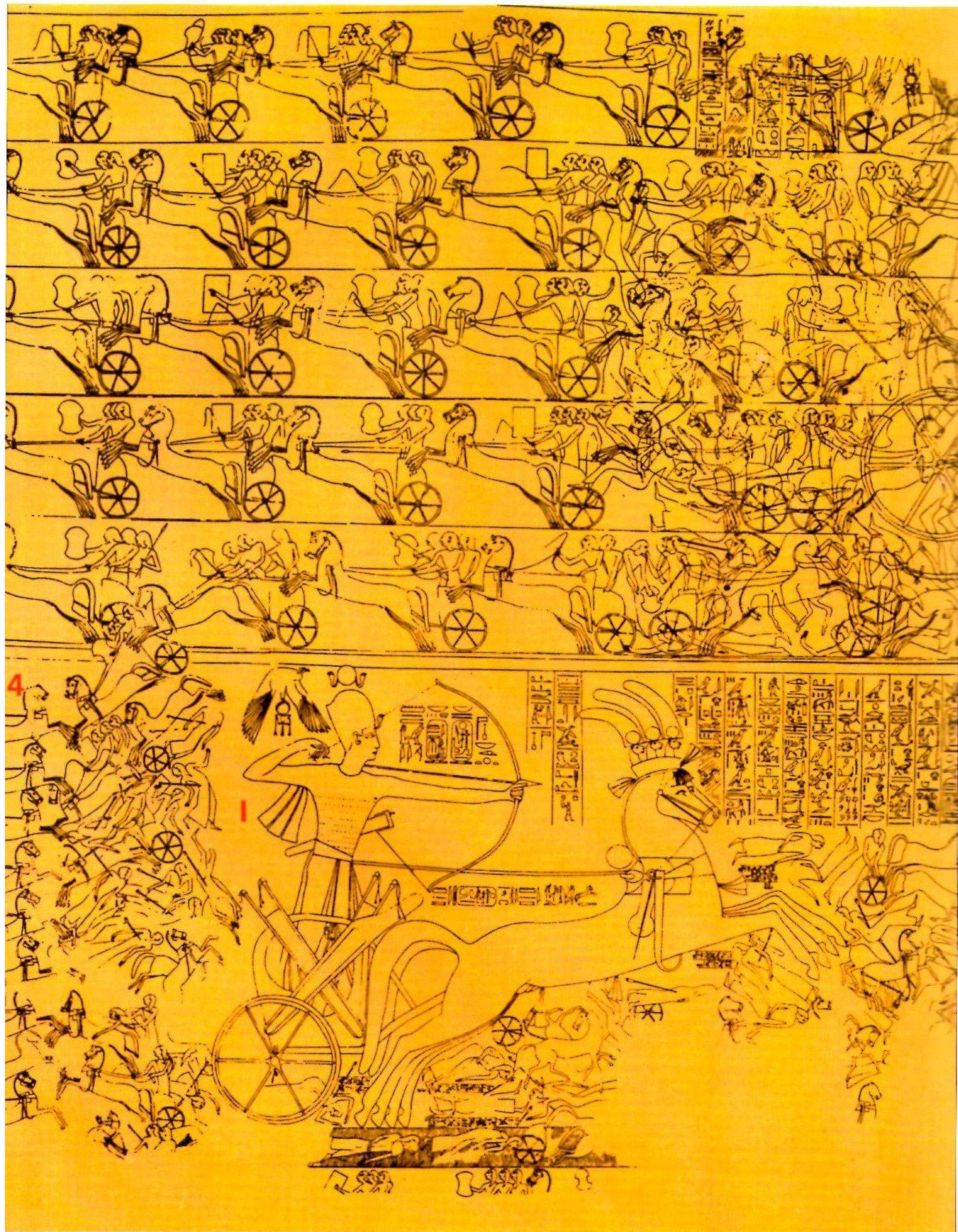


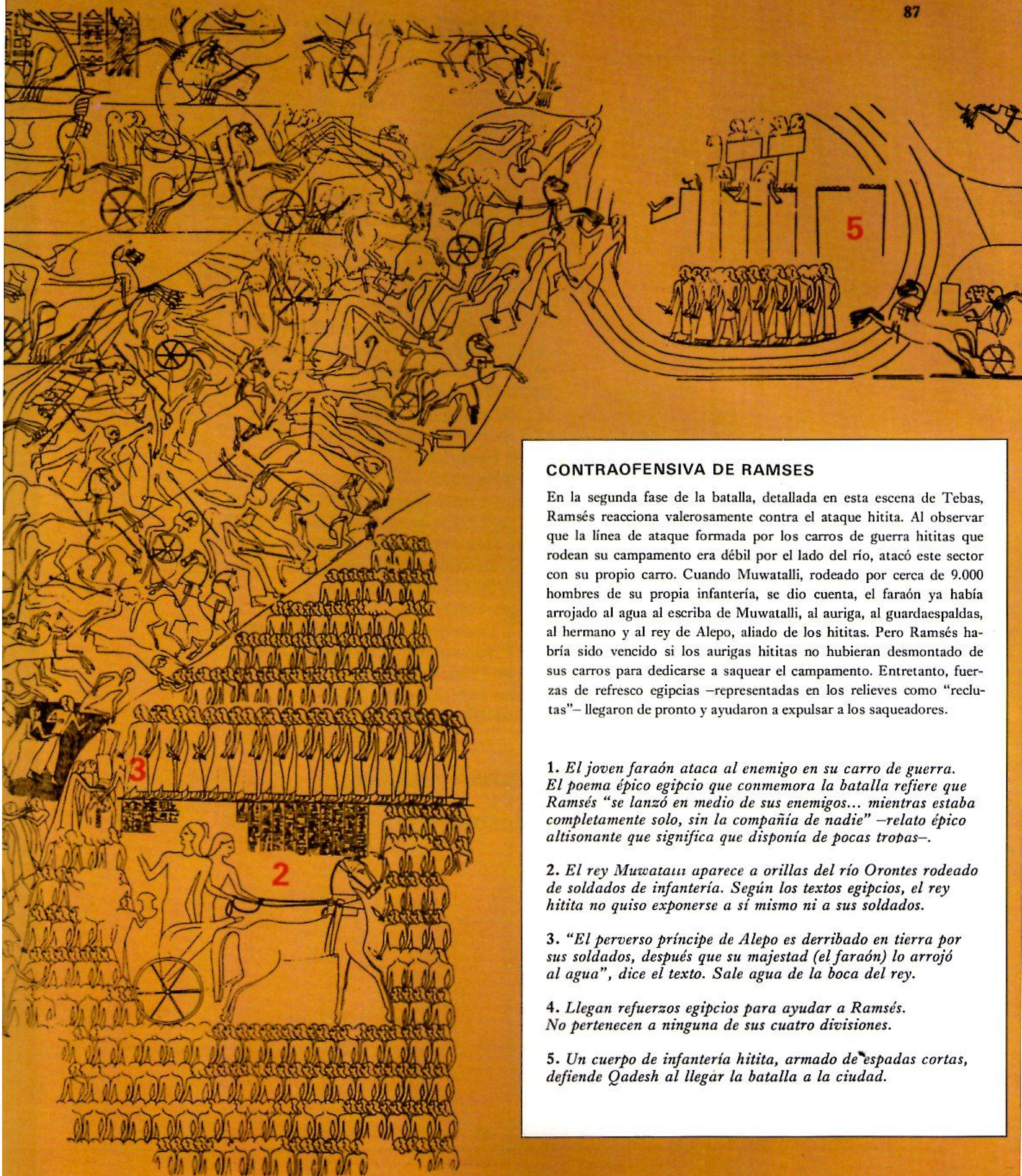
1. *Sentado "en un trono de oro" en su tienda, en el campamento situado al noroeste de Qadesh, Ramsés amonesta a sus oficiales por las faltas cometidas en la ejecución de ciertas operaciones. Engañado por sus propios exploradores, que no acertaron a localizar al enemigo, y por el falso relato de unos supuestos desertores hititas, el faraón había avanzado en dirección a Qadesh y dejado a su ejército en la retaguardia.*

2. *"La llegada del explorador del faraón... trayendo a los dos espías hititas a presencia del faraón", es el texto de la inscripción jeroglífica que hay junto a la escena en el relieve. "Los está golpeando para hacerles confesar dónde se encuentra el perverso príncipe de Hatti." Frente a las víctimas se halla la guardia de Ramsés, formada por egipcios (con escudos redondeados por arriba) y mercenarios extranjeros (con escudos circulares y yelmos provistos de cuernos).*

3. *El campamento de Ramsés está enmarcado en el relieve por una barricada de escudos. En el centro aparece la gran tienda de mando del faraón, rodeada por las tiendas de sus oficiales. A la derecha de la tienda descansa su león domesticado.*

4. *Los hititas, con sus carros de tres hombres, atraviesan la barricada de escudos e irrumpen en el campamento de Ramsés. Soldados de la guardia del campamento, armados de cortas espadas y de lanzas, derriban a los primeros atacantes de sus carros de guerra y los matan. El resto del campamento reacciona rápidamente frente a este ataque por sorpresa.*


4
1



CONTRAOFENSIVA DE RAMSES

En la segunda fase de la batalla, detallada en esta escena de Tebas, Ramsés reacciona valerosamente contra el ataque hitita. Al observar que la línea de ataque formada por los carros de guerra hititas que rodean su campamento era débil por el lado del río, atacó este sector con su propio carro. Cuando Muwatalli, rodeado por cerca de 9.000 hombres de su propia infantería, se dio cuenta, el faraón ya había arrojado al agua al escriba de Muwatalli, al auriga, al guardaespaldas, al hermano y al rey de Alepo, aliado de los hititas. Pero Ramsés habría sido vencido si los aurigas hititas no hubieran desmontado de sus carros para dedicarse a saquear el campamento. Entretanto, fuerzas de refresco egipcias –representadas en los relieves como "reclutas"– llegaron de pronto y ayudaron a expulsar a los saqueadores.

1. *El joven faraón ataca al enemigo en su carro de guerra. El poema épico egipcio que conmemora la batalla refiere que Ramsés "se lanzó en medio de sus enemigos... mientras estaba completamente solo, sin la compañía de nadie" –relato épico altisonante que significa que disponía de pocas tropas–.*

2. *El rey Muwatalli aparece a orillas del río Orontes rodeado de soldados de infantería. Según los textos egipcios, el rey hitita no quiso exponerse a sí mismo ni a sus soldados.*

3. *"El perverso príncipe de Alepo es derribado en tierra por sus soldados, después que su majestad (el faraón) lo arrojó al agua", dice el texto. Sale agua de la boca del rey.*

4. *Llegan refuerzos egipcios para ayudar a Ramsés. No pertenecen a ninguna de sus cuatro divisiones.*

5. *Un cuerpo de infantería hitita, armado de espadas cortas, defiende Qadesh al llegar la batalla a la ciudad.*

ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)

Próximo volumen

26 Los Hititas (II)